

**Hein Steehouwer**  
**SIMBOLISMO DEL ZODÍACO**  
**DE JOHFRA**

*(1975)*



**BIBLIOTECA UPASIKA**  
[www.upasika.com](http://www.upasika.com)

## ÍNDICE

- Introducción**, *página 3.*
- 1. Johfra Bosschart: el hombre y el artista**, *página 6.*
  - 2. Estrellas: dioses y símbolos**, *página 13.*
  - 3. Cabala y astrología**, *página 38.*
  - 4. Aries**, *página 46.*
  - 5. Tauro**, *página 51.*
  - 6. Géminis**, *página 56.*
  - 7. Cáncer**, *página 60.*
  - 8. Leo**, *página 65.*
  - 9. Virgo**, *página 69.*
  - 10. Libra**, *página 75.*
  - 11. Escorpio**, *página 80.*
  - 12. Sagitario**, *página 85.*
  - 13. Capricornio**, *página 89.*
  - 14. Acuario**, *página 93.*
  - 15. Piscis**, *página 98.*
  - 16. El lenguaje del alma**, *página 100.*
- Bibliografía de consulta**, *página 106.*

## INTRODUCCIÓN

Libros sobre astrología se han escrito a centenares durante siglos, en muchos idiomas. Este libro podría parecer, pues, uno más sobre el tema. Sin embargo, no resulta superfluo. Tenía que escribirse. Y la razón de ello es que se diferencia totalmente de la mayoría de las otras obras de astrología. Con este libro, el lector no puede aprender la manera de levantar un horóscopo. La relación entre el momento del nacimiento de una persona y la posición del sol, la luna y los planetas en el círculo de una carta astral es sumamente interesante, como muestra del carácter de alguien. Pero todo ello debe buscarse en otros libros. La predicción del curso de una vida a grandes líneas - un tema astrológico completamente distinto al de la determinación - queda excluido del propósito de esta obra, como también el hacer un horóscopo destinado a determinar el curso de los acontecimientos en un futuro a corto plazo.

El zodiaco proporciona más datos y de cualquier otra índole que las simples indicaciones para determinar el carácter de una persona o una eventual predicción. Por espacio de algunos milenios, el zodiaco ha sido asimismo un sistema de símbolos. Antes de que la astrología y la horoscopia se desarrollaran y extendieran como ciencias intuitivas de los pueblos más antiguos, el sol, la luna y las estrellas ya mostraron su gran poder en la mente del ser humano. Las luminarias celestes - la luna en primer lugar, según suponen algunos estudiosos del fenómeno religioso -, divinos o de origen divino a los ojos del hombre, eran creaciones inmersas dentro de un plan cósmico divino e inspirado que lo abarcaba todo, dentro del cual quedaba comprendido también todo lo terrestre, incluido el hombre. El sol y la luna fueron adorados; más tarde, también los planetas. Los nombres de los planetas siguen siendo, aún, los nombres de dioses greco-romanos. Todo lo adorado por el hombre encuentra en algún tiempo su lugar dentro de un sistema u otro de símbolos. Ideas referentes a la luna como diosa, al sol como dios, las estrellas (y la tierra) como sus descendientes, configuraron mucho tiempo antes de que se hablara de astrología, el trasfondo para una visión natural de la división regular del tiempo en estaciones del año y épocas.

Estas ideas eran como una especie de calendario en el que se buscaba la relación entre el hombre y el cosmos. Tal relación fue fijada en símbolos, por medio de un ancestral lenguaje gráfico.

Esto derivó a través de muchos siglos en un acervo de símbolos. Y este acervo se completó y a veces se comparó con otros sistemas de símbolos.

Procedían de religiones que se desarrollaron de manera diferente, doctrinas secretas y consideraciones filosóficas. Surgió, por ejemplo, una cabala judía, con referencias a relaciones cósmicas, al igual que el juego del tarot tiene relación tanto con la cabala como con la astrología. Los alquimistas medievales poseían su sistema de símbolos, que tampoco puede concebirse por separado del simbolismo zodiacal.

«El firmamento narra la gloria de Dios», dice un texto del Antiguo Testamento. El nacimiento de Cristo se considera que coincidió con una conjunción de planetas muy

especial, a la que se llamó la «estrella de Belén». Del relato bíblico se desprende que unos magos procedentes de otros países habían levantado un horóscopo. Empezaron viaje como «los sabios de Oriente» para buscar al nacido bajo aquella estrella. Tanto da que el lector considere esto como un hecho histórico o como mitología cristiana; lo cierto es que un mundo de simbolismos formó el trasfondo de todo ello y que una corriente de símbolos surgió en el arte cristiano de los primeros siglos. Más tarde, la Iglesia prohibió la astrología; no obstante, el gran filósofo y teólogo católico Tomás de Aquino - uno de los grandes pensadores sistemáticos, que vivió de 1224 a 1274 - dijo que «los cuerpos celestes determinan todo lo que acontece en la tierra». En doctrinas no católicas como las de los rosacruces, la astrología siguió desempeñando un importante papel incluso después de la Edad Media; todavía ahora no se concibe ningún templo de francmasones sin un zodiaco en el techo.

«Lo que está arriba es como lo que está abajo», según dijo el legendario Hermes Trismegisto, considerado por algunos como una figura real de la época de la gnosis helenística. Trismegisto escribió, entre otras obras, su «Poimandres», un canto visionario sobre la creación del mundo y sobre sus experiencias místicas. Otros le consideran como una figura mítica, una composición de ideas referentes al dios egipcio Thot y al griego Hermes. Como ocurre con otros escritos sagrados, «Poimandres» debería atribuirse a una figura mítica. Aquel «Lo que está arriba es como lo que está abajo», fue ya, por lo tanto, la cristalización de un pensamiento que existió en muchas religiones desde los tiempos más remotos de la humanidad. Esta sentencia nunca ha sido olvidada. Sigue configurando el núcleo de especulaciones religiosas y doctrinales hasta el día de hoy. «Lo que está arriba es como lo que está abajo», quiere decir claramente que todo lo de inmenso que ocurre en el cosmos, encuentra su reflejo en el espíritu del hombre como individuo, y también en la humanidad en general. Y el puente de las especulaciones entre hombre y cosmos, el lenguaje de imágenes en el que queda fijada la unión, es el simbolismo astrológico. Si un panteón de «dioses estelares» es bueno, bueno será también un panteón de símbolos.

El acervo de símbolos es un campo interesantísimo para la reflexión y la meditación, pero también un estudio de la historia del arte. Es asimismo algo que nos da a conocer la belleza de un sistema que proporciona imágenes de índole religiosa. Naturalmente, con ello sale ganando la belleza. En el zodiaco, a través del tesoro de imágenes acrecentado en el transcurso de los siglos, se halla contenida una sabiduría de un orden especial. En este orden se ve implicado frecuentemente el camino de la búsqueda. Para poder descifrar este tesoro de imágenes, se hace necesario a menudo un indicador de camino. Este libro quiere ser dicho indicador. Sin embargo, al describirlo, hay que tener en cuenta de que se trata de un camino que lleva hacia un campo de vastas dimensiones. No obstante, lo que podemos encontrar junto a este camino será, sin duda, un lugar de solaz y descanso para el espíritu. Por ello, pueden quedar muchas cosas sin describir, pero muchas otras encontrarán su explicación.

Este libro se ha escrito acompañado de una serie de pinturas de Johfra Bosschart. El es uno de los pocos artistas capaces de usar los doce signos del zodiaco como fuente de inspiración. Para ello se requiere un enorme conocimiento de la astrología. Además, Johfra es alguien que examina las relaciones - llamadas «correspondencias» en este libro, conforme al lenguaje astrológico - con otros sistemas de símbolos. Esto es una condición imprescindible para poder crear tales pinturas, porque se trata de una verdadera creación,

una creación de ideas cósmicas que viven en el espíritu humano y en buena parte pertenecen a los arquetipos de nuestro subconsciente. Solamente un artista de auténtico talento puede aplicar estas ideas dentro de la composición de una serie de pinturas.

Johfra profundizó durante años en la astrología, representando simbólicamente los planetas en una serie anterior. Por estas razones, Verkerke Reproducties le encargó realizar las pinturas reproducidas en este libro. Como grandes reproducciones artísticas, los cuadros de Johfra están destinados a llegar a un vasto público en todos los países en los que sigue vigente el sistema astrológico occidental. Debido a que no todo el mundo es capaz de «leer» las reproducciones, se ha escrito este libro a petición de Ankh-Hermes, quien también tiene en su fondo editorial otras obras sobre astrología, como, por ejemplo, la conocida «Astrología y su aplicación práctica» (quinta edición), de Else Parker.

«Johfra y el zodiaco» puede considerarse más o menos como una continuación de «Siete meta-realistas», mi obra sobre simbolismo en pintores holandeses actuales. En ella también se habla, naturalmente, de Johfra.

«Johfra y el zodiaco» no se ha escrito teniendo al artista como objeto específico, sino con la mirada puesta en el simbolismo del zodiaco, tal como él lo ve. Cada una de las pinturas es, obviamente, una composición de símbolos escogidos personalmente por él. Por otro lado, Johfra se ha atenido lo máximo posible al lenguaje objetivo de las imágenes, ya existente desde hace tiempo, y sobre el cual se ha escrito mucho en otros contextos. Johfra ha extraído de un rico acervo cultural aquello que se ajustaba a una composición, sin sobrecargar a ésta con la gran cantidad de detalles superfluos que deben eliminarse para no perjudicar a la imagen central. Johfra espera que sus imágenes sean una fuente para la meditación y que sepan ser apreciadas por todo aquel que conoce su propio signo zodiacal. Estas personas encontrarán en la pintura de Johfra la imagen de sí mismos, como reflejada en un espejo, lo que puede constituir un caudal de autoconocimiento. Si uno sabe también cuál es su ascendente, entonces las ideas referentes a su carácter pueden incluso, quedar reforzadas, como si tuviésemos dos «espejos» en donde mirarnos. Este libro tiene como función auxiliar la de dar una descripción de las doce pinturas y también, en cierto sentido, la de analizar doce caracteres humanos. El libro, además, se ha escrito basándose en el simbolismo zodiacal y es, pues, una guía para aquellos que se interesan por las pinturas simbólicas. Muchos de estos símbolos se han aplicado de mil maneras distintas en las artes plásticas durante la historia. A veces se les encuentra también en el arte actual, cultivado por surrealistas, meta-realistas y otros artistas que usan el simbolismo y que expresan en sus obras el mundo del espíritu. Por tanto, este libro va más allá de la simple explicación de las pinturas de Johfra. No sólo subraya por medio de palabras las reproducciones y exposiciones en las que puede contemplarse la obra de Johfra, sino que ofrece un campo de actividades mucho más amplio.

## **1. JOHFRA BOSSCHART: EL HOMBRE Y EL ARTISTA**

A Johfra Bosschart, como artista, se le comprende actualmente mejor de lo que se le comprendía hace muchos años. El interés general por el arte simbólico va en aumento. Johfra, para muchos admiradores de su arte, es un precursor. Johfra siempre destacó como persona. Es sumamente amistoso, a veces refleja una alegría casi juvenil y siempre resulta moderado y prudente en su modo de enjuiciar a otros artistas. Muchas veces les comprende mejor que ellos a él, y en ocasiones también mejor que a sí mismo. Es cierto que vive pintando como un ermitaño, pero en determinados momentos puede convertirse gustosamente en el centro de un numeroso grupo de amigos fieles. Entonces habla mucho, naturalmente sobre todo de su arte y sobre los propósitos del mismo, pero también sobre un gran número de otros temas. Sabe compaginar de un modo excelente el aislamiento de su trabajo con sus apariciones en público. Es un espíritu contemplativo pero también un hombre que goza de la vida; por tanto, es una persona muy completa. Podemos descubrirlo todo en sus pinturas, y mucho menos en su vida personal. «Todo con mesura», parece ser su divisa, a excepción de su obra, en la que discurre errante entre descripciones de los polos opuestos: la vida y la muerte, el cielo y el infierno, lo más bello y lo más abominable. Esto puede también encontrarse en él mismo, pero en un ritmo más sosegado. Johfra ha sabido reconciliarse con las diferencias, el dualismo, e incluso con el monismo en el que todo se halla comprendido. Para él, todo forma parte de una unidad conciliadora de polos opuestos y esto le convierte en una figura armónica, un punto de apoyo para las personas que le tratan de cerca.

Johfra, como ser humano, no puede confundir a nadie. Su obra es clara en este sentido, aunque alguna vez pueda ocasionar división en determinados espíritus. Esto puede explicarse, lógicamente: quien no puede dominar en sí mismo la confusión, llevado a tal estado por la contemplación de una pintura, tiende a rechazar la obra. A veces, a esto le sigue luego una «conversión», ya que muchos se dan por vencidos, salvo aquellos que se estremecen ante las imágenes del mundo del espíritu. En general, ante la técnica de Johfra no existe tal estremecimiento, tales escalofríos. Muchos quedan asombrados por lo que llaman una pericia inusual que a otros les puede disgustar, en una época en la que la maestría no se aprecia y el desdoro deliberado a menudo parece ser una cualidad. En los últimos años ha vuelto a operarse un cambio, y ésta es una de las razones para apreciar mejor la obra de Johfra y de otros artistas pintores.

Muchas pinturas de Johfra contienen elementos inquietantes. Tales elementos resultarían intolerables si él no buscara deliberadamente en ellos la belleza. Además, quedan atemperados por la presencia de fragmentos tranquilizadores. Johfra busca la belleza sobre todo en el desnudo femenino, jamás pintado de manera incitante, aunque sí con una carga de enorme tensión psíquica. Los rostros, sobre todo, revelan la gran intuición psicológica de Johfra y las figuras son completamente puras desde el punto de vista anatómico.

En Johfra, el contenido total de una pintura siempre significa algo más que la mera suma de sus partes. Esto, que es así en cuanto al contenido, también se advierte desde el punto de vista técnico. Sin embargo, lo que llama sobre todo la atención es el gran amor con que Johfra realiza su obra, una dedicación casi religiosa. El pinta el mundo del espíritu porque no puede dejar de hacerlo. Nada de lo que existe en el subconsciente le es ajeno. El conoce sus más profundas aspiraciones en las imágenes que evoca, y que son un espejo para él. Naturalmente, Johfra no es ninguna persona de vida primaria; él reflexiona y considera. El busca sabiduría y, dentro de ella, aprende a conocerse a sí mismo. Pinta poseído por un impulso inspirado, pero se trata de una posesión serena, no violenta, capaz de conducir a un impetuoso expresionismo. Johfra aprecia pensamientos e ideas en su justo valor. Rechaza lo temporal y lo que está sujeto a una moda, y se atiene a instituciones intemporales.

Junto con otras figuras del Renacimiento, Johfra considera a Leonardo da Vinci como su gran modelo. Uno de sus grandes retratos más bellos es el de Leonardo en un paisaje «johfraniano». También admite la influencia en su obra de la pintura simbólica del pasado siglo, sobre todo de Gustave Moreau, aunque aquél crease en otro estilo. Cabría mencionar también más modelos, de los cuales Johfra retuvo lo que le parecía mejor, pero él supo fundir todas esas influencias en un arte de gran originalidad. Cualquiera puede reconocer inmediatamente una determinada obra como procedente de la mano de Johfra.

Johfra es, al mismo tiempo, alguien que cierra una larga tradición - una tradición que va de El Bosco a Salvador Dalí - pero que a la vez abre la puerta a una renovación del arte simbólico. El confirió a dicho arte una nueva forma que no es posible encontrar en ningún otro artista. Esta puerta se halla abierta para los innumerables seres humanos que muestran una inclinación hacia el simbolismo, entre los que se encuentran, sobre todo, muchos jóvenes, a menudo algo más familiarizados con el simbolismo, las experiencias visionarias y con las imágenes de su subconsciente, que una generación de más edad. En ocasiones, por aversión hacia la sociedad actual, los jóvenes están más abiertos a una concepción no materialista de la vida, que ofrece más espacio para la meditación. Y a ello invitan muchas de las obras de Johfra. El observador encuentra en Johfra un gran interés por todo lo referente a las doctrinas esotéricas de la historia, unido a un gran conocimiento de la biología y de la anatomía. Johfra se interesa también por la música y la literatura, y sobre todo la literatura científica. Además de la astrología, también está familiarizado con la astronomía práctica. El intenta acoplar estas dos ciencias en su concepción de la vida. Posee un excelente telescopio y él mismo dibujó mapas en su estudio. Este interés se extiende también, por supuesto, a los viajes espaciales. Todas estas ideas se realizan de una manera especulativa y surgen en imágenes simbólicas cuando Johfra se halla frente a su caballete de pintor o a su tablero de dibujo. Se le podría considerar también como un alquimista creador de imágenes, o como un pintor con mentalidad de alquimista. La alquimia medieval es una ciencia secreta esotérica, que establece un vínculo entre materia y espíritu. Los alquimistas escriben exclusivamente en un lenguaje simbólico, lleno de dibujos igualmente simbólicos. Un pintor como Dalí se ha llamado a sí mismo alquimista en diversas ocasiones. En Johfra se trata, naturalmente, de una alquimia de la imagen, una prolongación de su mirada, en principio totalmente materialista, sobre todo lo que él sabe de la naturaleza y de la materia.

Posteriormente, la física y la metafísica se desarrollaron para él, convirtiéndose en una sola realidad indisoluble. Añadamos a ello su deseo de experiencia mística y tendremos



la imagen de una persona monística que en su vida y en su obra intenta conciliar las dualidades. Se trata de unas dualidades - lo bello junto a lo repulsivo, lo trágico junto a lo satisfactorio - que en muchas obras se funde en una unidad concreta. Todo lo dicho puede parecer pomposamente serio, pero a renglón seguido se encuentra también en muchas obras de Johfra un gran sentido del humor; un humor poéticamente absurdo. En su mundo de imágenes, Johfra experimenta lo material como algo tan válido como lo espiritual, mientras que lo espiritual encuentra sus símbolos en lo material. De este modo, del universo total de intereses ha surgido un espacio integrado, del que Johfra extrae constantemente sus experiencias de la guerra, y a la que debe su notoriedad. El simbolismo de Johfra es, con frecuencia, una síntesis de las degeneraciones actuales del surrealismo, situadas a veces en un marco de rasgos clasicistas. Semejante conjunción de elementos se encuentra también en el italiano De Chirico y en el belga Delvaux.

El se llama a sí mismo Johfra Bosschart, pero según el registro civil su nombre es Franciscus Johannes Gijsbertus van den Berg. Nació el 15 de diciembre de 1919 en Rotterdam. Su padre era entonces estanco. En su primera infancia se trasladó con sus padres a La Haya. Fue hijo único. El mismo refiere que, al igual que otros niños, su vida no se distinguía por ninguna característica especial. Por su padre sabemos que Johfra, ya en su más tierna infancia, dibujaba cosas maravillosas que apuntaban hacia su simbolismo y surrealismo posteriores. Su talento como dibujante se hizo notar muy pronto en la escuela y fue para él una compensación con respecto a sus dificultades en la enseñanza de tipo escolar. Tales dificultades no dejan de parecer curiosas en alguien que más tarde supo enseñar de modo tan especial, haciendo fáciles temas en sí difíciles y aplicando además a la pintura lo que antes había leído.

Frans Valkenburg, profesor de dibujo de Johfra en la escuela primaria, reconoció el talento del muchacho porque era, también, profesor de la Real Academia de Artes Plásticas de La Haya. En las tardes que no tenía escuela, Johfra iba a aprender dibujo con Jan Giessen. Con dispensa paterna por ser demasiado joven, en 1934 Johfra, además de estudiar durante el día, pudo pintar y dibujar libremente en la academia. Allí encontró como profesores «clásicos» a Cees Bolding y a Arend Hendriks y, con mentalidad más moderna que Hen Meijer, a Paul Citroen, a Willem Schrofer y a Rein Draijer. Fijémonos bien en este detalle: Johfra escogió el lado moderno de la academia, pero tomó también lecciones de grabado al aguafuerte de Hendriks y de Dirk Harting y litografía de Aart van Dobbenburgh. Durante algunos años Johfra frecuentó la academia, estudiando con diligencia y trabajando de firme. Pero las lecciones académicas para él no eran suficientes. Entonces ya sentía una gran admiración por la técnica pictórica de siglos anteriores. Aprendió por medio del famoso libro de Dörner sobre técnicas de pintura. Estas lecciones tuvieron como resultado que posteriormente Johfra iniciara siempre sus pinturas en gris y blanco y las partes más oscuras en ámbar, tendiendo hacia ocre. Sobre estas pinturas él añadía colores en finas capas transparentes, con el llamado «glacis». Aun cuando no es decididamente un colorista, sus colores alcanzan a veces una gran intensidad, por más que su paleta es limitada. La intensidad - en la Edad Media ya se conocía esta técnica - se origina por la incidencia de la luz sobre la pintura. La luz penetra a través de la fina capa de color transparente y llega a la capa inferior blanca, siendo reflejada por el «glacis». Con ello aumenta la intensidad del color. Con los años, esta intensidad de color aumenta mediante la saponificación y se vuelve más translúcida. El resultado es que, incluso las obras con una escasa gama de



colores, a veces casi monocromas, reflejan gran fuerza en un interior. Johfra usaba este método, aunque en los últimos años ha tendido más hacia el color. «Ante todo - dijo una vez - yo soy, un pintor de las formas».

Todo esto no se lo pudo enseñar la academia; de hecho, a veces dejaba asombrados a sus profesores.

Johfra estudió también de otra manera. Tomó lecciones nocturnas de un tío abuelo, un profesor, que quiso subsanar su falta de conocimientos escolares. Este tío abuelo poseía un desarrollo muy amplio en el terreno de la biología y otros temas relacionados con el conocimiento de la naturaleza. Johfra aprendió mucho conversando con aquel hombre, y probablemente más todavía por el creciente interés que iba demostrando. Johfra era de naturaleza «terrestre», pero su tío era espiritista y miembro de la sociedad swedenborgiana. El joven pintor estuvo, pues, en contacto con toda clase de temas ocultos, magia, alquimia y, naturalmente, la mística. Todo ello constituiría la base para posteriores pinturas y para otras inquietudes, ya que Johfra organizó en su casa una especie de museo de fósiles, minerales, cráneos y otros elementos que pueden encontrarse en la naturaleza. Lo usaba todo como modelos en su trabajo, dentro del reino de las formas. Lo dibujaba, además, según una visión poco realista.

El surrealismo era poco menos que tabú en la academia. En casa de Johfra nacieron los dibujos surrealistas y, más tarde, en 1941 la primera pintura. Era un paisaje formado por la superficie de una vellosa hoja de planta, tal y como se ve al microscopio.

Células vegetales formaban el fondo del paisaje. Los pelos de la hoja se transformaron en botellas con personas encerradas en su interior. Un monstruo que se acercaba por el horizonte nació de la forma del sistema nervioso de una rana. Lo curioso era que Johfra no conocía ni una sola pintura de estilo surrealista. Hasta 1941 no vio en una lámina las primeras reproducciones surrealistas en casa de su condiscípulo, Jean Paul Vroom, que también fue pintor artista. Se trataba de unas pinturas de Salvador Dalí: «Construcción blanda con alubias cocidas», entre otras. Johfra fue entonces consciente de que él era realmente un surrealista, sin haberlo sabido nunca y sin haber leído los textos de André Bretón. Sin embargo, no se convirtió jamás en un típico surrealista parisiense. En París no se conocía ninguna uniformidad de estilo. En realidad había pocos pintores artistas. Además, procedían de la psicología de Freud y del comunismo, una asociación de monstruos en la que el grupo fracasó después de muchas riñas y disputas. Nada de esto interesaba a Johfra y tampoco se sentía atraído, por ejemplo, por la escritura automática o la pintura bajo trance espiritista, y aún menos por la creación de objetos absurdos. Tomó ideas de los surrealistas, pero se convirtió al principio en un realista fantástico, porque partía de objetos reales colocados en relaciones curiosas y no preconcebidas a partir de impulsos suscitados por el subconsciente. No obstante conocía las experiencias visionarias y éstas más tarde habrían de influir en mayor medida en su obra, alentadas por ideas acerca del mundo del simbolismo. Su pintura ha tenido siempre muchos signos.

Desde el comienzo la obra de Johfra atrajo la atención del público. Su primera exposición, en 1941, en la Sala de Arte Plaats de La Haya, ya fue un éxito. Durante los años de la guerra ya no pudo hacer más exposiciones, por negarse a ser miembro de la cámara de cultura, que por entonces se había constituido, una institución alemana con la que los nazis querían destruir el arte libre. Johfra vivió aquellos años más o menos recluido en su casa, pero en contacto con otros jóvenes pintores y condiscípulos. La guerra fue para él un

desastre. El 3 de Marzo de 1945 fue bombardeada su casa paterna de la calle de Van Linschotenstraat en el Bezuidenhout. Cuatrocientas pinturas y millones de dibujos fueron destruidos. Concluía definitivamente un período.

Al día siguiente, Jos van den Berg, su conocido colega de La Haya, fue a su casa y le llevó una caja de tizas para animarle a salir adelante. «Y aquel día él continuó dibujando». Inició una nueva obra. Consiguió superar aquel shock. Salió fortalecido de la prueba y, espiritualmente, se desarrolló más todavía. La naturaleza le tenía reservadas muchas más formas, y también la cultura, aunque de manera inesperada. En las ruinas del Bezuindenhout Johfra encontró extrañas y caprichosas formas de vidrio, piedra y plomo fundido. Estas formas tienen que ver con las maravillosas estructuras pétreas de sus pinturas, que a veces parecen haber crecido como vegetales, siendo solidificadas después. Luego sintió preferencia por las formas sin estructura, amorfas o ectoplasmáticas. «Tripas de gallina», las llamaban a veces burlonamente sus colegas. Los viajes de estudio estimularon grandemente a Johfra. Los hacía con la que entonces era su esposa, Diana - en realidad se llamaba Angèle Blomjous -. La conoció en 1946 y llegó a ser la famosa pintora que, después de divorciarse, fue conocida como Diana Vandenberg. Johfra tomó más tarde el apellido de su madre, Bosschart, como nombre artístico.

Los viajes de estudio le llevaron hacia el sur. Estuvo en París el año 1946, realizando largos estudios en el Louvre, donde examinó minuciosamente la técnica de los antiguos maestros, y también aprendió de ellos su formación de imágenes. En 1948 estuvo medio año en Roma, interesado por el arte clásico. Allí realizó también una pintura mural en el edificio de KLM. Roma, Florencia y otras ciudades italianas fueron visitadas de nuevo en 1951 y 1953. Hasta 1962 realizó también viajes de estudio a los Pirineos, los Dolomitas y muchas otras regiones de Europa. En los Pirineos examinó las grutas y erigió un museo de arqueología en Ussat-les-Bains. Durante todos estos viajes profundizó en el estudio de la selenografía, la ciencia relativa a la luna, para poder realizar él mismo un mapa topográfico de nuestro satélite.

En 1951 Johfra ingresó en la escuela espiritual del Lectorium Rosacrucianum de Haarlem, un círculo muy interesado en el esoterismo y, naturalmente, también en el simbolismo, que está muy relacionado con el rosacrucianismo. Allí conoció el «Poimandres» de Hermes Trismegisto, anteriormente mencionado en este libro, y también su «Tabula Smaragdina». Se trata de escritos que, junto con otros, ya en la época del Renacimiento alcanzaron el carácter de revelación divina. A través de la corte de Cosme de Médicis, tales escritos ejercieron una gran influencia en el pensamiento humanístico. Su fondo filosófico-religioso, siempre transmitido envuelto en símbolos, contiene, además de ideas sobre cosmologías antiguas y gnósticas, restos de muchas doctrinas secretas. Estas doctrinas influyeron en el arte de toda Europa. La iconología de la historia del arte se basa en estas influencias, a veces inextricablemente mezcladas con doctrinas de los templarios - por ejemplo, a través de Botticelli como material ilustrativo utilizado para la primera impresión de la «Divina Comedia» de Dante -, los cataros y otros. Johfra abandonó más tarde la citada escuela espiritual, porque las doctrinas dualistas, tomadas del pensamiento gnóstico, no se avenían con su carácter. Se desembarazó de todo dogmatismo y tomó un camino propio. Después de que le abandonara Diana, Johfra fue a establecerse con una amiga, Ellen de Jonge, en Aspremont, cerca de Niza. Allí vivió a gran altura en los Alpes Marítimos, con una vista sobre extensos eriales cuyas estructuras encontramos en muchas

de sus pinturas. Ellen de Jonge pasó a llamarse Ellen Lorien, un seudónimo de artista. Ella también era pintora; llegó lejos bajo la dirección de Johfra y se hizo, asimismo, meta-realista.

Johfra celebró muchas exposiciones en Holanda, sobre todo en La Haya, y a menudo en Bennewitz. Las inauguraciones de sus exposiciones estuvieron tan concurridas que un crítico de La Haya escribió una vez que «Volvió a ser el día de Johfra». Luego llegaron las exposiciones en el extranjero. Su obra aparece entre grandes colecciones americanas, suizas e inglesas. Durante su estancia en Francia celebró muchas exposiciones, pero en Holanda tocó fondo. En 1972 expuso por primera vez en ese país, en la Galería Eylders de Zandvoort, y un poco más tarde en la Galería Lieve de Amsterdam. Volvió a exponer en Zandvoort, luego siguió una exposición en el círculo artístico de La Haya y en 1974 Johfra tomó parte en la exposición colectiva de los «Siete meta-realistas», una exposición viajera itinerante a través de Holanda y Bélgica, a lo largo de siete lugares. Los otros participantes eran Ellen Lorien, Diana Vandenberg, Frans Erkelens, Han Koning, Víctor Lindford y Johan Hermsen. A todos ellos dediqué mi libro «Siete meta-realistas», que acompañó a dichas exposiciones.

Del olvido, Johfra pasó a la fama. Ello ocurrió rápidamente, porque todos los viejos conocidos de antes reanudaron el contacto con él. De un nuevo contacto, precisamente, surgió el encargo de pintar los doce cuadros con el tema del zodiaco, tema al cual está dedicado este libro.

Un breve bosquejo de la vida como el que antecede explica muchas cosas, pero naturalmente no descifra el enigma de la obra de un autor. Además, el arte simbólico lo experimenta cada cual a su manera. A lo sumo, uno puede contrastar su modo de ver las cosas con el modo de otro. Sin embargo, en las doce pinturas de este libro, el asunto es diferente. Aquí se emplean símbolos «objetivos», menos vinculados a ideas personales y experiencias visionarias del autor, de lo que sucede en muchas otras obras. Por esto es conveniente saber algo acerca de las opiniones que el mismo Johfra sustenta sobre la pintura de símbolos. No solamente para el espectador; también para Johfra es una tarea complicada la aplicación de símbolos de toda clase de doctrinas, y también de la astrología. Hay asimismo los símbolos subjetivos, que frecuentemente surgen del subconsciente. Las diversas clases de símbolos constituyen, unidas, la iconografía monística y arquetípica de Johfra. Muchas veces, al empezar a pintar, surgen en él las formas sin que tenga ante los ojos la idea final. Este es propiamente el momento surrealista, al que luego él añade el resto, asociando libremente, con el mínimo control intelectual posible. Luego, pueden también colocarse símbolos objetivos en una composición, cuando ante los ojos de Johfra aparece con mayor claridad la imagen total. Una excepción a esta manera de pintar la forman los encargos, como las pinturas del zodiaco. Entonces es más fuerte la disciplina interna en la formación de imágenes, porque es preciso trabajar ilustrativamente. Pero también entonces, dentro del encargo, Johfra se deja guiar por una fantasía lo más libre posible; por ejemplo, en la elección de los símbolos. La astrología suministra ante todo una cantidad inmensa de simbolismo y Johfra escogió de ese simbolismo, cada vez, para cada una de las pinturas, aquello que se ajustaba a su propio mundo de ideas y a las

composiciones, sin tener que alterar el carácter específico de cada uno de los signos zodiacales. Era una misión difícil, pero Johfra la llevó a cabo de forma excelente. Una parte de las pinturas se realizó en Aspremont, y el resto en Fleurac de la Dordoña, adonde Johfra fue a vivir en 1974.

## **2. ESTRELLAS: DIOSES Y SÍMBOLOS**

Una historia completa de la astrología y del origen y desarrollo de las religiones relacionadas con ella, llenaría casi todo este libro. El estudio de las influencias ejercidas sobre el arte durante muchos siglos, y sobre su simbolismo, requeriría otro libro. No obstante, es necesario hacer un compendio, porque tales influencias, al menos en parte, pueden encontrarse en las doce pinturas de Johfra. El extrajo sus datos de la historia; de la descripción de las pinturas, pues, podrá verse con qué extensión y profundidad procedió en su trabajo. Donde sea necesario, profundizaremos más en las facetas especiales, y en la procedencia de determinados símbolos. En este capítulo, dichos símbolos aparecen situados sobre un fondo más general, que es como una breve historia de la cultura, por la relación que guarda con estrellas, dioses y símbolos.

Antes de que el hombre naciera, ya existían las estrellas. El hombre apareció tarde en el tapiz cósmico, en alguna parte del inmenso universo, en el planeta llamado tierra. Bajo la influencia de la luz del sol, millones de años antes había ya vida sobre la tierra. El sol, la rotación de la tierra y la inclinación del eje terrestre determinaron en parte las formas de vida, expuestas a las estaciones del año, a corto plazo. A largo plazo, contando en miles de años, hubo las estaciones que alternaban en períodos tropicales y períodos glaciales. Las diferencias eran enormes. Helechos tropicales crecían en las regiones polares y los animales tuvieron que huir a causa del frío polar, apareciendo en regiones que ahora llamamos templadas o cálidas. Durante millones de años nacieron y murieron generaciones enteras de plantas y de animales; todo dependía de la constelación total de nuestro sistema solar, porque en él todo vive estrechamente relacionado.

Bajo la influencia de la luna, que en gran parte es la que causa las mareas - y con ello contribuye, además, a la formación de líneas divisorias entre mar y tierra - se originaron ritmos vitales en muchos animales marinos que reaccionan a dichas fases. El sol y la luna ejercen ambos su influencia sobre la vida de las plantas y de los árboles. Sin el sol y la luna, la tierra no albergaría la vida. Si estas influencias tienen tanta importancia para la evolución y la conservación de la vida, ¿por qué no considerar también que los planetas influyen sobre el «todo» general dentro del cual reside el hombre? La ciencia ignora este punto muchas veces, pero antiguamente no fue así.

Los primeros hombres no conocían ninguna ciencia, no poseían términos para designar conceptos como astrología, religión y arte, no disponían de palabras; solamente conocían señales y símbolos de la mayor sencillez. Los primeros hombres, sin embargo, examinaban aquella unidad, que más tarde se perdió, que 83 representaba la vida cósmica. Aquella unidad sigue siendo la misma, pero el hombre moderno especializado ya no la experimenta. El hombre primitivo, apenas diferenciado del reino animal y acostumbrado a él, vivía en pequeños grupos. Su individualidad tenía poca importancia. El era una parte de una familia, un clan o una tribu y su supervivencia era lo primordial. Seguramente al principio reaccionaba de la misma manera como vemos que reacciona una manada que

obedece a un líder, el animal más listo y más viejo del grupo.

El desarrollo de una personalidad propia, una manera propia de reaccionar dentro de la relación familiar, es un distintivo del ser humano. Este distintivo se impuso pero, con todo, los primeros hombres vivían espiritualmente mucho más cerca los unos de los otros y al mismo tiempo en unión con su medio natural y los animales a los que cazaban. Ello no significa que vivieran en un mundo armonioso. Se han encontrado demasiados vestigios de lucha; se sabe que existía el canibalismo. Los enemigos muertos eran comidos, quizá después de ser sacrificados, como sin duda ocurría también con miembros del propio grupo. Pero esto sucedía por una reacción primaria del individuo, teniendo en cuenta las circunstancias en que se desenvolvía la vida en un estado natural; el intelecto despertó lentamente en el hombre y con ello también la reflexión secundaria. Los primeros hombres, sucesores de los primates, eran todavía a pesar de la utilización de incipientes utensilios de piedra, naturaleza dentro de la naturaleza. Quizá se sentían desprotegidos en su entorno. Obedecían, pues, a numerosos impulsos procedentes de aquella naturaleza de la que no tenemos referencia, o que aún no se ha estudiado lo suficiente.

La tierra no era precisamente un paraíso. El hombre vagaba de un lado a otro para escapar del calor demasiado intenso y del insoportable frío, huyendo a veces de las erupciones volcánicas, de las inundaciones y de los animales salvajes. El hombre era un nómada que vivía en una pequeña asociación. Y en gran parte de la tierra vagaban errantes numerosos grupúsculos en diferentes estadios de evolución. Estos pequeños grupos errantes vivían constantemente en nuevas regiones, cazando animales y llevando consigo el botín de la caza. Por el camino recolectaban plantas comestibles, bayas y frutos. Muchísimo más tarde empezaron a arrastrar tras de sí sus primeros exiguos rebaños, cuando aprendieron a domesticar algunos animales. Su vida era constantes nuevos paisajes, montañas, valles y llanuras a lo largo de ríos, donde la existencia parecía algo más fácil. Pero por encima del hombre siempre estaba el mismo sol, la misma luna y las mismas grandes estrellas, algunas de las cuales atravesaban el cielo más rápidamente que otras. Eran nuestros planetas, entonces, al parecer, en menor número, porque aún no se habían descubierto muchos.

El hombre, luego, buscó normas, leyes y tabúes, reglas de mutuas relaciones. Esto era una reminiscencia de su anterior vida animal, porque también hay animales que viven en asociaciones familiares muy determinadas y rígidas. El mantenimiento de la vida humana dentro de la familia o de la asociación tribal, obligó a buscar reglas; y la naturaleza se las ofrecía. Nadie podía sustraerse a las estaciones y a muchas otras influencias que fueron determinadas por la madre tierra en unión con el sol, la luna y las estrellas.

El hombre de Neanderthal, uno de los primitivos humanos, que vivió hace entre 150.000 y 30.000 años - y que, por otra parte, no es antecesor directo del hombre actual - creó símbolos y acciones rituales sencillas. La magia, el conjuro de fenómenos naturales, empezó probablemente en ellos. Los neanderthalenses no formaban un pueblo estrictamente homogéneo. En toda Europa y Asia apareció su etnia en pequeñas asociaciones tribales, parecidas unas a otras, lineales en la evolución, pero no iguales. Algunos sabios suponen que el hombre de Neanderthal, a causa de los músculos de la laringe y de la boca, pero también por el desarrollo de su cerebro y las circunvoluciones de éste, no conocía un habla propiamente dicha y se hacía entender por medio de gritos inarticulados. Sus sonidos debieron ser, pues, señales para significar acciones primitivas o acompañarlas. Otros sabios sí reconocen en los neanderthalenses el uso de un lenguaje; un



lenguaje simple, necesario y que se desarrolló dentro de una primitiva comunicación interhumana. En vista de la larga permanencia de este tipo de hombres en la tierra y las regiones muy diversas en las que aparecieron, ambas hipótesis son verosímiles; en todo caso, el origen y el desarrollo del lenguaje, puede estar unido a los símbolos más simples o señales que quizá hicieran referencia entonces a buenos terrenos de caza, o a un lugar vadeable en un río.

«El símbolo es la madre de todas las lenguas». Y el neanderthalense conocía algunos símbolos. El sabio ruso A. P. Okladnikow, de Leningrado, descubrió en junio de 1938, en una cueva cercana a Tesjik-Tasj, la tumba de un niño neanderthalense de 8 a 9 años. Esta cueva se hallaba en una alta colina, en las proximidades de la aldea de Matsjaj, en el Uzbekistán meridional. Alrededor del cráneo del muchachito encontró cuernos de la cabra montés siberiana, algunos separados, otros todavía unidos al hueso frontal. Estos cuernos estaban clavados en el suelo por las afiladas puntas. De modo que el niño fue enterrado ritualmente, lo cual indica que en los mayores de la tribu existían ideas acerca del más allá. El niño no fue dejado allí como un animal muerto. Y quién sabe desde cuánto tiempo existía semejante culto, las huellas del cual se descubrieron casualmente. En aquel culto mágico, quizá utilizado para la protección del niño en un presunto más allá, tal vez como monumento para el recuerdo, desempeñó un importante papel la cabra montes. Junto al oso, la cabra montes era una codiciada presa de caza. El hombre era consciente de su dependencia respecto a esta presa. Y se sabe también que los hombres neanderthalenses siberianos rendían culto al oso.

Tal vez no estará de más suponer que el culto de la cabra montes por parte del hombre de Neanderthal tuvo tal influencia que nuestro signo del Capricornio en el zodíaco procede directamente de dicho culto. No lo sabemos de cierto, pero como símbolo persiste, y los símbolos no necesitan tener una ascendencia directa o un linaje continuado. Los símbolos son una parte de la memoria colectiva o un linaje continuado. Los símbolos son una parte de la memoria colectiva de la humanidad, y emergen cada vez que llega el momento en que el hombre necesita recordarlos. Quizá el Homo Sapiens, que sucedió o desplazó al de Neanderthal, tomó de éste el culto de la cabra montes; podría haber sucedido, ya que estos dos tipos de hombre coincidieron en determinado momento de la prehistoria. En aquel punto crucial de la historia del hombre, debió de existir en ambos tipos humanos un desarrollo mental que hizo posible una comunicación espiritual hasta el punto de que pudieron transferirse las ideas mágico-religiosas. En grutas de la Dordoña francesa se encontraron también tumbas de neanderthalenses con primitivas ofrendas fúnebres, tales como utensilios de piedra y algo de comida. En estas mismas grutas vivieron asimismo los hombres de Cro-Magnon, quienes utilizaron elementos parecidos. Es posible que los últimos neanderthalenses se encontrasen con los primeros cromagnonenses.

Lo que es seguro es que el culto de la cabra montes en Siberia ha seguido vigente entre los pueblos nómadas hasta el día de hoy. Los llamados pueblos sedentarios, como los sumerios en Mesopotamia, utilizaban desde 3000 a. de C. al macho cabrío como animal de culto. Pero retrocedamos un poco en la historia para explicar otro fenómeno religioso, el origen del totemismo, la divinización de animales, ya que ésta corre paralela al desarrollo de la astrología a través del zodíaco.

En numerosas grutas y cavernas de Europa, Asia y África pueden encontrarse

dibujos, grabados y pinturas de animales y, frecuentemente, también de seres humanos, que ejecutan danzas rituales. Famosas son las magníficas pinturas de Lascaux en la Dordoña, Francia y las de Altamira, en España. Las más bellas son del pueblo de Cro-Magnon, hechas probablemente hace entre 30.000 y 20.000 años, cuando el último período glacial aún reinaba en regiones septentrionales. La hipótesis general es que dentro del culto de caza se pintaban bóvidos y bisontes, pero también otros animales. Se trataba de reproducciones con intención mágica. En algunas pinturas se observan también lanzas. Conjurando la imagen, pensaban los hombres, podían conseguir una buena caza. En la imagen se daba muerte anticipadamente al animal para que la caza fuese favorable. El matar un animal era peligroso. El hombre iba casi desarmado y sin duda muchos cazadores perecieron. El conjunto de aquel peligro habría sido una de las finalidades para protegerse. Había otro peligro que tenía un fondo espiritual. Al igual que sucede todavía hoy en algunas tribus indias, la naturaleza entera era considerada como divina por el hombre primitivo. También el animal era divino. Había que darle muerte para procurar alimento al hombre, pero esta muerte significaba una infracción contra la vida en la naturaleza, de lo cual eran conscientes los cazadores. El animal era cazado, pero debía ser como si se entregase voluntariamente para conservar la vida del hombre. Por esto el animal era también adorado. Precedían a la caza danzas y rituales mágicos y de este modo el animal era admitido dentro del pensamiento y la acción religiosa. La unidad entre hombre, animal y el resto de la naturaleza, todavía no se había roto.

En numerosas religiones ha continuado existiendo la divinización del animal, el totemismo, Cuando el hombre no necesitó la caza para vivir, sino que consiguió rebaños, las acciones rituales se transmitieron, aunque de otra forma. El animal se convirtió en ofrenda a los dioses. Casi todas las religiones han conocido la costumbre de sacrificios animales, a veces incluso de sacrificios humanos, para granjearse el favor de los dioses.

El totemismo ha pervivido finalmente a través de los siglos y en algunos pueblos se dan, todavía hoy, animales sagrados, como las vacas, que en la India vagan por todas partes. Los indios americanos tienen todavía sus tótems y, en realidad, nuestros animales heráldicos, como el león holandés y el águila en el escudo de los Estados Unidos, fueron originariamente animales totémicos. En la Biblia los encontramos también. Algunas de las primitivas tribus de Israel exhibían un animal en su estandarte, como el león de Judá. Esta última denominación es asimismo un título honorífico de los príncipes de Etiopía, como lo fue, hasta hace poco, de Haile Selassie.

Había todavía otra razón para la divinización de determinados animales, de la que siempre pueden encontrarse vestigios en muchos pueblos. Algunas cualidades humanas parecen tener referencia directa con un animal determinado. Se dice que alguien es valiente como un león o astuto como la serpiente, como se lee en el texto bíblico. En la prehistoria, cuando el hombre vivía tan cerca del animal y dependía de él, esta afinidad era aún mayor. El animal totémico de un pueblo que cazaba bisontes pudo haber sido un bisonte, y un cazador famoso es posible que ostentase el nombre de «Fuerte Bisonte», como sucede hoy, todavía entre los indios americanos. En todas las lenguas modernas hay nombres derivados de animales, como Leo (león), Bernardo (duro como un oso), Úrsula (osita) y otros. Muchos nombres de varón en la antigua lengua germánica se derivaban de animales.

El hombre, que proyectaba sobre el animal sus cualidades personales, buscó también, naturalmente, otras simbologías. La tierra era la Gran Madre. De los tiempos más remotos se han encontrado pequeñas imágenes que representan a la diosa madre. La tierra era sagrada; ella producía la vida, incluido el ser humano, y después de la muerte el ser humano era enterrado en el seno de la madre. También había un padre divino. En un pueblo, este divino padre era el sol; en otros pueblos era un creador que residía en alguna parte del cosmos. También el sol y la luna fueron considerados como pareja progenera. El ser humano tenía (y tiene) un gran miedo a la muerte. Cada vez con mayor frecuencia dentro de un determinado culto, las personas eran sepultadas con costumbres mágicas; al mismo tiempo fue desarrollándose la idea de que el alma humana continuaba viviendo. En el sueño regresaban los muertos. La separación entre la vida del estado de vigilia y la vida onírica probablemente era menos intensa en el hombre primitivo que entre nosotros. Los antepasados que seguían viviendo en el sueño del hombre continuaban gobernando la tribu. Era preciso ganarse su favor. ¿Dónde vivían los antepasados?. Según algunos, cerca de la tribu, en una región espiritual; según otros, indudablemente «en el cielo», que se imaginaba estaba en las estrellas. Los antepasados se convirtieron progresivamente en dioses, y como lugar de residencia se les atribuyeron las estrellas y los planetas. También el animal fue proyectado sobre el fondo del cielo. Los dioses animales debían encontrarse asimismo en el firmamento. Con ello, también determinadas cualidades del hombre se proyectaron hacia las estrellas. De este modo debió originarse el zodiaco. Cuáles fueron los primeros nombres de las constelaciones denominadas de esta manera, ya es imposible saberlo, pero sin duda figuraron entre ellos los nombres de animales como la cabra montes, el toro y el león, aunque al principio no podía hablarse realmente de astrología. Tampoco importa ya investigar el tiempo exacto en que todo ello se originó. No se inventó de una sola vez, sino que se desarrolló gradualmente en la región que ahora denominamos el Oriente Medio y simultáneamente en la antigua China. Hasta hoy existen pues dos sistemas astrológicos: el occidental, procedente del Oriente Medio, y el chino, que utiliza otros nombres astrológicos.

Mucho antes de que surgiesen las formas de astrología, se produjo el inicio de la astronomía. Por todo el mundo se han encontrado primarios «laboratorios» astronómicos. Uno de los más famosos en la actualidad es Stonehenge, en Wiltshire, Inglaterra. La construcción, que fue progresando con el aumento de los conocimientos, comenzó aproximadamente en el año 2700 antes de Cristo. Ciertas investigaciones han demostrado que en la antigua Edad del Bronce unos miembros del llamado pueblo de los bekers erigieron las primeras grandes piedras. Pueblos posteriores completaron la obra en tres fases. Al principio, probablemente se trataba sólo de un templo del sol. Observando la manera como caen las sombras (exactamente como en nuestros relojes de sol) se pudieron realizar sencillas mediciones del tiempo, tales como determinar el día más largo y el más corto. Posteriormente siguieron las mediciones de los meses lunares y así, sucesivamente, se perfeccionó el sistema en tres fases de construcción construyendo alrededor del círculo originario de piedra otros nuevos círculos, cuyas piedras actuaban como una visera. Empleando todavía piedras desplazables pudo mejorarse el sistema y obtener así un perfeccionamiento en el que por medio de cálculos fue posible incluso predecir eclipses de sol y de luna. No se puede subestimar semejante logro en el aspecto científico ni en el técnico. Aquel pueblo de los bekers labró, en parte de una arenisca local, las piedras de

Stonehenge, algunas de las cuales tienen un peso de 5.000 kilogramos. El segundo círculo en forma de herradura era de la piedra llamada en inglés «bluestone», que procedía de Pembrokeshire (País de Gales), y fue transportada a lo largo de 250 kms, una gran parte por río y por mar. Su conocimiento sobre la talla de piedras, y también sobre la construcción de barcos o balsas, debió haber sido grande. Desde hace algunos siglos, Stonehenge es objeto de estudio científico. John Aubrey (1627-1697) descubrió en su día, alrededor de las piedras todavía hoy existentes, un círculo de 56 hoyos, en los cuales debieron encontrarse también otras tantas piedras. Hace sólo unos años, la disposición de los tres círculos fueron programados por ordenador por el profesor americano G. W. Hawkins y parece ser que pueden leerse una cantidad enorme de datos astronómicos gracias al monumento. Los monumentos megalíticos de Francia, entre otros, y en Bretaña los menhires, debieron haber tenido una función parecida. Naturalmente, la posesión de laboratorios astronómicos -si se les quiere llamar así- y de los conocimientos que ellos comportan, no son propiedad exclusiva del pueblo de los bekers. Otras etnias debieron disponer de conocimientos semejantes, conocimientos que no se originaron en la antigua Inglaterra, sino que probablemente fueron importados de Asia con las migraciones de los pueblos. Sin embargo, en Asia no existen antiguos monumentos como el de Stonehenge. Más adelante volveremos a hablar de los monumentos que todavía siguen encontrándose, los cuales originaron la astrología.

Ahora bien, ¿qué tipo de gente bosquejó un monumento como Stonehenge, u otros parecidos, suponiendo que tuviéramos que buscar su origen más antiguo en Asia?

Entre los pueblos naturales que todavía hoy viven, algunos pequeños grupos en los trópicos, los lapones y los esquimales del polo norte, aparecen cualidades paranormales mucho más intensamente que entre los hombres civilizados. Y algunos miembros de esos pueblos poseen tales cualidades en grado superlativo. Se les considera como elegidos y casi siempre se les llama hechiceros, según la idea que tenemos de este tipo de persona, habitante de los pueblos africanos. Allá los encontramos en un nivel bastante bajo de desarrollo, y su importancia dentro de su habitat es decisiva, como la de los dukuns de Indonesia e incluso los lamas del Tibet, que representan una elevada fase de desarrollo de los hombres que en otro tiempo se denominaban chamanes.

Los chamanes fueron, en tiempos remotos, los precursores del posterior sacerdote, sanadores, magos, poetas, pero también astrólogos. Eran individuos de pequeños pueblos nómadas asiáticos, cuyo origen nos conduce al pie del Himalaya. También era médiums y caían en estado de trance, que era cuando realizaban sus «prodigios» paranormales. Telepatía, clarividencia, telekinesia (el desplazamiento de objetos sin tocarlos con las manos o utensilios), un espiritismo incipiente y la evocación de espíritus se les atribuye en gran medida. Además, eran los mediadores sacerdotales entre los hombres y los dioses. Ellos idearon las primeras danzas mágicas dentro del culto a los animales. El descubrimiento de «la voluntad de los dioses» para aconsejar a la tribu, les condujo sin duda al estudio de las estrellas. Cuando el sol era eclipsado por la luna, los hombres eran presa del pánico. Urgía, pues, un medio para ayudar al sol a volver hacer su aparición. Tal medio era una danza mágica, dirigida por un chamán. En los eclipses de luna se procedía exactamente de la misma manera. Chamanes de pensamiento más profundo tuvieron que

proyectar en el cielo, en distintas ocasiones, ciertos fenómenos en beneficio de la vida de su pueblo. En Asia, del chamanismo derivaron toda una serie de religiones. Algunos pueblos han seguido siendo chamanistas hasta nuestros días; en otros se efectuó una especialización. Hubo sacerdotes que realizaban servicios rituales, sacerdotes-sabios y sacerdotes-sanadores. Entre los sacerdotes-sabios se originaron los primeros astrólogos, quienes siguieron edificando sobre los descubrimientos de los chamanes. En este punto llegamos al Oriente Medio, al menos por lo que se refiere a nuestro tipo de astrología.

El hombre hacía miles de años que había descubierto que los planetas son «estrellas» muy especiales. Se mueven en una órbita dentro de nuestro sistema solar, órbita caprichosa pero bien delineada dentro de un plano determinado. Esta órbita fue, desde tiempos remotos, el zodíaco. Las relaciones dentro de este sistema se consideraron también como trascendentales para el destino humano.

En el Oriente Medio, a lo largo de los ríos Eufrates y Tigris, y también en Palestina, se originaron las primeras culturas urbanas. En Jericó, en unas excavaciones, se encontraron estratos de cultura que demuestran que el lugar estuvo habitado desde hacía 8 a 10.000 años, y que un pequeño poblado permite deducir el comienzo de una cultura urbana. Es el límite entre la prehistoria y la historia, los albores de una historia humana que conviene descifrar mejor. La cultura se desarrolló más que en los pueblos asiáticos chamanistas. Se trabajaba con toda clase de materiales, incluso con diversos metales. Las hachas, cuchillos y raspadores de piedra de los pueblos más antiguos quedaban ya olvidados; aumentaba el conocimiento acerca del curso de las estrellas. En el antiguo Egipto empezó a ponerse en marcha un desarrollo decisivo.

Los sumerios, hacia 3000 a. de C. empezaron a clasificar sus imágenes mentales sobre el universo en un sistema cristalizado en el que la astrología y la astronomía, naturalmente, todavía se hallaban unidas. Los sumerios hacía poco tiempo que habían fundado sus primeras ciudades-estado en Mesopotamia, descendiendo de las montañas de los alrededores hacia el llano que se extiende a lo largo del Eufrates y el Tigris, verdadero crisol de pueblos antiguos. Se mezclaron con los semíticos acadios, que ya vivían allí. Los sumerios estaban gobernados por un lugat, un rey-sacerdote. Bajo uno de estos príncipes, Gudea de Lagash, se convirtió Ur (la bíblica de Ur de los Caldeos, desde donde Abraham como «jeque» semítico partió con sus rebaños hacia el país de Ca-naán), en la ciudad-estado más importante. Cerca de Ur, y también más tarde en Uruk y en Babilonia, se levantaron los primeros zigurats, las llamadas «torres de Babel» de la Biblia. La torre de Ur era una pirámide escalonada de unos 96 metros de altura. Era, al mismo tiempo, un templo solar para la adoración y un observatorio astronómico. La construcción se inició durante el reinado de Ur-Nammu, un príncipe-sacerdote de la III dinastía sumeria (2079-1960 a. de C).

Bajo el posterior rey Nabucodonosor se terminó la construcción del zigurat. Antes ya se había desarrollado un rico arte sumerio. Hay una hermosa estatuilla, hecha de oro con incrustaciones de lapislázuli y de conchas, que representa un macho cabrío, erguido sobre sus patas traseras y apoyado con las delanteras sobre dos ramas de un arbusto. Se trata de un macho cabrío con un árbol de la vida. Con ello volvemos a encontrarnos con la cabra montes del hombre de Neanderthal y el culto de la cabra montes de los pueblos nómadas como los tunguzos y los kirgizos, que ha perdurado hasta nuestros días. Los sumerios



hicieron de la cabra montes uno de los signos del zodiaco: Capricornio.



*De las versiones griega, romana y egipcia de los signos del zodiaco se originó gradualmente la imagen que ahora conocemos, teniendo como fondo las concepciones de los pueblos de Mesopotamia. Fue un proceso de igualación, favorecido por el hecho de que para conceptos mitológicos y religiosos parecidos existían también dioses o símbolos arquetípicos comparables entre sí. En este dibujo de «Oedipus Aegyptiacus» de Anasthasius Kircher escrito en 1653 se encuentran ordenadas las imágenes comparables, pero también sus diferencias con los símbolos que ahora son corrientes, algunos de los cuales han quedado igual.*

Este macho cabrío debería desempeñar todavía otro papel. Se convirtió en el chivo expiatorio de los antiguos israelitas, una costumbre que probablemente trajeron ellos de Mesopotamia. Un chivo escogido como centro de rituales, era «cargado» por el sacerdote judío con los pecados de una persona y luego enviado hacia el desierto. En algunas regiones del Tibet, la misma costumbre ha continuado existiendo hasta la época moderna. Allí, un chivo blanco y un chivo negro constituían el punto central de los rituales; después, el chivo negro era enviado a las montañas como ofrenda expiatoria por los pecados de toda una comunidad. En el Tibet se daba el caso de que una persona cumplía el papel de chivo expiatorio. El chivo aparece como animal de culto en Egipto y también en las ceremonias



del templo, porque el macho cabrío era considerado allí como un símbolo de la fertilidad. En Grecia volvemos a ver más tarde a este chivo como un voluptuoso sátiro, una figura de hombre con pequeños cuernos y patas de macho cabrío, a veces con un rabo, y muy peludo, que fue considerado como un espíritu de la naturaleza. Su función era acechar a las ninfas, también espíritus de la naturaleza, que conocemos con el nombre de elfos. El sátiro tuvo también protagonismo en los misterios dionisiacos y en ciertas orgías, en las que las mujeres se entregaban a una desenfadada sexualidad. Uno o varios hombres debían disfrazarse de machos cabríos. Dentro del cristianismo, el chivo se convertía en la conocida figura satánica de la Edad Media y luego en un animal de culto, dentro de los aquelarres de las brujas. El brujo colocaba delante de su cara, a modo de máscara, la hinchada cabeza de una cabra y dirigía reuniones como las que todavía siguen celebrándose en las llamadas iglesias satánicas y órdenes secretas en las que se celebran misas negras. En la Edad Media era también una figura así el llamado Bafomet de la orden de los templarios, asimismo el centro de un ritual. Hasta tal punto determinados animales cúlticos siguieron desempeñando un papel dentro del pensamiento religioso y/o supersticioso del ser humano.

Lo que acabamos de describir era todavía insospechable para los sumerios cuando «sacralizaron» su cabra montes como signo zodiacal. Por lo demás, en algunas de sus representaciones aparece este chivo con medio cuerpo de pez, un animal fabuloso, como también lo es nuestra sirena, una mujer fabulosa, mitad persona-mitad pez. De ahí que los signos del zodiaco hayan conocido diversas formas.

Hay fragmentos de piedra en escritura cuneiforme de la época del gobierno de Sargón de Acad, príncipe de los acadios, que hacen referencia a las posiciones del sol, la luna y los planetas. Un horóscopo como los que conocemos todavía hoy, con posiciones de los planetas y las estrellas. En Egipto -adonde volveremos a continuación- se realizaban ya antes de 4000 a. de C. las primeras cartas astrales. Existía un intenso tráfico entre Egipto y Mesopotamia, y con ello empezó también la fusión de ideas concernientes a astronomía y astrología.

Los sacerdotes-sabios asirios de Mesopotamia (después de la época sumeria) recibieron la herencia. Eran hábiles matemáticos y confeccionaron las primeras efemérides, las tablas de los movimientos planetarios sobre el fondo del zodiaco. Las primeras efemérides escritas datan del tiempo del rey Asurbanipal del siglo VII a. de C. En aquella época el zodiaco fue también dividido en los segmentos que conocemos de 30 grados, 360 grados en total. El sol y la luna pasaban, en su momento circular, cada año por las doce constelaciones más importantes que forman nuestro zodiaco y del que se ha derivado nuestro calendario. Los doce segmentos del círculo celeste se dividieron entonces en las conocidas doce casas, cada una con su propio significado en la vida del ser humano, en armonía con las constelaciones del sol, luna y planetas. Estos últimos recibieron también sus nombres y significados, que todavía hoy poseen, aunque aproximadamente. En la época greco-romana fueron rebautizados con los nombres que conocemos, pero los significados que se atribuyeron a la influencia de los dioses planetarios han permanecido más o menos iguales.

En Mesopotamia encontramos también animales fabulosos, a veces separados, a veces incorporados a la arquitectura de los templos. Hay toros alados con la cabeza de un príncipe. También aparecen leones alados, grifos y otros. Son las imágenes simbólicas de

los dioses que reinaban en la tierra y en el firmamento. Más tarde, estos animales fabulosos se hicieron más ricos en simbolismo en la figura de la esfinge; podemos encontrarlos en numerosos cultos. Volveremos a hablar de ellos más adelante en este libro, cuando tratemos de los signos zodiacales por separado.

El distinguir determinadas constelaciones como signos del zodíaco no solamente tenía un significado religioso, sino también un lado práctico. Existía un lenguaje simbólico que muchos comprendían, y con el que los sacerdotes-sabios podían comunicarse entre sí. Un dibujo puede explicar a menudo más cosas que un nombre en una lengua extranjera; y todo el Oriente Medio, incluido Egipto, conocía el lenguaje dibujado de los símbolos.

Esto último era posible porque los sacerdotes-sabios de Oriente Medio veían paralelismos en sus recíprocas religiones. Los unos conocían los dioses de los otros, que más o menos tenían las mismas funciones. Existía un vivo intercambio. Sucesivamente, el sol tuvo el nombre caldeo y luego el asirio, shamash, y para la luna, Sin. Júpiter, Venus, Saturno, Mercurio y Marte tenían los nombres de Marduk, Ishtar, Ninik, Nebo y Nergal. Cuando en Babilonia las doce casas y signos zodiacales recibieron su significado, después de que al principio hubo una división en dieciocho segmentos, hicieron también su aparición los mismos signos del zodíaco, tal como todavía hoy los conocemos. Pero al igual que Capricornio, la cabra montes, había sido primero un animal fabuloso con una cola de pescado, el signo de Piscis debió originarse de la primitiva imagen de un círculo con siete estrellas. Escorpio era también, en su origen, un signo babilónico, e igualmente Cáncer, que, sin embargo, actualmente es en realidad la imagen de un cangrejo. Tauro y Leo eran ya, desde tiempos remotos, animales sagrados, y también ellos fueron puestos en el cielo - en el zodíaco - por los babilonios.

Cuando se miran las constelaciones, se puede a veces, con muchísima imaginación, descubrir algo de las figuras de animales, pero nadie sabe si semejante parecido fue motivo para darles los nombres que hoy llevan. Esto es aplicable no sólo a las constelaciones del zodíaco, sino también a todas las otras, como el Cisne, la Osa Mayor y la Osa Menor. En otras culturas aparecieron además otros nombres como, por ejemplo, en el zodíaco chino, que describe exclusivamente nombres de animales y ninguna figura humana. En el orden de sucesión de nuestro zodíaco, los del zodíaco chino son la rata, el buey, el tigre, el gato, el dragón, la serpiente, el caballo, la cabra, el mono, el gallo, el perro y el cerdo. También los planetas tenían otros nombres; pero a menudo, no obstante, el mismo carácter que en el zodíaco occidental. Había otras coincidencias, pero el desarrollo en la China no corría paralelo al de Mesopotamia.

En Egipto ocurrió algo parecido. Allí los astrónomos abundaron desde una época temprana. Se supone que las primeras pirámides, construidas desde aproximadamente el año 3000 a. de C, no eran solamente tumbas de reyes, sino también símbolos del dios del sol. Algunos van más allá en sus afirmaciones y consideran las pirámides como boyas astronómicas. Lo que es seguro es que en los templos se desarrolló una ciencia astronómica de primer orden, incomprensible para nosotros, si pensamos en los escasos medios auxiliares con que tuvo que trabajarse. Los egipcios sabían tanto como los babilonios, pero al principio tenían su zodíaco propio, que también se basaba en doce constelaciones, las mismas que hoy, pero con otros nombres. Así, su diosa Isis era nuestro Virgo zodiacal,

Capricornio era Anubis, el chacal y guardián de las almas de los muertos. Cáncer era entre ellos Ibis. Respecto a los planetas, Júpiter era, por ejemplo, su dios Amón. Nuestro Tauro era su buey Apis. De Babilonia tomaron Capricornio y así se originó paulatinamente una fusión, hasta que poco antes del comienzo de nuestra era los signos eran mucho menos diferentes y los significados idénticos.

Los egipcios, en su historia más antigua, ya tenían que ver con las estrellas. Dependían totalmente de las crecidas y bajadas del Nilo, que deparaba la fertilidad a su angosto país. Se trataba de distribuir las estaciones del año según las posiciones del sol y de la luna. Habían observado que el Nilo se desbordaba coincidiendo con una determinada posición del sol y la estrella Sirio, y esto pudo haber sido el comienzo de sus conocimientos astronómicos y especulaciones astrológicas. Muy pronto hubo también cartas astrales, trazadas a menudo dentro de concepciones simbólicas, desempeñando un papel dioses y diosas. Sin embargo, aquí no es oportuno hablar de una determinada versión exclusiva de los egipcios, porque en los diferentes períodos de tiempo la religión egipcia conoció numerosos cambios y se produjo una evolución en la que cierto número de deidades «provinciales» se convirtieron en dioses nacionales o fueron desplazadas. Por lo demás, esto influyó más en la astrología que en la astronomía. Las cartas astrales más antiguas de los egipcios datan del año 4200 a. de C. y su posterior «relleno» con nombres de dioses u otros conceptos religiosos fue de menor importancia.

El faraón Ramsés II (1300-1236 a. de C.) fomentó la astrología. Sus astrólogos añadieron al zodiaco, entre otras cosas, el signo de Libra, para los egipcios el símbolo del «camino del alma» que el muerto recorre hacia el más allá. Hablaremos de todo ello cuando tratemos de los signos por separado. Si en el arte de Babilonia ya pueden encontrarse muchas cosas que recuerdan la astrología, esta tendencia fue en aumento en Egipto. Conocidas son las reproducciones de la diosa del cielo Nut, que como un arco protector se inclina sobre el cuerpo del dios de la tierra Geb, una representación muy antigua en la que se simbolizan la Vía Láctea y la tierra. En reproducciones posteriores aparece la misma diosa, doblándose alrededor de la representación esquemática del zodiaco egipcio, con un gran parecido con nuestros dibujos de horóscopos. Ramsés II se hizo eternizar en un relieve de la mano de Isis, a quien en el zodiaco le fue asignado el lugar de nuestra Virgo. El relieve puede encontrarse en el templo de Amón (Júpiter) en Karnak. La tumba de Ramsés II fue adornada con cierto número de emblemas astrológicos. Se han encontrado también sarcófagos o ataúdes decorados con los signos zodiacales, muy parecidos a los nuestros, pero teniendo en cuenta el estilo egipcio, la conocida mezcla de alzados laterales y frontales. Son innumerables las reproducciones en templos y los escritos de los datos zodiacales y de dioses animales colocados en el cielo. En la religión egipcia se conservó, quizá más que en ninguna otra, el viejo totemismo con el cual se había iniciado dicha religión; inútil, pues, resulta destacar los lazos de unión de este totemismo con el zodiaco. En siglos posteriores, cuando Egipto engrandecía sus fronteras, se experimentó una nueva época de florecimiento de la astrología.

En Grecia, la astrología se originó algo más tarde que en Mesopotamia y Egipto. La cultura originaria griega estaba influida a menudo por ideas procedentes del Oriente. Existían dioses y diosas griegas desde tiempos remotos, numerosas influencias llegadas de Oriente cobraron importancia nuevas figuras en el panteón helénico. Grecia fue un crisol de

influencias de la antigua Minos, Fenicia, Egipto, Anatolia y aun de otras regiones más. De estas influencias se desarrolló finalmente la mayor cultura griega clásica, que contribuyó a determinar el pensamiento occidental a través de los siglos posteriores. Los nombres de nuestros planetas debemos agradecerlos a los romanos, que incorporaron Grecia a su imperio, pero sucumbieron a la cultura de quienes habían dominado. La mayor parte de las ideas que todavía hoy imperan entre los astrólogos, tuvieron su razón de ser dentro de aquella cultura.

La aportación griega ni fue tan sólo el estudio de los hechos astronómicos que se producen en el cielo. Cuando hablamos de una cultura griega perfecta y pasamos a mencionar los nombres de grandes matemáticos como Pitágoras y un filósofo como Platón, no cabe olvidar que los hechos astronómicos son ya conocidos de anteriores descubrimientos realizados por mesopotamios y egipcios. Sin embargo, sistematizar y exponer en conceptos matemáticos fue tarea de los griegos, al igual que la formación de conceptos religioso-filosóficos.

Los griegos tenían un pensamiento muy racional. Figuras como Tales de Mileto (siglo VII a. de C), Anaximandro y Pitágoras trataron cada uno a su manera de liberar la astrología del antiguo mundo de ideas «divinas». Quisieron alcanzar ideas científicas puras. Tales de Mileto estableció un modelo astronómico sin nombres de dioses. Pitágoras, por un lado, estudió sobre todo las relaciones matemáticas para llegar a conceptos científicos puros pero, por otro lado, conservó el anterior punto de vista religioso. Así llegó a la doctrina sagrada de los números en el convencimiento de que número y medida son de origen divino. El veía los planetas y las estrellas como inteligencias vivientes y animadas, como un universo poseedor de consciencia propia. Al igual que otros en su época, veía al hombre como un microcosmos, un reflejo del macrocosmos. El hombre era, para él, una versión en miniatura del cosmos, y los planetas, mediante su número de vibración, en el que basaba una armonía musical de las esferas, actuaban sobre el ser humano. En realidad, de esta manera buscaba una imagen naturalista y matemáticamente abstracta de antiguos conceptos religiosos. Esta imagen perduró hasta la astrología moderna, pero conservando los nombres antiguos. Figuras como Pitágoras ya no veían los nombres como divinos, sino como símbolos de conceptos cósmicos. Lo que en otro tiempo eran dioses, se convirtieron entonces en figuras mitológicas, «modelos» de ideas religiosas existentes exclusivamente en la mente del ser humano.

Por lo demás, la mitología no perdió su valor, porque las «sagas de las estrellas» originadas en Grecia son admirables y están cargadas de un simbolismo que todavía hoy resulta fascinante. Durante siglos, este simbolismo ha contribuido a configurar el aspecto del arte y también de la filosofía occidental, e incluso el aspecto del arte dramático. Toda la astrología actual se halla impregnada de este mismo simbolismo, si bien a veces aparece encubierto. Volveremos a hablar de la mitología griega en los capítulos correspondientes a los diferentes signos del zodiaco.

La astrología proveniente de Oriente fue de gran importancia para el pensamiento griego. Los grandes filósofos como Heráclito y Platón, y más tarde Aristóteles, aplicaron los pensamientos orientales a su propio mundo de ideas. Hipócrates, uno de los padres de la medicina, afirmó que ningún doctor podía establecer un diagnóstico justo si al mismo tiempo no era capaz de hacer un buen horóscopo del paciente. La teoría de los elementos, la distribución de los signos zodiacales en signos de fuego, tierra, aire y agua, en su origen ya

presente, fue desarrollada por los griegos y también usada como base para la caracterología y la higiene, en unión con la astrología. La teoría de los elementos ha subsistido siempre en muchos sistemas simbólicos. Fueron también los griegos quienes establecieron las relaciones más importantes entre las constelaciones de planetas y los hechos acaecidos en la tierra. Los aspectos buenos y malos conocidos de la astrología actual, los «trígonos» y «cuadraturas» en las posiciones de los planetas en correlación con sus propias influencias típicas sobre el hombre, fueron desarrollados por los siglos, gracias a su afición a trabajar con datos matemáticos. También las teorías referentes a la influencia del ascendente se desarrollaron en el ámbito griego.

La astrología tuvo gran influencia en el arte griego. No solamente en los famosos dramas de Sófocles, Esquilo y otros autores se ejerció esta influencia, sino también en las otras artes. Cualquier imagen de un dios, cualquier Venus, era en su origen una imagen «celestes». Lo que se desarrollaba en los mitos ligados a la astrología fue puesto también en imagen, y sin el arte griego habría tenido un aspecto completamente diferente la ulterior cultura occidental. Pero además, el pensamiento griego influyó en la astrología actual. Cuando Alejandro Magno hubo conquistado el Oriente Medio se originó el helenismo, es decir, la extensión del pensamiento griego hacia el este y el sur, y la mezcla de dicho pensamiento con las ideas y religiones que allí habían también evolucionado. Esto dio prestigio al gnosticismo, cierto número de concepciones religiosas que discurrían más o menos paralelas, que a veces se fundían y que ejercieron una gran influencia en el cristianismo primitivo. Por lo demás, estas ideas han permanecido siempre muy vivas en los círculos de modernos rosacruces y teósofos.

El mundo helenístico contribuyó a formar un acervo de ideas muy especial, influido sobre todo por el pensamiento judío que se había extendido por todo el Oriente Medio. Dentro de la amalgama de ideas religiosas aparece sobre todo Hermes Trismegisto, la figura que sería el autor del «Canto de Poimandres», la «Tabula Smaragdina» y otros escritos gnósticos, que tuvieron una gran influencia en el pensamiento de siglos posteriores, sobre todo en las doctrinas secretas que han subsistido hasta el día de hoy. La doctrina del «Hermes Tres Veces Grande», tal como se traduce su nombre, proviene del tardío Egipto de la época helenística. Hermes fue equiparado con el dios egipcio Thot, uno de los dioses principales. Su famoso «Corpus Hermeticum» no es totalmente gnóstico, pero tuvo una gran influencia sobre esta religión sincretista en la que se fundieron cierto número de influencias para formar un pensamiento intensamente dualista, unido a una propia religión astrológica en la que desempeñaba un gran papel la creación del cosmos y, por tanto, también la astrología. Nos llevaría demasiado lejos hablar aquí de las mutuas influencias de astrología y gnosis, pero sí se debe señalar que en los círculos de los gnósticos - y éstos eran entre sí cada vez más diferentes a medida que basaban sus teorías en diferentes autores - se originó una doctrina referente a los llamados espíritus planetarios, ángeles, arcángeles, poderes, tronos y dominaciones, que también se encuentran en el antiguo pensamiento judío y, en definitiva, en el cristianismo. Todos ellos pueden reducirse a simbolizaciones cósmicas en relación con el zodíaco y los planetas.

En el tardío gnosticismo helenístico aparece luego Claudio Ptolomeo que, en Alejandría, entre los años 150 y 180 d. de C, escribió el primer manual astrológico moderno, el «Tetrabiblos». Ptolomeo era astrónomo, matemático, geógrafo y uno de los más grandes sabios de su tiempo; escribió sobre los principios de las influencias cósmicas



que todavía siguen caracterizando la astrología actual. En realidad, después de él ya no se modificaron las funciones de los planetas y de las casas.

Existió una gran influencia del pensamiento judaico en la gnosis en la época helenística, a pesar de que muchos gnósticos se oponían precisamente a tal pensamiento. En el Antiguo Testamento, la tierra es una creación divina; en la gnosis, la tierra está sometida al «señor del mundo», que nosotros simplemente imaginamos como el bíblico Lucifer o Satán, y solemos llamar diablo. No obstante, algunas ideas acerca de la creación y la influencia del cosmos sobre el hombre fueron tomadas del pensamiento judaico, aunque los judíos contribuyeron poco a la astrología. En el «Sefer Yetsirah», el «Libro de los secretos de la creación», originado en el ámbito de la cabala judía, se encuentran ciertamente ideas astrológicas, en parte bajo la influencia de las visiones del profeta Ezequiel. Cuando más tarde el padre de la iglesia Orígenes enumera los dioses de los planetas, toma prestadas las denominaciones de la gnosis. Se trata de manifestaciones del supremo principio divino, pero materializadas en el cosmos, con nombres hebreos o que suenan como tales, como Adonai para el sol; Iao, la luna; Eloí, Júpiter; Sabao, Marte; Orai, Venus; Astaphai, Mercurio, e Ildabaoth, Saturno. Hermes Trismegisto destaca también los siete rectores o arcontes que colaboraron con el Demiurgo en la creación del sistema solar. En esta teoría los planetas eran seres vivientes e inteligentes que también influían en el microcosmos, que es el hombre. Menciono estos detalles - y en forma muy simplificada - para dar una idea de los senderos a que puede conducir el estudio de la astrología, pero también un bosquejo de los orígenes que tiene la astrología y el simbolismo relacionado con ella. Con ello damos fe de que este resumen es muy incompleto y que los detalles antes mencionados son posibles porque los dioses, los espíritus y las inteligencias de los planetas poseen sus propios signos simbólicos, que siguen desempeñando un papel en nuestro medioevo y mucho tiempo después de él.

Aunque durante el imperio romano floreció la astrología y fue perfeccionada constantemente, los romanos no contribuyeron mucho a ella. Ellos adoptaron las ideas griegas, si bien es verdad que la astrología se practicaba en todas partes y los emperadores romanos se hacían informar por astrólogos. Algunos emperadores, en las monedas que llevaban su imagen mandaban grabar en el reverso su signo zodiacal; así, por ejemplo, sucedió con el emperador Augusto, que era Capricornio. También había monedas con un zodiaco completo. En el arte romano la astrología sí que desempeñó un papel importante. Se han conservado numerosas esculturas, pinturas y mosaicos de dioses y semidioses que influyeron en la religión y en la astrología. Hay textos romanos que contienen un gran número de alusiones astrológicas.

Cuando en Roma alcanzó importancia el cristianismo, ello significó una decadencia para la astrología. Los antiguos padres de la Iglesia se opusieron siempre a ella con vehemencia, especialmente Agustín (354-430), que al principio era adicto a la astrología, pero luego la combatió encarnizadamente y quiso considerarla simplemente como superstición. Por lo demás, también combatió el gnosticismo cristiano, una amalgama de gnosis helenística con ideas que pervivían en el cristianismo primitivo. No obstante, los simbolismos astrológicos subsistieron en el primitivo cristianismo. En las catacumbas romanas, lugares de refugio de cristianos perseguidos, ya aparece el signo de Piscis, de los peces, empleado hasta el día de hoy, para designar a Cristo. A través del gnosticismo cristiano, el cristianismo actual aparece también en los símbolos de los cuatro evangelistas:



Mateo con el ángel, que propiamente es Acuario, Juan con el águila, que en la astrología es la misma figura que el escorpión, Escorpio, pero entonces su aspecto era sublimado; Lucas con el toro o buey, Tauro, y Marcos con el león, Leo. Estas ideas se remontan a las visiones del profeta Ezequiel en el Antiguo Testamento, pero también se las encuentra en las revelaciones o Apocalipsis que Juan escribió en la isla de Patmos, el último libro de la Biblia, en el que asimismo se describe una visión con la descripción de los cuatro «animales». Las Revelaciones son más bien un escrito gnóstico que evangélico, al menos en el sentido del cristianismo actual. En el cristianismo primitivo este libro bíblico tuvo una influencia muy grande; más tarde, en la historia del cristianismo, reaparece en ocasiones, sobre todo en círculos posteriores a la Edad Media, en los que se desarrollan las especulaciones cabalísticas. En general, el monoteísmo judaico no había sido buen campo de cultivo para la astrología. Con todo, fueron pensadores judíos los que trataron la astrología en especulaciones filosófico-religiosas.



*Un dibujo alquímico medieval que representa al ser andrógino tal como se le puede encontrar en otra figura en la pintura «Géminis» de Johfra.*

En el Talmud pueden encontrarse vestigios, y también en la doctrina secreta, la cabala, aunque los primeros cabalistas la rechazan. Por otra parte, en el medioevo posterior se funden cabalismo y astrología. De ello volveremos a hablar a continuación.

El cristianismo primitivo no pudo asumir la rica herencia de la astrología helenística. Esto lo hicieron los árabes, que entre sus sabios contaban con un número importante de filósofos y astrólogos. Alejandría fue un antiguo foco de la cultura árabe y tras la caída del Imperio Romano asumieron este papel ciudades como Bagdad y Damasco. La aparición del Islam no resultó ser ningún impedimento e incorporó a su seno la astrología. El famoso Harun al-Rashid, contemporáneo de nuestro Carlomagno en el siglo IX, conoció algunos sabios en Bagdad y su hijo Al-Mansur fundó un importante observatorio y una biblioteca. El Islam unió en breve tiempo todos los pueblos árabes, y también sus conocimientos científicos, que no eran pocos. Sus sabios añadieron a los propios conocimientos que poseían del Oriente Medio del Norte de África los relatos de los escritos clásicos más importantes, entre ellos el Tetrabiblos, que, bajo el nombre de «Almagesto», debería tener una gran influencia hasta los tiempos del Renacimiento. El gran astrólogo árabe Albumasur (805-885) escribió su «Introductorium in Astronomiam», muy influido por las ideas del griego Aristóteles.

Los árabes llegaron a España a través de África del Norte. Allí, hasta después de la Edad Media, opusieron resistencia a la cristiandad que iba avanzando. En varias ciudades españolas surgieron universidades árabes. Toledo y Córdoba se convirtieron en focos de ciencia, no solamente en filosofía y astrología, sino también en alquimia y medicina. Allí se originó también una mezcla de ideas de los sufíes, los místicos del Islam, con las ideas clásicas, y las de los cabalistas judíos con las de los cristianos, a quienes se permitía pensar al margen de la doctrina católica.

Las cruzadas de los cristianos, dirigidas contra el Islam, no reportaron solamente lucha; en los círculos de los caballeros del Temple fueron adoptadas ideas árabes, que también tuvieron influencia en Europa Occidental. Fue sobre todo tarea de los sabios árabes el perfeccionar la astrología, y en su arte encontramos este punto reflejado. En su círculo, entre otros elementos, aparecen pintadas magníficas miniaturas con ideas astrológicas.

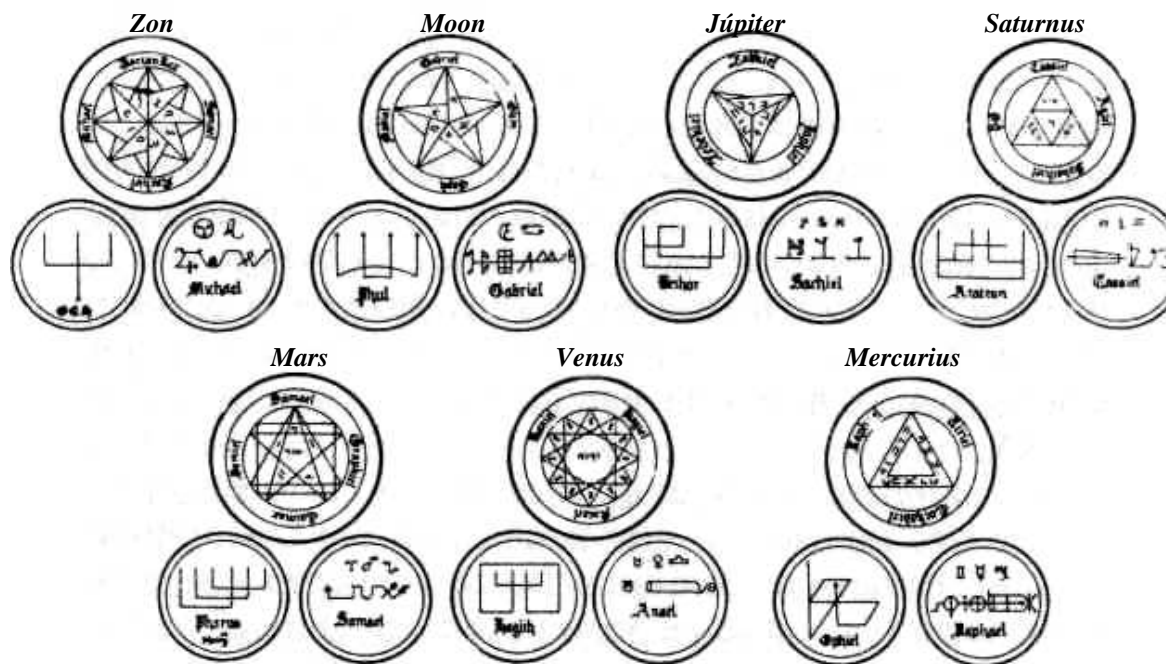
Los árabes fueron también los primeros alquimistas de Europa. La alquimia era mucho más antigua que la cultura islámica. Mucho tiempo antes ya existían alquimistas en la China y en la India, y con los datos que ellos transmitieron siguieron trabajando los árabes, extendiéndolos por todo el occidente, aunque en contra -a menudo ferozmente- del sentir de la Iglesia romana católica, que sólo con reparos toleraba la astrología. Por otro lado, escritos clásicos traducidos, redescubiertos por los árabes, ejercieron una gran influencia en el pensamiento occidental y muchos sabios prescindieron de la actitud de la Iglesia. Una importante figura como Alberto Magno (1200-1280), apreció la ciencia árabe e intentó llegar a una astrología lo mejor fundamentada posible. El hombre de la máxima autoridad en la Edad Media fue indudablemente Tomás de Aquino (1224-1274), que como teólogo estaba al lado de Alberto Magno; Aquino escribió que los astros son responsables de todo lo que ocurre en la tierra, y también que los astros empujan, pero no obligan. El pretendía salvaguardar el supuesto libre albedrío del ser humano.

Antes de lo descrito, el honor de la astrología combatida por el cristianismo primitivo ya había sido reivindicado en Italia. En Bolonia, en 1125, se estableció una cátedra para esta especialidad. Tanto Dante como Petrarca estudiaron en esa universidad y la misma «Divina Comedia» de Dante contiene también muchas aplicaciones astrológicas. El viaje de Dante de la mano de Virgilio, y su encuentro con Beatriz en la más elevada luz mística, es un viaje de iniciación espiritual a través de las esferas planetarias en el sentido astrológico. Con la aparición del Renacimiento en Italia, que fue el final de la oscura Edad Media, la astrología logró una enorme influencia en toda Europa, frecuentemente unida a la alquimia que, mientras, se había desarrollado muchísimo. Los alquimistas utilizaban un lenguaje secreto simbólico. En realidad, ellos nunca hicieron otra cosa. Practicaban una ciencia intuitiva, cuyo uso idiomático habían hecho suyo a partir de las diferentes religiones. Desde la época de los griegos ya sabían que tras el uso del simbolismo se encerraban principios cósmicos a los que ellos no les podían dar todavía ningún nombre desde el punto de vista de las ciencias naturales. Los alquimistas, que a menudo eran también astrólogos, escribían en estos mismos términos. Lo hacían no solamente por costumbre, sino también para mantener secreta su ciencia. Con excesiva frecuencia fueron perseguidos como herejes, torturados y llevados a la hoguera. Su lenguaje secreto era una forma de autodefensa y también era necesario porque muchos de sus hallazgos resultaban peligrosos en manos de ignorantes. En sus experimentos, el oro significaba el sol, la plata la luna, el mercurio Mercurio, el cobre Venus, el estaño Júpiter, el plomo Saturno y el hierro Marte. Había además muchas otras referencias a la astrología, mezcladas con un empleo de símbolos provenientes de cierto número de doctrinas secretas como, por ejemplo, la gnosis. Los alquimistas consideraban a Hermes Trismegisto como uno de sus grandes precursores. En los astrólogos medievales, la Biblia también ejerció su influencia. Había doce tribus de Israel, que algunos consideraban análogas a los doce signos del zodiaco. También había doce discípulos de Cristo. Como consecuencia de ello, Leonardo da Vinci representó a algunos como signos zodiacales en su famosa «Última Cena», en el fresco de la sala claustral de la iglesia de «Santa María della Grazia» de Milán. De izquierda a derecha aparecen las figuras alrededor de Cristo: Bartolomeo (Tauro), Santiago el Menor (Aries), Andrés (Géminis), Judas Iscariote (Capricornio), Pedro (Acuario), Juan (Piscis), Tomás (Virgo), Santiago el Mayor (Leo), Felipe (Cáncer), Simón (Sagitario), Tadeo (Escorpio) y Mateo (Libra).

Leonardo y numerosos artistas del Renacimiento siguieron una tradición medieval, porque también entonces los artistas de artes plásticas usaban símbolos astrológicos. El signo de Piscis para designar a Cristo fue aplicado a muchos ventanales y los cuatro evangelistas con sus «animales» pueden encontrarse en muchos manuscritos. El zodiaco está reproducido en su totalidad como calendario en el breviario «Les Tres Riches Heures» de Jean, duque de Berry, confeccionado por los hermanos Van Limburg a comienzos del siglo XV.

Encontramos símbolos astrológicos no solamente en innumerables miniaturas, sino también en muchas pinturas. Algunos panales de Jerónimo Bosch contienen elementos astrológicos, y también en obras de Alberto Durero, y en general frecuentemente en muchos dibujos gráficos medievales. Y lo mismo puede decirse del lenguaje iconográfico al-químico. Por aquellos días surgió un completo arte plástico alquímico, a veces como sencillas ilustraciones en escritos, a veces elaborado en magníficas miniaturas o como

alusiones en grandes obras alegóricas. También en aquellos años se desarrolló, a partir de la antigua doctrina secreta judía, la cabala tal como ahora la conocemos. Se trataba de un sistema filosófico-religioso en el que no sólo se descifraban las relaciones entre el hombre y lo sacro, sino también las de otra índole en el cosmos y de la evolución espiritual del hombre que aspira a la redención mística. La idea esquemática de la cabala aparece en el árbol de la vida, también representado con tres columnas, donde están colocados diez principios o sephiroth. Este árbol de la vida equivale asimismo a cierto número de «reinos» o esferas, desde lo material hasta lo espiritual más elevado. En la Edad Media esto se consideraba un sistema análogo a la astrología. Así, además del sol y de la luna, en el árbol de la vida ocupaban también un lugar Júpiter, Venus, Mercurio, Marte y Saturno.



*En la Edad Media se mezclaron astrología, cabalística, magia y alquimia porque dieron lugar a paralelismos en los diversos sistemas de símbolos. Se bosquejaron pentáculos, talismanes destinados a proteger contra toda suerte de desastres posibles a quienes los llevaban. Estos talismanes llevaban casi siempre signos, sellos y signatures que se atribuían a arcángeles y a toda una jerarquía de seres astrales cuya morada se dice que se encontraba en los planetas. Estos signos y sellos pueden hallarse en la obra medieval «Libro de los espíritus» y Johfra usó un gran número de ellos en sus pinturas.*

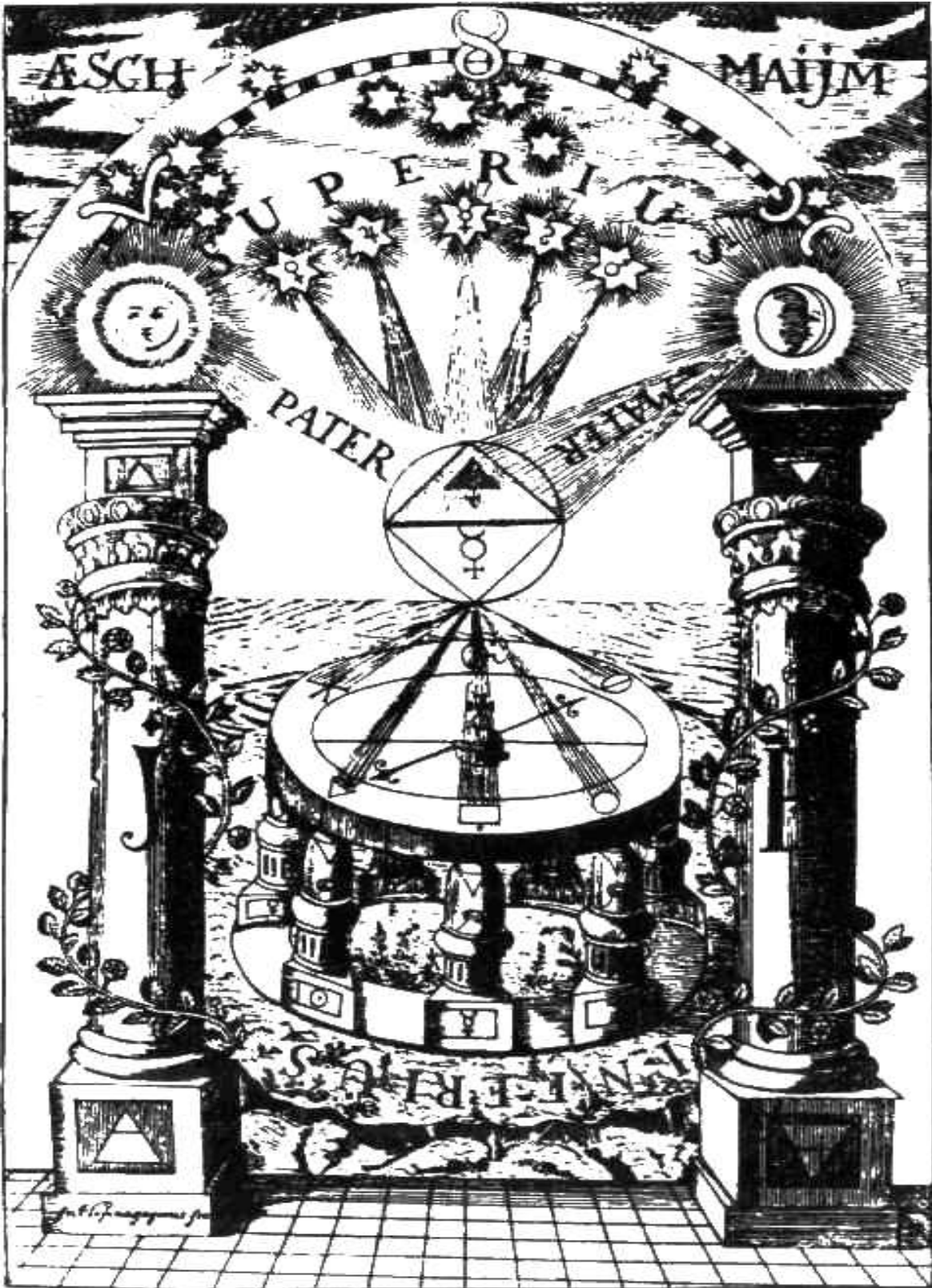
Entre las diferentes sephiroth pueden trazarse líneas o senderos formando triángulos, y las 22 líneas que se originan son consideradas como las 22 letras del alfabeto hebreo, y también como los arcanos mayores de las 22 cartas del tarot, que contienen, a su vez, datos astrológicos. Asimismo, la magia, que se desarrolló en occidente con datos



orientales, es deudora de la astrología en la Edad Media. La magia actúa, entre otras cosas, con símbolos de forma matemática tales como pentagramas, pero también se nutre de signos literales secretos con los que se confeccionan talismanes, o se dibujan en círculos mágicos dentro de los cuales el mago se protege al invocar espíritus o inteligencias. Entonces, el mago hace uso en sus recitativos de nombres de dioses e inteligencias planetarias y de espíritus. Los signos que él utiliza se considera que son los «sellos» de las figuras antes mencionadas. Los cabalistas ortodoxos se mantienen alejados de todas estas mezclas, que poco tienen que ver con el cabalismo puro. Su intención es precisamente librar de imágenes a la cabala, para llegar a especulaciones filosóficas completamente abstractas. Sin embargo, para quien encuentra difícil el pensamiento abstracto y para quien, por naturaleza, piensa en analogía - ve paralelismo -, tiene mucho sentido la relación entre cabala y astrología, porque le permite ordenar en un sistema de pensamiento armonioso todo lo que le sobreviene, todo lo que ve y una gran parte de lo que sabe. El simbolismo, pues, se convierte para esa persona en un lenguaje mucho más claro, y le confiere una intuición mucho más profunda en sus propios motivos. Además, le permite también relacionar en sus especulaciones la quiromancia o lectura de las líneas de la mano; esto se llevó a cabo con mucha frecuencia durante el Renacimiento. En realidad, todas estas doctrinas se amalgamaban entonces, porque para algunos todavía era posible dominar dichas disciplinas, sin el inconveniente de la especialización que aqueja al hombre de nuestros días.

La influencia de todo ello, incluida la de la magia ritual, la sufrieron también muchas enseñanzas secretas, como la de los caballeros del Temple y los cataros de la Edad Media, de las que han sobrevivido vestigios. Además, desde comienzos del siglo XVII tuvieron importancia los escritos de los rosacruces, que se trataban en parte de escritos alquímicos, siendo el más importante las «Chymische Hochzeit Christiani Rosencreutz anno 1459 A.D.», obra de Johann Valentin Andreae, publicada en 1616. Es un relato visionario, la leyenda referente a la reencarnación de Christian Rosenkreutz. En aquel entonces, los rosacruces ya se basaban en Hermes Trismegisto - antes mencionado como padre de la alquimia - y difundieron muchos conocimientos gnósticos, entre ellos la máxima que se hizo famosa de «Como arriba, así es abajo», cuyo texto completo dice así: «Lo que está abajo, es igual que lo que está arriba. Lo que está arriba, es igual que lo que está abajo, para que se cumplan las maravillas del uno». A través de la corte de Cosme de Médicis de Florencia, que en 1463 hizo que Marsilio Ficino tradujese el «Poimandres» de Hermes, los escritos herméticos con los de los rosacruces tuvieron una gran influencia sobre la vida espiritual de Europa. En el curso de los siglos posteriores estas influencias siguieron desempeñando un papel muy intenso en el arte simbolista del pasado siglo y finalmente en la Escuela del Espíritu de los modernos rosacruces.

La astrología, entonces mezclada con las doctrinas arriba mencionadas -y la relación es incompleta- mantuvo ocupadas las mentes de muchos. Fue interpretada de una manera más o menos científica por todos los que ocupaban altos cargos y practicada en sentido supersticioso por charlatanes en ferias y mercados anuales. Papas como Sixto IV, Julio II, León X, Paulo II y Urbano VIII protegían a los astrólogos y les consultaban antes de tomar decisiones importantes.





La astrología de la corte ocupaba un lugar importante. Catalina de Médicis, en Francia, se hizo ilustrar por el célebre Nostradamus; Isabel de Inglaterra depositó su confianza en el misterioso John Dee, que con Kelley actuaba también en la corte de Rodolfo de Habsburgo, el centro de Praga donde Rodolfo convocó a muchos sabios a su alrededor. Además de dedicarse a otras ciencias, John Dee se ocupó también de la magia ritual, que siempre había despertado interés en Inglaterra. Desde la Edad Media, la magia había ejercido sobre la astrología una influencia más intensa - y viceversa - que en otras partes de Europa.

En el siglo XIII John of Hollywood escribió la «Sphaera Mundi», un antiguo libro inglés sobre la astrología; y el gran filósofo Roger Bacon, también sobresaliente matemático, practicó asimismo la astrología. En su época se fundó, en 1225, la universidad de Cambridge, con una cátedra para la astrología. La unión de astrología con magia ritual en Inglaterra, y hasta el comienzo de este siglo, siguió desempeñando un papel en la famosa y secreta «Order of the Golden Dawn».

La astrología también tuvo una gran influencia sobre el arte en Inglaterra. Son famosos los poemas de Geoffrey Chaucer (1340-1400), que incluyó muchas alusiones astrológicas en su poesía. En su obra más famosa, «The Canterbury Tales», hace que uno de sus personajes, la mujer de Bath, atestigüe sobre sí misma: «Venus me dio mi voluptuosidad, mi rápida capacidad de inflamarme, y Marte mi fuerte vehemencia. Mi ascendente era Tauro, con Marte dentro. Ay, ay, que amor nunca fue pecado.» Posteriormente Shakespeare habría de rechazar la astrología como superstición en alguno de sus dramas.

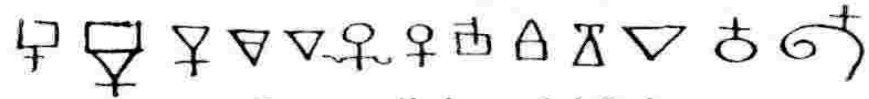
El punto culminante del poder de la astrología significó al mismo tiempo el ocaso y el divorcio entre religión y ciencia. La astrología progresaba y al mismo tiempo se desembarazaba de las ideas religiosas alrededor de planetas y constelaciones. Copérnico (1473-1543) reveló en 1543 la teoría de que el sol es el centro de nuestro sistema solar y no la tierra, como siempre se había creído. Presentó sus tesis al papa Paulo III, que era un defensor de la astrología. El descubrimiento no era enteramente nuevo, porque los griegos, según escritos de Aristarco, ya lo habían sospechado, y también pensaban lo mismo algunos sabios renacentistas. Sin embargo, Copérnico sistematizó esta ciencia y le confirió una figura científica, el comienzo de la astronomía moderna. Su teoría fue considerada como herética, aunque antes de él ya había expresado estos mismos pensamientos Nicolás de Cusa en el siglo XIV.

Copérnico, no obstante, a pesar de su descubrimiento, siguió creyendo en la astrología, porque ésta conserva su propio valor como sistema de símbolos, aparte de la astronomía. Después de él siguieron otros como Tycho Braché, astrólogo y astrónomo de la corte de Rodolfo de Habsburgo. Braché (1546-1601) no coincidía con Copérnico, pero en su observatorio de la isla de Hven, en el Sund, instalado para él por el rey danés, realizó importantes descubrimientos astronómicos, una labor que fue continuada por Johannes Kepler (1571-1630). Este defendió las tesis de Copérnico y demostró, basándose en los cálculos de su maestro, que los planetas, incluida la tierra, no se mueven en círculos, sino en elipses alrededor del sol.

Sello del Sol



Características del Sol



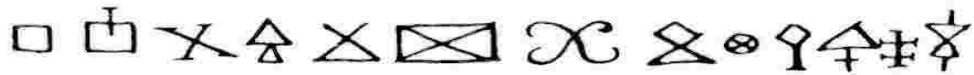
Letras divinas del Sol



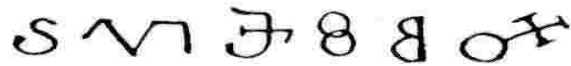
Sello de Venus



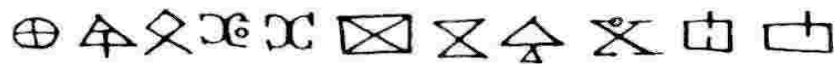
Características de Venus



Letras divinas de Venus



Características de Júpiter



Letras divinas de Júpiter



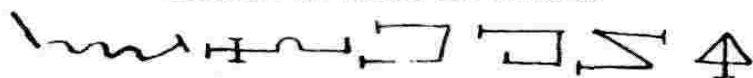
Sello de Marte



Características de Marte



Letras divinas de Marte



Galileo (1564-1642) fue más allá en el camino de los descubrimientos. Con un anteojo de larga vista fue el primero en ver las lunas de Júpiter y las fases de Venus, e intentó dibujar los primeros mapas de la luna. La imagen cósmica de esferas planetarias cristalinas, más tarde los dioses y espíritus planetarios, se alejó ahora rápidamente del círculo visual. Galileo se manifestó sobre la imagen que tenía Copérnico del mundo y lo hizo en su libro «Sidereus Nuncius», donde describió sus descubrimientos. El sistema fue incluido en el índice por la Inquisición en 1616. La teoría de Copérnico fue anatematizada y Galileo se vio obligado en 1633 a abjurar de ella para poder salvar la vida. No fue hasta 1853 cuando el libro de Copérnico fue retirado del índice pontificio.

Por obra de todos los descubrimientos de la astronomía, mediante la cual, a pesar de la oposición de la Iglesia católica romana, la imagen tolemaica del mundo tocó a su fin, la astrología fue separándose gradualmente y por completo de las ciencias naturales. Una definitiva división de los espíritus parecía quedar anunciada por el gran inglés Newton (1642-1727), quien en 1687 publicó sus «Principia Mathematica», donde pueden encontrarse sus fórmulas acerca de las leyes de la fuerza de la gravedad. Newton abrió la puerta a muchas otras disciplinas pero, no obstante, como persona muy creyente que era, siguió otorgando valor a la astrología. Para él el universo era y seguía siendo un todo animado, aunque interpretado siempre de un modo más materialista que antes. Igualmente siguió comprendiendo el valor de la alquimia, aunque sus experimentos le llevaron más cerca de lo que finalmente se ha convertido en la química, la hija materialista de lo que antes fuera una ciencia considerada sagrada, en la que la búsqueda de la transmutación de metales y la piedra filosofal era al mismo tiempo un camino hacia el desarrollo espiritual.

La división de los caminos de la astrología y la astronomía significaba también el final provisional del simbolismo astrológico en las artes. El arte plástico, en especial, había alcanzado un prestigio totalmente diferente; las simbolizaciones y alegorías habían caído en desuso, salvo en el arte eclesiástico que, por lo demás, fue apartándose cada vez más de las grandes corrientes. El racionalismo en las ciencias impregnó todos los aspectos de la vida, y con ello alteró también la visión del arte. El arte cortesano subsistió largo tiempo y luego se adoptaron motivos de la vida burguesa. En el siglo anterior se asiste, de pronto, a una reanimación de simbolismo en el arte en toda Europa. Volvió a pintarse «míticamente», volvieron a aparecer aquí y allá motivos astrológicos, pero aplicados de un modo mucho más indirecto que en pasados siglos. La astrología retornaba cada vez en mayor medida. Nunca había desaparecido del todo, pero ya no era tomada en serio por la ciencia. Y sin embargo, más tarde volvió a surgir un lazo entre astrología y astronomía. El hablar de ello rebasa propiamente el marco de este libro, porque tal lazo ha dejado tras de sí poco simbolismo. No obstante, es conveniente escribir algo sobre el tema, porque en las últimas décadas ha aumentado el interés general por la astrología, pero también por la pintura simbólica.

En los siglos XVIII y XIX, hubo quien cultivó seriamente la astrología, y hubo también divulgadores como Richard Morrison (1795-1873), que con Robert Cross Smith creó la prensa astrológica superficial. Tras sus huellas siguieron muchísimos otros hasta nuestros días, cuando simples advenedizos, en pronósticos sobre la base de hechos aislados que luego raramente tienen valor. Se leen por mero pasatiempo. Sin embargo, la astrología encontró una importante defensora en la persona de la señora H. P. Blavatsky (1831-1891), que fundó la Theosophical Society y escribió sus tesis en «Isis sin velo», la «Doctrina

Secreta» y muchas otras obras en las que principalmente defendió la idea de que religión y ciencia no se excluyen mutuamente. Extrajo su doctrina de religiones antiguas y más modernas, en su mayor parte orientales: la gnosis, la astrología, y también nuevas concepciones científicas. Llegó a un tipo de cosmología propio dentro de un sistema muy bien bosquejado, en el que se pretendía retornar a las antiguas ideas astrológicas, aunque con matices distintos a los de antes. De una manera indirecta, ella contribuyó a la ilustración de la astrología tal como ahora la conocemos.

Otros astrólogos siguieron los pasos de la astronomía e intentaron adaptarse a las nuevas ideas y descubrimientos.

En 1781 fue descubierto Urano como octavo planeta. Ello no perjudicó a la astrología. Tras una confusión inicial se originó una revalorización, reforzada cuando en 1846 se descubrió Neptuno. Plutón lo fue en 1931. Entre tanto, la astrología había asimilado los anteriores descubrimientos y esto sucedió también con Plutón. Pronósticos que anteriormente no eran del todo claros o que carecían de elementos, pareció que podían enriquecerse trazando en los horóscopos cualidades - o mejor dicho, influencias cósmicas - atribuidas a los nuevos planetas.

Las investigaciones del gran psicólogo Cari Gustav Jung (1875-1961), aunque nunca fue un astrólogo convencido, fueron también de mucho valor. El estableció las tesis acerca del simbolismo arquetípico y su efecto sobre el espíritu humano. Estas tesis tienen un punto de contacto con el simbolismo astrológico, e hicieron más fácil dar a la astrología, desligada de la astronomía, un valor propio dentro del plano psicológico.

Mientras, la ciencia se inmaterializó, por así decirlo, en este siglo, mediante el descubrimiento de todas las teorías radiactivas posibles, que hicieron inestable la materializada imagen del mundo. La teoría atómica se amplió, la radioastronomía se desarrolló, y gradualmente se originaron otras concepciones, como la de Sir James Jeans, el director de Jodrell Bank en Inglaterra, quien declaró que el cosmos es en realidad «un único gran pensamiento». Las influencias de pequeñas radiaciones, del magnetismo terrestre, de las fases de la luna sobre la mente humana, ya no se rechazan ahora sin más. La ciencia sigue afianzándose y se aceptan cada vez más relaciones cósmicas que antes se rechazaban como irracionales. Desde los años sesenta se estudian bioquímicamente los modelos cíclicos de comportamiento de los órganos humanos, que parecen estar vinculados a ritmos cósmicos. Se descubren más cosas sobre la influencia de los astros en la vida animal. Algunas aves migratorias se orientan durante su vuelo de miles de kilómetros por el magnetismo de la tierra; otras se orientan por las constelaciones. Es algo innato en ellas. Se trata de una orientación por la influencia de rayos cósmicos. Incluso ha sido posible desorientar a esas aves encerrándolas en cámaras metálicas, antes de dejarlas iniciar su viaje. Numerosos datos estadísticos sobre hechos terrestres parecen explicar subidas y descensos que se producen paralelamente con los ciclos del sol, la luna y los planetas. Las antiguas concepciones astrológicas sobre la influencia directa de las constelaciones conocidas ya hace tiempo que han sido, por supuesto, abandonadas, en parte también debido a que en el punto vernal cada 2.156 años se desplaza un signo zodiacal, y ahora está desplazado de Piscis hacia Acuario. Esto ya se sabía hace siglos, y el hecho de que a pesar de ello la astrología seguía «funcionando», debe atribuirse a otras influencias. Las diferentes constelaciones y las posiciones de los planetas se consideran desde hace tiempo mucho más importantes, y la cualidad de las casas tampoco sigue estando ligada a

constelaciones que se corresponden o que se oponen. Se trata de las mismas influencias que antes, pero éstas deben encontrar una nueva base en la que asentarse, dentro de las más modernas ideas científicas por un lado, y después en el conocimiento de la acción del simbolismo en la mente humana. Un sistema de símbolos como la astrología tiene un significado permanente propio, aunque ya no esté ligado a una imagen del mundo que pueda explicarse materialísticamente, aunque haga ya tiempo que hayan dejado de existir los antiguos dioses planetarios. Sus arquetipos siguen existiendo todavía en el espíritu humano y su acción es inconfundible. La realización estadística de millares de horóscopos en los últimos años por un gran número de sabios parece abonar la idea de que existe una correlación entre el ser humano y el cosmos, aunque tal vez debamos buscar, uno tras otro, nombres simbólicos para poder designar conceptos más modernos. Todo esto rebasa el propósito de este libro y puede consultarse mucho mejor en obras más científicas. En este libro tratamos del antiguo lenguaje de los símbolos, de la formación de imágenes que a través de todos los siglos han inspirado a muchos artistas y que constituyen el punto de partida de Johfra Bosschart y de sus doce pinturas zodiacales. El bosquejo histórico que antecede no tiene otro fin que el de servir de fondo sobre el cual proyectar estas pinturas, al igual que constelaciones, en doce capítulos.

Las explicaciones del simbolismo utilizado por Johfra no pueden, por supuesto, leerse como las de un horóscopo, ni pueden extraerse las acostumbradas conclusiones astrológicas. Es verdad que en cada signo se ofrecerá un bosquejo de carácter en sentido astrológico, pero éste debe entenderse en el contexto del simbolismo en buena parte religioso. El que se sabe fuertemente vinculado a su propio signo solar, verá paralelismos entre su carácter y los símbolos aplicados. No solamente podrá descubrir su «naturaleza de Aries», su «carácter de Leo» o cualquier otro rasgo característico, sino también establecer relaciones con otros datos expresados en símbolos de los que quizá nunca tuvo idea, porque los horóscopos corrientes no los revelan. Encontrará analogías en su propia vida, en comparación con datos míticos y legendarios. De esta manera recibirá también una información más profunda respecto a su espíritu y quizá coincidirá con símbolos que le resultarán conocidos por haberlos visto en sueños. En cualquier caso, de ellos deben alimentarse sus sueños. Si, además, conocemos nuestro ascendente, entonces se descubrirán todavía muchas más relaciones y detalles íntimos. Junto al «marión azul» de su carácter que un buen horóscopo suministra, dispondremos de un cuadro inspirado y más poético, que sin duda alguna estimulará nuestra imaginación. Como todos los datos han sido concebidos en forma comprensible, los símbolos actuarán como mandalas (Diagrama místico empleado por los budistas en las técnicas de meditación y en las prácticas de yoga.) como datos para la meditación. Entonces se liberan imágenes del propio subconsciente como si pudiéramos alcanzar un puesto dentro del marco de las reproducciones que en este libro se ofrecen de las importantes pinturas. De un modo irracional habrán de desplegarse automáticamente algunos hechos espirituales. En una época en la que el intelectualismo es tan celebrado y se adora la razón, tiene mucho sentido que el peso del simbolismo se coloque en el otro platillo de la balanza mental. Esto podrá conducir a la obtención de un mayor equilibrio interno y de una mayor comprensión.



### 3. CABALA Y ASTROLOGIA

Entre los alquimistas y astrólogos vivieron en la Edad Media muchos sabios judíos. Ellos vieron, en los diversos sistemas de símbolos, coincidencias con la doctrina secreta judaica, establecidas principalmente en el cabalístico árbol de la vida. Este árbol está representado por las dos columnas Jachim y Boaz delante del templo e Salomón, que tiene en medio la llamada línea sagrada, a veces dibujada y a veces no, de la columna central. El conjunto es en realidad un símbolo compuesto que sirve para la meditación. Las relaciones entre las cualidades espirituales del hombre se encuentran en fija unión mutua. Las uniones o enlaces simbolizan también las relaciones entre el hombre y el cosmos. De la Edad Media procede, pues, la idea de unir el sol, la luna y los planetas hasta entonces descubiertos con las diez «emanaciones divinas» o sephiroth (en el esquema, numeradas de 1 a 10). De ahí se originó la franja con los signos del zodiaco, que están regidos por los dioses planetarios y la jerarquía, situada debajo de ellos, de arcángeles, ángeles, espíritus e inteligencias. A su vez, éstos, que también pueden considerarse como seres mitológicos, pueden encontrarse en todas las religiones bajo un sinnúmero de nombres y también - en opinión de algunos - como fenómenos astrales. En la magia ritual, algunos tratan de entrar en contacto con esos seres, comprendiendo que son proyecciones de los esfuerzos del subconsciente del hombre. Quizá ambas cosas existen objetiva y subjetivamente, conforme a la antigua tesis hermética de «Como es arriba, así es abajo»; en este caso, el espíritu humano sería un reflejo del cosmos. Las relaciones entre las mencionadas diez sephiroth y los sistemas de analogías que corren paralelos a ellas reciben el nombre de correspondencias.

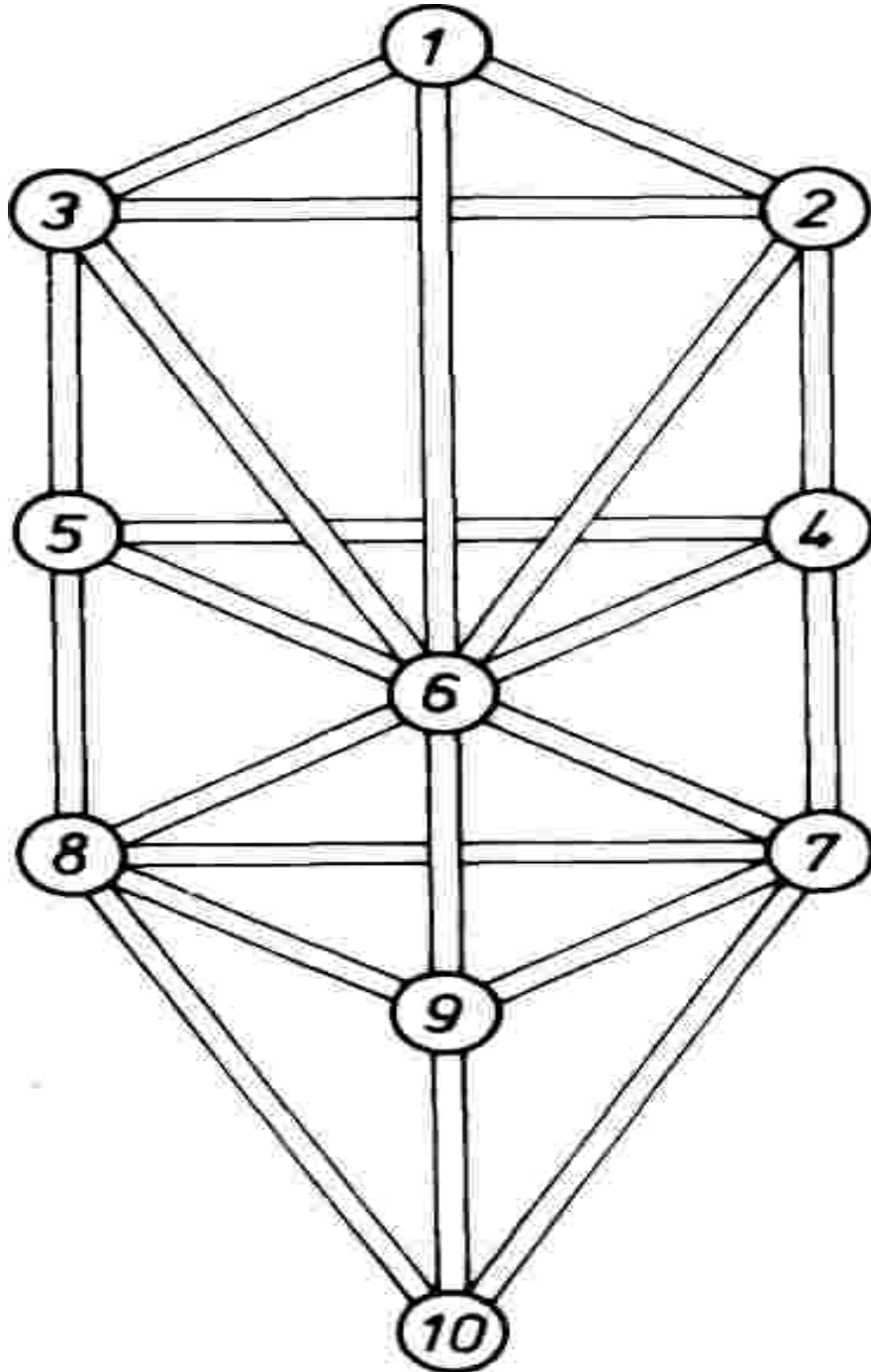
En libros sobre astrología, alquimia, magia, la cabala y otras enseñanzas esotéricas o sistemas de símbolos el árbol de la vida se encuentra dibujado de dos maneras. A veces es un «árbol» esquemático, a veces son dos columnas. Si se ven solamente dos columnas, entonces el sol y la luna están colocados por encima de la columna derecha y de la de la izquierda respectivamente, pero a veces también cambiados en relación con el hecho de ser mirados por delante o por detrás con respecto al observador o a un eventual participante en iniciaciones en logias. En la ilustración se ha escogido el símbolo del árbol de la vida con sol y luna encima de la columna central.

A continuación se encuentran las correspondencias o coincidencias, numeradas del 1 al 10, en cuanto tienen que ver con el zodiaco.

**1. Kether o corona con el significado de «Primum Mobile»,** el primer movimiento en el caos cósmico. Físicamente, esto puede concebirse como el universo sin ordenar, la sustancia primaria de la cual, por condensación en remolinos, se originaron todos los cuerpos celestes. Pensando en analogías, es el océano cósmico del que se habla en muchas mitologías, la fuente de todo lo viviente. Dentro del «Como es arriba, así es abajo» de los pensadores gnósticos, el subconsciente colectivo humano es una región paralela de donde proceden el simbolismo de los sueños y las imágenes arquetípicas. La Sefira N. 1 puede considerarse también como la conocida frase bíblica «En el principio era (sólo) la



palabra, y la palabra era Dios». Encima de esta sefira se sitúan también el Ain Soph y el Ain Ain Soph, más allá de la comprensión humana. En la cabalística, esto es la nada sin forma, lo infinito o concepto análogo, y carece de sentido filosofar sobre ello porque no aporta ninguna imagen simbólica «conforme a medida humana».



**2. Chochmah significa sabiduría,** es una de las emanaciones de Yahveh, y también puede considerarse como una cualidad de Yahveh, porque la idea de Dios no puede nombrarse con un solo término.

En la astrología, el concepto es equiparable a todo el zodiaco. Como correspondencias también forman parte de ello todos los minerales, animales y vegetales que luego se especifican y caen bajo la influencia de planetas y signos zodiacales particulares.

**3. La Sefira 3 es Binah o entendimiento,** incluso en el sentido dogmático, y por ello a veces induce a confusión. La sabiduría espiritual de Chochmah encuentra su razón de ser en la sustancia de Binah, representada como la Divina Madre o como un aspecto divino de Yahveh. Binah significa aparición y desaparición terrestres, nacimiento y muerte, cristalización y disolución. En la astrología coincide, pues, con Saturno. El se ha convertido en nuestro Tiempo Paterno que va a buscar y trae. Saturno rige la cabra montes de Capricornio (del 22 de diciembre al 20 de Enero).

Las cualidades positivas del carácter son: lealtad, honradez, prudencia, dominio de si mismo, etc.; negativamente, destaca la insensibilidad, el despotismo y la avaricia. Las piedras que pertenecen a este signo son, por ejemplo, la hulla y el granito.

Animales: cabra y jirafa.

Plantas: abeto, álamo, ciprés y encina.

**4. La Sefira 4 es Chesed o amor, y también piedad.** En la astrología, este punto se atribuye, como es sabido, a Júpiter, el dios que está situado por encima de la tierra. Antes era regente de dos signos zodiacales, Piscis y Sagitario. Desde el descubrimiento de Neptuno, éste es el regente de Piscis. En el signo del arquero o Sagitario (22 de Noviembre a 22 de Diciembre), Júpiter continúa vigilando en amorosa complacencia. Las cualidades positivas de Sagitario son: fe, ansia de vivir, generosidad y entusiasmo; y los aspectos negativos son: desasosiego, temeridad y bullicio.

Como piedras, pertenecen a este signo o sefira: la amatista, el zafiro y el sardónice.

Plantas: pino, olivo, haya y palmera.

Animales: caballo y ciervo.

**5. Geburah es el polo opuesto de Chesed y significa ley y también fortaleza.** Esta sefira está asignada al dios de la guerra Marte, que no sólo está considerado desfavorablemente. El usa su espada también para cortar lianas cuando tiene que abrirse paso en la selva virgen creada por Júpiter. Es preciso revolver la tierra con el hierro del arado para poder sembrar en ella. Se le asocia pues con todos los utensilios afiliados y el hierro es su metal. Antes Marte era regente de Escorpio y Aries. Desde que se descubrió Plutón, este planeta se ha asignado a Escorpión. El carnero de Aries (20 de Marzo a 20 de Abril) se ve intensamente estimulado casi siempre por la vehemencia de Marte.

En Aries se incluyen como virtudes: la audacia, el liderazgo, la fuerza en la acción y la cordialidad; y como cualidades negativas: el despotismo, la soberbia, la confusión y la irascibilidad.

Como animales le corresponden: el carnero, el perro lobo y el alce.

Plantas: pino, asperilla, tabaco y ortiga.

Piedras: en primer lugar el rubí, también el carbunco, la calcedonia y, naturalmente, el mineral de hierro.

**6. Tiphéret significa armonía o belleza.** El sol corresponde aquí como «intermediario», dador de vida entre el cosmos y la vida terrestre. Sin luz no hay vida. Es natural, pues, que él sea el regente de un signo regio como el león o Leo (23 de Julio a 23 de Agosto) con dignidad, hospitalidad, valentía y dominio de sí mismo como cualidades positivas. Las negativas son: altivez, afición al juego y sobreestimación de sí mismo.

Como animales le corresponden: el tigre y otros felinos, pero también un ave fabulosa como el fénix, que una vez, en el año quinientos de su vida, quedó envuelto en llamas y resucitó rejuvenecido de sus cenizas.

Plantas: acacia, laurel, vid, girasol y frutas en general.

Piedras: diamante, preferiblemente la variedad amarilla; a veces el zafiro y la cornalina. Naturalmente, el oro corresponde también a Leo.

**7. Nézach o fuerza y triunfo.** Es el lugar de Venus. Este planeta es el regente del toro o Tauro y de la balanza o Libra. Venus representa por supuesto el amor terrestre en todos sus aspectos. Su influencia en su propio signo zodiacal no puede, pues, subestimarse; Tauro (20 de Abril a 21 de Mayo) presenta cualidades positivas, una tendencia hacia el erotismo acompañada de lealtad y constancia, laboriosidad y bondad. En cambio, las negativas son la obstinación, autosuficiencia y pereza. A Venus le corresponden como animales la paloma, animales moteados como el leopardo y, según algunos, el fabuloso unicornio.

A Tauro le corresponde, además de la vaca, también el cerdo.

Como plantas: la patata, la primula y el nomeolvides.

Como piedras: sobre todo el lapislázuli y también el ámbar.

Venus busca, mediante el amor, la armonía, y se corresponde por ello, con Libra, que mantiene el equilibrio; por tanto, es benevolente, justo y exhibe un profundo sentido del arte, teniendo como aspecto negativo la apatía, el escepticismo y la despreocupación.

Como animales pertenecen a Libra: el corzo, el ruiseñor y a veces también la paloma. Plantas: la violeta y la azucena. Como piedras: la turquesa y el zafiro azul.

**8. Hod, que significa forma, y también ingenio:** es el entendimiento que trata de crear formas. Mercurio o Hermes corresponde a esta sefira, la mansión de los dioses; por tanto, es la unión del cielo y la tierra, dios tanto de comerciantes como de ladrones. Es regente tanto de los gemelos o Géminis, como de la virgen o Virgo. Como regente de Géminis fomenta, sobre todo el aspecto intelectual de este signo, Géminis (21 de Mayo a 21 de Junio), tiene como cualidades positivas atención, razón, universalidad y habilidad, que pueden degenerar en astucia, superficialidad, volubilidad y doblez.

A Géminis corresponden como animales: el ratón, la serpiente y también un ave como la golondrina.

En general corresponden a este signo las plantas finamente ramificadas y árboles esbeltos, como el pino.

Como piedras: el berilo amarillo y el cristal de roca y como metal, ya que Mercurio es el regente, el mercurio, atribuido a él por los alquimistas. Como regente de la virgen o

Virgo (23 de Agosto a 23 de Septiembre), Mercurio fomenta el sentido crítico y otras cualidades que tienen que ver con la oratoria. Además, Virgo se caracteriza por la limpieza, puntualidad y modestia, teniendo como polos opuestos la mezquindad, el cálculo, la pedantería y la melancolía.

En general los animales domésticos corresponden a Virgo, y también la liebre.

Plantas: los cereales, la reseda y los frutos del campo en general. La flor más importante es, para Virgo, el jacinto.

**9. Jésod, el fundamento.** En esta sefira se cuenta con la luna porque ésta, según conceptos esotéricos, ejerce influencias cósmicas como espejo del sol. Estas influencias se transforman también en fuerzas misteriosas, porque ella es la sede de la Reina de la Noche. Esta puede aparecer en toda clase de figuras. La griega Hécate, diosa de las brujas, es a veces su representante. En la astrología se la identifica con diana, la diosa de la caza.

La luna rige por excelencia el cangrejo o Cáncer (21 de Junio a 23 de Julio) ya que éste como signo de agua, depende de su elemento y la luna influye grandemente en la vida oceánica.

Como cualidades corresponden a Cáncer: la parsimonia, la vida de familia, la fantasía que provoca visiones y receptividad. Sus cualidades negativas son la tacañería, la susceptibilidad y la autocompasión.

Los animales que corresponden a Cáncer son también animales acuáticos como la tortuga, la rana y también el hámster. Como plantas: los frutos acuosos como las granadas y los melones y sandías; también los hongos, que actúan psicodélicamente, y bajo la influencia de la luna también la yohimba, que influye en la mente.

Como piedras: la piedra de la luna de blancura lechosa y la perla. La plata está asignada también a Cáncer.

**10. Sefira 10 es el reino del mundo,** nuestra misma Madre Tierra, que se encuentra bajo la influencia del sol y de los planetas en sus diversos signos zodiacales. La mutua influencia de la tierra sobre los planetas no deben dejar de ignorarse. Así, no tiene sentido hablar de cualidades astrológicas.

En el árbol cabalístico de la vida aparecen naturalmente sólo los planetas antiguos; no se hallan los modernos. Estos se descubrieron cuando el árbol de la vida hacía ya tiempo que había encontrado su forma.

Urano fue descubierto, como dijimos anteriormente, en 1781 por Williams Herschel, siendo luego adaptado por los astrólogos a su sistema. Se convirtió en el regente del aguador o Acuario (20 de Enero a 19 de Febrero), que antes ha-

bía tenido como regente a Saturno. Los astrólogos establecieron que Urano encajaba mejor en las cualidades positivas de Acuario, tales como el carácter amistoso, con los rasgos negativos de pedantería, coquetería y prolijidad.

Como animal corresponde a Acuario, vista esta última cualidad, el papagayo y cualquier otra ave parlante. También le corresponde la especie de antílope saltador del Cabo de Buena Esperanza. Plantas: el rododendro, el cactus y también una flor «espiritual» como el loto, símbolo del alma. En general pertenecen a Acuario las piedras preciosas relucientes e irisadas, pero también el topacio.

Neptuno fue descubierto en 1846 por diversos astrónomos y fue convertido en

regente de Piscis en lugar de Júpiter, que lo había sido antes. Neptuno es el dios del mar, por lo cual resulta lógico que sea regente de Piscis. El refuerza los sentimientos oceánicos de los Peces o Piscis (19 de Febrero a 20 de Marzo).

Además de estos sentimientos, que positivamente denotan una inclinación al misticismo y negativamente una tendencia a la embriaguez y al aturdimiento, son virtudes típicas de Piscis la sensibilidad, la afectuosidad, el desprendimiento y el celo. Sus defectos son el sentimentalismo, el abatimiento, la dejadez y la inseguridad.

Como animales corresponden a este signo: el lagarto, el camaleón, la medusa y otros animales acuáticos.

Plantas: cólquico otoñal, orquídea, nenúfar y otras plantas acuáticas. Las piedras son: el ópalo y el jaspé. Como mineral: el radio y, en general, los minerales solubles.

Plutón es el último planeta que se descubrió, en 1930, y se ha convertido en regente de Escorpio. Antes Marte era el planeta regente. Johfra concretó en su pintura las influencias marcianas, aunque éstas no se apartan mucho de Plutón. También Plutón es luchador, como Escorpión o Escorpio (del 23 de Octubre al 22 de Noviembre), con virtudes como fuerza de voluntad, austeridad, confianza en sí mismo y abnegación. A ello se oponen, como cualidades negativas, el misterio, el apasionamiento, el espíritu de venganza y la suspicacia.

Como animales corresponden a Escorpio: la serpiente y los reptiles.

Las plantas son: cardos, plantas venenosas y medicinales.

Las piedras son: la hematites, el granate y el coral.

<b>TABLA DE LOS PLANETAS</b>					
<b>Planeta</b>		<b>Expresión Ideal</b>		<b>Expresión Real</b>	
<b>Nombre</b>	<b>Símbolo</b>	<b>Favorable</b>	<b>Adverso</b>	<b>Favorable</b>	<b>Adverso</b>
Sol	Q	Autoconciencia	Temeridad	Deseo de Vivir	Vanidad
Luna	R	Recepción	Afeminación	Sensibilidad	Sentimentalismo
Mercurio	S	Inteligencia	Pedantería	Destreza	Deslealtad
Venus	T	Armonía	No Discierne	Dulzura	Indolencia
Marte	U	Rectitud	Fanatismo	Energía	Desenfreno
Júpiter	V	Expansión	Exageración	Comasión	Hipocresía
Saturno	W	Concentración	Adormecimiento	Reflexión	Tacañería
Urano	X	Intuición	Confusión	Genio	Demencia
Neptuno	Y	Unificación	Apatía	Sensibilidad	Perversidad
Plutón	Z	Juicio	Condena	Autoridad	Despotismo

TABLA DE LOS PLANETAS (CONTINUACIÓN)						
Planeta		Día de la Semana	Metal	Color	Nota Musical	Sentido
Nombre	Signo					
Sol	Q	Domingo	Oro	Anaranjado	Re	Vista Tacto Gusto Olfato Oído Clarividencia Clariaudiencia
Luna	R	Lunes	Plata	Violeta	Si	
Mercurio	S	Miércoles	Mercurio	Amarillo	Mi	
Venus	T	Viernes	Cobre	Azul	Sol	
Marte	U	Martes	Hierro	Rojo	Do	
Júpiter	V	Jueves	Estaño	Púrpura	La	
Saturno	W	Sábado	Plomo	Verde	Fa	
Urano	X					
Neptuno	Y					

LOS SIGNOS DEL ZODIACO			
Signos de Fuego	Signos de Tierra	Signos de Aire	Signos de Agua
Aries	Tauro	Géminis	Cáncer
<b>A</b>	<b>B</b>	<b>C</b>	<b>D</b>
Leo	Virgo	Libra	Escorpio
<b>E</b>	<b>F</b>	<b>G</b>	<b>H</b>
Sagitario	Capricornio	Acuario	Piscis
<b>I</b>	<b>J</b>	<b>K</b>	<b>L</b>





## **4. ARIES**

El Carnero o Aries es un signo de fuego. El sol se halla en Aries del 20 de Marzo al 20 de Abril. El planeta Marte es su regente.

El que nace bajo el signo de Aries recibe cada primavera nueva energía, más que otros para quienes la nueva primavera significa también una nueva nota. Este punto vernal ha tenido desde muy antiguo una importancia especial en astrología y astronomía. Es uno de los puntos desde los cuales puede efectuarse un cómputo del tiempo basado en las posiciones de los astros. Así, los quechuas confeccionaron su primer calendario hace 15.000 años, dando en sus cálculos el punto vernal en Libra. Debido a que el punto vernal en el transcurso de 2.156 años se desplaza un sólo sector del cielo de treinta grados o un signo zodiacal (retrocediendo), ahora puede determinarse la antigüedad de tal calendario. Los datos astrológicos chinos más antiguos, basados en ese cálculo, deben tener una antigüedad de 14.000 años; los babilónicos datan del 4500 a. de C. El posterior imperio persa-babilónico tenía su punto vernal en Aries, aproximadamente 2200 a. de C.

Veamos primeramente el punto vernal personal del nativo de Aries, quien toma de este signo su carácter fogoso, su afán de renovación y el hecho de querer llevar siempre la delantera. Es entusiasta y arrastra a otros con él. Estos otros están, naturalmente, de acuerdo con él; el Aries puede convertirse, pues, en un rebelde, un auténtico líder, y también puede, sin más, dejar a sus seguidores en la estacada, si cree que ha encontrado otro objetivo que perseguir. Porque él es así: necesita tener un objetivo para seguir viviendo. Depender de otras influencias puede constituir un objetivo materialista o espiritual; a veces, incluso, las dos cosas a la vez. El objetivo, a menudo, es suficiente; pero cuando lo ha alcanzado, muchas veces se siente decepcionado. «Eso fue todo» es la frase preferida del Aries, y con ello quiere significar que desearía cambiar fácilmente de profesión y de compañero si la sociedad y el entorno no se lo impidieran. En este punto, es posible que se encolerice rápidamente y esta irritación le ocasione graves dolores de cabeza. Piensa con rapidez, intuitiva e impulsivamente; su cerebro no para, porque difícilmente se aviene a las decisiones de otras personas y la consecuencia de ello puede ser, a renglón seguido, un exceso de tensión. También le ocurre lo mismo en el propio hogar, pero por otro lado puede recibir gran ayuda de los suyos, porque cuenta con numerosos amigos generosos. Generalmente tiene muchas relaciones y por ello puede labrarse un buen entorno. Trabaja duro, y en caso necesario prefiere ser un pequeño amo que un gran sirviente. Si consideramos el curso de una vida humana como un despliegue de todos los dones del individuo, el nativo de Aries es, asimismo, la personificación de una unidad aún incompleta que se escindirá en los otros signos para, finalmente, en el signo de Piscis, volver a constituir una nueva unidad. En Aries hay un principio de fuego y de tierra en el que no se admite la duda, y en Piscis una unidad espiritual más o menos mística que puede enriquecerse tras una vida en la que todos los signos han hecho valer su fuerza. Pero habitualmente la mayoría de los Aries no parecen tener esto presente. Ellos siguen adelante,

a veces quizá irreflexivamente, aunque también guiados por una gran intuición, debiendo tomar decisiones inesperadas, casi siempre con éxito. El nativo de Aries puede ser muchas veces un pionero afortunado. Si su actitud es negativa, entonces es despótico, a veces increíblemente cínico, todo lo contrario de su estado de ánimo cuando las cosas le van viento en popa.

Como ya dijimos anteriormente, el Carnero es un signo antiquísimo, que se originó en la época de los babilonios y fue denominado entre los asirios como el Fuerte Animal Cornudo.

En Egipto fue el dios Amon-Ra con cabeza de carnero; entre los quechuas fue la llama; en la antigua India, el camello con su conductor. De modo que siempre se trata de animales de casco, salvo en el antiguo zodiaco chino, en el que este signo se llamó el Gran Fuego y, más tarde, el Perro. A grandes rasgos existe una correspondencia entre el pensamiento del Oriente Medio, Egipto y, naturalmente, Grecia. Allí el Carnero era importante en astrología y mitología. Frixos y Helle, hermano y hermana, hijos del rey Atamas de Beocia y de la diosa de las nubes Nefele, escaparon de un drama familiar porque su celestial madre les envió un carnero alado que se los llevó en el momento oportuno. El carnero voló con los dos hermanos sobre su lomo a través de bosques y campos, y por encima del estrecho que separa Europa de Asia. Entonces Helle sintió vértigo y cayó al agua, en el lugar que desde entonces se llama Helesponto. Frixos fue llevado más lejos, hacia el país encantado del rey Aetes, donde llegó finalmente sano y salvo y el propio Frixos obtuvo la mano de Calquiope, hija del rey. En muestra de gratitud, Frixos ofreció el carnero que, despojado de su piel, fue recibido inmediatamente por Zeus en medio de las estrellas. El vellocino de oro fue llevado a una lejana selva, y colgado de una encina consagrada a Ares (Marte), custodiado por un repugnante dragón. Mucho más tarde, una de las grandes hazañas de Jasón, caudillo de los Argonautas, consistió en conquistar el vellocino de oro y traerlo de nuevo a Grecia.

Este mito causó una gran impresión durante la Edad Media y dio origen a la Orden del Vellocino de Oro, establecida el 10 de Enero de 1430 por el duque Felipe el Bueno de Borgoña con ocasión de su boda con Isabel de Portugal. Es una de las condecoraciones más antiguas que aún existen. Se trata de una orden de la casa real que, de vez en cuando, es otorgada por las cabezas vivientes de la familia Habsburgo y Borbón. Pero esto sólo ocurre raras veces, en ocasiones muy especiales, porque en círculos aristocráticos se considera muy prestigiosa esta distinción.

En su pintura, Johfra se aproxima al signo de Aries sobre todo desde la posición que éste ocupa como primer signo zodiacal en el ciclo anual, y se fija menos en el nativo individual de Aries. El carnero de color dorado pasa veloz sin mirar a su alrededor y casi se funde en una unidad con su regente Marte. Ambos se amalgaman en la acción. Aunque Marte es el dios de la guerra, también podemos considerarle como un portador de luz, porque en este caso él anuncia la primavera. Por esto Johfra le ha otorgado la antorcha de Prometeo, el cual robó el fuego a los dioses para traerlo a la tierra, como un introductor de la cultura.

Los griegos veían a Marte (o Ares, como ellos le llamaban) no sólo de una forma negativa. «La guerra es la madre de todas las cosas», decían, y hasta el momento en que

cayó la bomba atómica en el mundo tuvieron razón (desgraciadamente). Pero antes de que Marte fuese el padre del metal hierro, lo fue también de la reja de arado. El suelo tiene que ser roturado y despejada la vegetación excesivamente exuberante, creada, por supuesto, por Júpiter (Zeus). Como dios de la agresión, Marte abre espacios para una nueva creación. Por ello, quien guste de estudiar las analogías entre diferentes sistemas de símbolos puede colocar a Marte en la columna izquierda del árbol de la vida cabalístico, en la quinta sefira, que se llama Geburah y obtener el significado de ley o fortaleza. Frente a él aparece Júpiter en la otra columna, en la cuarta sefira Chesed, significando el amor y la gracia. Son polos que se oponen recíprocamente. El animal parecido a un lagarto que se ve en primer término es «el basilisco que mira fijamente», con lo cual se alude también a Marte en la cabala, por lo menos en los comentarios simbólicos de los alquimistas, que buscaban un paralelismo en los sistemas de símbolos. Es también la salamandra terrestre de la que se afirma que no puede ser consumida por el fuego de Marte. La salamandra terrestre se utilizaba asimismo como emblema de los farmacéuticos, descendientes también de los alquimistas que fueron, al mismo tiempo, los primeros boticarios.

La primera carta del tarot, el Mago, corresponde a Aries, puesto que el Mago es el símbolo de la persona con fuerza de voluntad y maestría que, animada por la fuerza de la imaginación, emprende su viaje a través de todas las fases de las 22 cartas de los arcanos mayores, parte más importante del tarot. Este viaje, que tiene como meta el pleno desarrollo espiritual, es en realidad el mismo que el hombre debe realizar a lo largo de los significados del simbolismo astrológico, si es que la astrología ha de tener realmente un sentido para él. No debe, pues, ocuparse solamente de su propio signo solar, su ascendente y otras relaciones, sino que también debe profundizar en el significado de todo el zodiaco por entero. Se parecerá al Mago, que aquí da comienzo a su viaje, con la plena idea del poder de sus atributos mágicos. El Mago levanta hacia el cielo su vara de voluntad y fuerza y con su otra mano señala hacia la tierra, su campo de trabajo. Delante de él, en la mesa del altar, se encuentra otra vara, con la cual gobierna sobre el elemento fuego, que en la cabala puede equipararse con el primer reino de Aziluth, la espada, que rige el elemento aire, tercer reino de Yetzirah, la copa, el elemento agua y el segundo reino de Beriah, y el pentagrama, elemento tierra y cuarto reino de Asyjah. Johfra pinta al Mago delante de una puerta cerrada en la roca. Encima de la puerta están pintadas doce estrellas, que simbolizan las doce fases zodiacales de la evolución espiritual que se extiende ante él, y que él quiere llevar a un buen término.

En el zodiaco budista encontramos como primer signo a la mujer Avidya, la Ignorancia. Johfra la pintó a la derecha, detrás del Carnero. Ella es ignorante, y la venda que cubre sus ojos es símbolo de su ignorancia. Lleva en la mano una lámpara encendida, el elemento fuego. Al igual que en el caso del Mago, se extiende ante ella el camino de su crecimiento espiritual. Lleva un vestido verde, el color de la vida y de la esperanza. Los planetas tienen sus propios habitantes astrales de naturaleza angélica, y además divididos en clases. Los arcángeles, ángeles, espíritus e inteligencias tienen su propio signo, sello o firma. Johfra los reproduce así: desde la izquierda, abajo, hasta la derecha, abajo, aparecen sucesivamente la firma del arcángel planetario Samael; sobre él, el pequeño signo de Marte; a continuación el sello del espíritu planetario Pharos Phaley, el sello del mismo planeta Marte; abajo el signo de la inteligencia planetaria Graphiel y los tres signos siguientes, pertenecientes todos ellos al planeta Bartzabel. Johfra ha colocado el signo del carnero en

un pentágono regular, porque el regente Marte, tal como se ha escrito, corresponde a la quinta sefira.

Johfra aplicó una gama de variados colores con predominio del rojo, porque éste es el color de Marte. El hierro corresponde también a Marte, y ello está simbolizado en el añadido de un marco alrededor de toda la imagen, marco que parece de hierro, forjado en formas puntiagudas que se atraviesan unas a otras.





## **5. TAURO**

Tauro o toro es un signo de tierra. El sol se encuentra en Tauro del 20 de Abril al 21 de Mayo. El planeta regente es Venus.

El nativo de Tauro es persona agradable, pero no se le puede tener como rival en el momento en que él está pisando el sendero del amor. Entonces se origina una lucha de toros, a la que él forzosamente debe entregarse.

Desde el punto de vista de la mujer que Tauro ama, la situación mejora, aunque Tauro no suele ser hombre de una sola mujer. En este aspecto le supera la mujer nativa de Tauro, aunque en forma moderada. Si la dama Tauro tiene a Virgo como ascendente, ello atempera dicha circunstancia.

Con un Escorpio en su ascendente, se produce una desdicha, un erotismo que puede conducirle a la muerte, el clásico Eros y Thanatos sobre el que tanto escribió Sigmund Freud. Pero en todos los casos hay una salida para los nativos de Tauro. Ellos no eligieron su ascendente, sino que les fue otorgado al nacer. Lo que sí pueden, es escoger a sus compañeros de la manera más razonable posible.

Cuando un Tauro elige bien, elige también para siempre, porque el instinto de posesión no es ajeno a este signo. Al contrario, lleva este instinto como marcado a fuego. Así, el nativo de Tauro se siente inclinado a cuidar bien de sus seres queridos.

Banqueros y padres de familia numerosa se encuentran a menudo bajo este signo.

Lo anterior describe Tauros un tanto primarios, pero en general son personas agradables, sobre todo cuando han sabido salir de la mediocridad, cosa que no siempre consiguen, porque como buenos señores rurales, prefieren el confort rutinario a la riqueza sin límites. Son también personas con un gran sentido de la responsabilidad, muchas veces eminentemente amantes del hogar y como típicos «poseedores» saben apreciar en su valor los bienes terrenales, incluso cuando se trata, por ejemplo, del arte y del buen comer y beber.

Si quieres hacer negocios con un Tauro, debes invitarle a comer; quizá, mientras esté ocupado en llenar su estómago, se olvide de llenar la bolsa. Entonces, mostrándote un consumado torero, debes pincharle con tu espada para arrancarle un contrato. El se dará cuenta más tarde de su pérdida y hará frente fielmente a sus compromisos, porque es serio y digno de confianza. A menudo elige posturas conservadoras. Es dogmático en la izquierda o en la derecha; comprende ambas cosas, ya que provienen de la mitad del siglo pasado. No lleva la delantera en los grupos de acción, a no ser para defender el medio rural. Los pastos y el ganado van en su corazón, y gusta también de colaborar con otros. Por lo demás, es agradable trabajar con un Tauro - que, en la figura de un buey, es en muchas haciendas un voluntarioso animal de tiro - porque pone a contribución su fuerza de voluntad, si sabemos interesarlo por una tarea. Quizá no sea muy entusiasta, pero raramente os dejará plantado. Y si esto ocurriera, es que tenemos que habérmolas con un Tauro negativo, que mueve gravemente la cabeza... para dejarse caer a continuación, perezosamente, en el sofá como si

tal cosa. Entonces se pondrá a soñar con el rebaño, con el sol y con la primavera. «Es un perezoso», dirá su amo, que no entiende qué pensamientos pueden fraguarse dentro de aquella cabeza. Un Tauro puede tomarse tiempo, porque no es un pensador rápido, sino reposado, a veces testarudo e incluso rencoroso cuando con excesiva frecuencia alguien perturba sus sentidos para proponerle acciones rutinarias. Entonces hay que procurar convencerle del mejor modo posible haciéndole entrar en razón. Si esto se consigue, vuelve a sumir mansamente la cabeza en el yugo y le sucede como al campesino de la balada del poeta Werumeus Buning: «Y el labrador (buey) continuó arando».

Astrológicamente el Toro es un signo antiquísimo, probablemente ya originado en la remota prehistoria, porque en los más antiguos dibujos de las cavernas aparece como animal totémico de adoración (para conjurar mágicamente), primeramente como bisonte, más tarde como el toro que conocemos. En un principio fue el bóvido domesticado por el hombre. En el primitivo hogar era indispensable como proveedor de leche, carne y piel. La fecundidad del toro contribuyó a su reputación. En suma, se convirtió en objeto de veneración, como hicieron ya los quechuas, hace miles de años. Ellos llamaron a su signo el animal masculino.

En Egipto fue honrado incluso de dos maneras: Amen-Ra, un dios con cabeza de toro, acostado en una barca y también con una media luna entre los cuernos. Se consideraba que pasaba por el cielo nocturno para traer luz a los hombres, tal como lo hacía Osiris durante el día. Fue una deidad importante, lo mismo que muchos animales con cuernos, porque en numerosas religiones se identifica a éstos con el dios de la luna. Más tarde, el Toro astrológico fue unido a Apis, también una figura de toro, pero ahora con el sol entre los cuernos y encima de ello el uraeus, la serpiente sagrada. Entonces fue asociado a Osiris en persona, porque él mismo se convirtió en Osiris tras su mítica muerte y sepultura en el Serapeum, el celestial cementerio de urnas.

En Egipto, el Toro es un animal divino negro, por su aparición al comenzar la noche. En Persia se le considera como el primer animal creado por Ormuz, dios de la luz.

Así aparece en los textos de Zaratustra. En ese caso, naturalmente, ya no puede ser negro. Entre los griegos es de un blanco plateado, tal como lo pintó Johfra. Es Zeus en persona, aquella figura no divina que Zeus encarna maravillosa y simbólicamente, como dios dador de la fecundidad.

Dice el mito que Zeus se detuvo un día de primavera en Fenicia, el Líbano actual. En la playa de Sidón se encontraba la hija del rey fenicio, Europa, jugando con sus amigas. Para acercarse a ella sin sorprenderla demasiado en forma de hermoso héroe, Zeus tomó la forma de un toro blanco como la nieve, que paseaba en medio de una manada de vacas que se encontraba entonces allí por decreto del destino. Zeus (Júpiter) se apartó de la manada para acercarse a Europa y consiguió su objetivo. Ella encontró hermoso aquel blanco toro y le coronó los cuernos con flores que acababa de coger. Incluso fue a sentarse sobre su lomo; entonces Zeus movió sus patas de toro, primero despacio, para que Europa no se asustase y luego cada vez más rápidamente. Se introdujo nadando en el mar y su hermano Poseidón le ofreció un cortejo de bellas nereidas para comodidad de Europa.

Poseidón calmó las aguas con su tridente. «Y el toro continuó nadando», hasta que al cabo de algunos días llegó a la costa oriental de España. Allí, en la playa, Zeus adoptó la

figura de un hermoso joven y él y Europa tuvieron tres hijos. En honor a Europa, España y las tierras que se extendían más allá recibieron en lo sucesivo el nombre de Europa.

Venus (Afrodita) rige el signo de Tauro. Existen dos mitos sobre su aparición, o mejor tres. Como diosa de procedencia oriental, la Astarté o Ishtar de los fenicios y asirios, fue «tomada» por los griegos. Esto se puso en duda posteriormente, mediante el relato de que era una hija de Zeus y Dione, que más tarde fue identificada con la antes mencionada diosa asiría del amor. Otro mito la hace aparecer de la espuma del mar, emparentándola así con Poseidón y las nereidas. Así la pintó Botticelli en una concha, en la célebre pintura renacentista sobre tabla, navegando ella hacia Chipre, la isla que dio nombre al metal llamado cobre. En la obra de Botticelli la diosa desembarca bajando recatadamente los ojos, como si no supiera el papel que le espera desempeñar en el mundo de los mitos griegos. Según este mito, le dan la bienvenida Eros (el amor masculino) e Hímeros (el deseo), heraldos de la vocación de la diosa que debía otorgar el amor, y también la belleza y la armonía, razones por las que Venus aparece en innumerables pinturas. Es la Mona Lisa de los griegos.

Johfra resolvió de una manera magnífica la compleja personalidad de la regente de Tauro y Europa. Logra una amalgama de imágenes, una fusión en la que las dos mujeres se presentan en una misma figura. Dicho de otro modo, sitúa a Venus sobre la espalda de Zeus, y con toda razón, porque cuando Zeus, en la playa española, se desembarazó de su figura de toro, puso esta figura inmediatamente como constelación en el cielo, donde también brillaba Venus.

Tauro es un signo de tierra, preferentemente una tierra en la que reina la paz. También Venus busca la armonía en la belleza, y éste es el motivo que destaca Johfra. En un paisaje exuberante pasea el Toro adornado con una guirnalda de rosas. Las rosas corresponden a Venus, que aparece envuelta en un vestido verde, que simboliza la vegetación. Lleva un ceñidor ricamente bordado alrededor de su cintura. Este ceñidor es su arma «mágica», lo mismo que la lámpara que hay en su mano, si se la hacéis coincidir con la séptima sefira en la columna derecha del árbol de la vida cabalístico, donde representa el concepto Nezach. Su número es pues, el siete, el número de la perfección, y por consiguiente de la armonía. Por ello luce en la cabeza una corona de siete rosas, y en la parte inferior del cuadro aparece también el signo de Tauro incluido dentro de un heptágono y una rosa heráldica de siete pétalos, que es propiamente nuestra parnasia, otra flor de nuestra región de dunas.

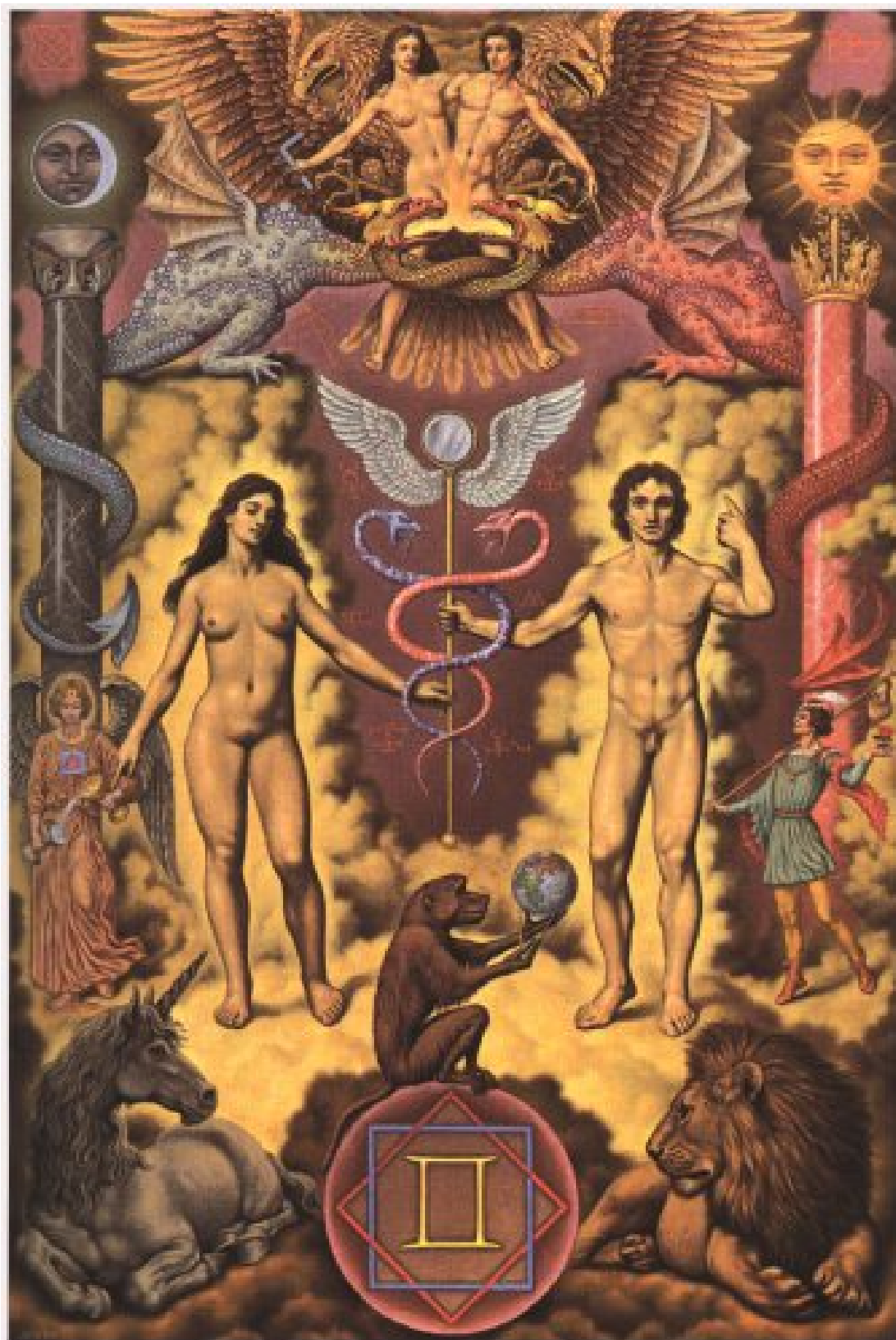
Por encima de la cabeza de Venus vuela su famoso hijito Cupido, o Amor, quien representa dicho sentimiento y lleva consigo dos palomas atadas con cintas, porque también la paloma (de la paz) está consagrada a Venus.

Al fondo ha pintado Johfra la segunda carta del tarot, la gran sacerdotisa, también llamada Isis, que corresponde al signo de Tauro. Representa el misterio que lleva en sí la naturaleza, el secreto de la vida y la muerte. Está sentada entre las dos columnas que también encontramos en la cabala, delante del corrido velo. La cruz de brazos iguales que lleva sobre el pecho representa el equilibrio de las fuerzas de la naturaleza. Su cabeza aparece coronada por la luna en sus tres fases: luna llena, cuarto menguante y cuarto

creciente. También tiene bajo sus pies la media luna. La gran sacerdotisa gobierna sobre el inconsciente, cuyo velo no ha sido descorrido todavía. Por ello su manto cubre parcialmente el rollo de la ley. En la naturaleza, está escondida la ley del universo.

Puesto que Venus gobierna en este signo, su contrario Marte aparece dormido. Unos angelitos juegan con su yelmo; su escudo y su espada yacen bajo él. Encima de Venus brilla la estrella matutina de siete puntas.

El marco que rodea este cuadro es una exuberante ornamentación de cobre, porque el cobre es el metal de Venus. En cartuchos rococó aparecen los signos mágicos que guardan relación con diversos aspectos de Venus. Están desde la izquierda, en el centro el sello del espíritu planetario Kedemel, encima del propio signo de Venus. Encima de Kedemel vemos el sello de la inteligencia planetaria Hagiél; en el ángulo izquierdo de arriba el sello del planeta; arriba a la derecha el sello de espíritu planetario olímpico Hagith; debajo de él las letras divinas de Venus; a continuación el sello de los coros angélicos Beni Seraphim; y más abajo y detrás la signatura de Asmodelo, el ángel de Venus, morador de la casa de Tauro; por fin, más allá, surge otra signatura de Asmodelo, ahora como ángel que rige el mes de mayo en el mismo cartucho que la signatura inferior de Ásale, otro regente del mes de mayo; son, por consiguiente, todo un grupo de figuras astrales.



## **6. GEMINIS**

Los Gemelos o Géminis. El sol se encuentra en este signo del 21 de mayo al 21 de junio. El planeta regente es Mercurio.

Géminis es un signo doble, símbolo, por su naturaleza, de la dualidad, una segura escisión de la personalidad que algunas veces se encuentra en personas nacidas bajo este signo. Así, algunos pueden hacer una cualidad de las dos propiedades que poseen. Géminis se considera como un signo favorable para un periodista, escritor, profesor, abogado, defensor, y las personas que deben recibir información y transmitirla a otros sin que se trate precisamente de un consejo predicado por un «santo». Porque precisamente Géminis no es siempre un santo. Si lo fuese, indudablemente haría uso de su elocuencia, porque a este respecto conoce pocos obstáculos. Además, tiene la necesidad de comunicarse continuamente. Un Géminis puede desenvolverse fácilmente entre el público. Se mueve con soltura, es fácil de palabra, y pasa de una cosa a otra con la mayor habilidad. La superficialidad no es ajena a Géminis, y así, alguna vez cambiará de opinión si otros pueden convencerle adecuadamente. También varían sus estados de ánimo. Muchas veces un Géminis cambia de camino o de ambiente. Es adicto a pocas cosas y empieza fácilmente una nueva vida, a veces debido a su inquietud y a su curiosidad por algo diferente. Todo ello se ve muchas veces reforzado por el hecho de que Mercurio, su regente, es un planeta que se adapta maravillosamente a su signo zodiacal. Mercurio es tanto el mensajero de los dioses, una posibilidad de comunicación con lo espiritual, como el dios del comercio y de los ladrones; dicho popularmente: una combinación de influencias opuestas. Y los Géminis, precisamente, actúan también cómodamente de esta manera, debido a su «doble naturaleza».

Cuando Géminis aprende a conocerse bien, trata de disolver esta duplicidad citada fundiéndola en una armonía de actos opuestos. Entonces puede incluso llegar a ser un tipo de persona ideal que armoniza extrovertidamente sus cualidades. Su origen astrológico lo garantiza.

En Egipto, la idea de la duplicidad de Géminis viene de muy antiguo, porque allí se formó el signo mediante las figuras de Syu y su hermana gemela Tefnet, los primogénitos de Atum y Nut, los dioses que crearon la tierra. Posteriormente fueron identificados con las almas de Ra y Osiris, también dioses de una época muy primitiva. En Egipto aparecen asimismo dos ondinas. En Mesopotamia se formó el signo mediante dos hombres que, juntos, fundaron una ciudad, una pareja de hermanos que guarda un gran parecido con los romanos Rómulo y Remo, los gemelos que, según la leyenda, fueron los fundadores de Roma. Entre los griegos están Kastor y Polydeukes, más conocidos por sus nombres romanos de Castor y Pólux. Son los hijos de Zeus y Leda, quien los concibió del dios en figura de cisne.

La dualidad la encontramos también en la antigua India, donde Géminis fue imaginado como un espíritu masculino y femenino, simbolizado igualmente por un león y



un unicornio, como guardianes de la puerta de la ciudad sagrada. También los Gemelos chinos fueron imaginados al principio como un ser masculino y otro femenino; sin embargo, en la China moderna, y también entre los budistas, fueron descritos como un mono.

Entre los judíos, el signo de Géminis estuvo formado por las dos famosas columnas delante del templo: Jachin y Boaz. Johfra pinta la columna solar positiva a la derecha, de color rojo, y la columna lunar azul, negativa. Ambas fuerzas las representa también como un dragón rojo y un dragón azul, procedentes de la literatura simbólica alquímica. Forman una energía vital, que puede ser despertada y al mismo tiempo reprimida, un paralelismo con el fuego de la Kundalini de los yoguis, a menudo representada por dos serpientes. Debido a que la armonía interior es la aspiración del nativo de Géminis positivo, Johfra entrelaza los cuellos de los dos dragones y hace que su color derive en dorado. Las llamas que salen de sus picos se funden entre sí como el símbolo de la energía que se origina cuando las fuerzas polares del hombre se equilibran. Las dos figuras principales del cuadro encarnan el hombre y la mujer ideales, representando las dos columnas que están junto a ellos, mientras les es revelada la máxima: «Como es arriba, así es abajo». Constituyen, como lo indican los gestos de sus manos, una unión entre el cielo y la tierra, y por ello están colocados sobre una nube. Este símbolo se acentúa en el caduceo de Hermes, que ambos sostienen. La vara lleva las dos correspondientes serpientes, que tienen el mismo significado que los dragones. Dicha vara es, por naturaleza, alada, tal como siempre aparece este símbolo, y en lo alto se encuentra un espejo que representa el pensamiento. Es el conocimiento o gnosis que debe guiar por el buen camino y sublimar las emociones, personificadas por las dos serpientes. Esta idea es repetida por Johfra en la doble águila de la parte superior de la pintura, detrás de la figura hombre-mujer, denominada el ser humano andrógino. El andrógino es una idea antiquísima, que tuvo la representación más clara en el simbolismo alquímico. Es también en esta literatura donde se encuentra la boda del rey y la reina, y la consecución de «la gran obra», la obtención de la piedra de los sabios o piedra filosofal mediante la sublimación. Expresado en términos de psicología moderna, se trata de la conciliación dentro de la mente humana de los polos opuestos, masculino y femenino, que deben ser equivalentes. El ánima en el hombre y el ánimus en la mujer ya no necesitan proyectarse hacia fuera mediante otra persona, que nunca, podrá concretar aquella imagen ideal. El enamoramiento desenfrenado que esa imagen ideal queda entonces sublimado en el amor, en el cual, recíprocamente, se da más de lo que se recibe. El resultado es una unidad espiritual de hombre y mujer que eleva a ambos a la sublimación, lo que producirá un ser andrógino. En algunos casos, la androginidad conducirá a una proyección de ánima a ánimus en una figura sacral, una aspiración, por ejemplo, de los monjes, monjas u otras personas que desean vivir espiritualmente, como los yoguis. Todos se han mirado simbólicamente en el espejo que está encima del caduceo de Hermes. Su alejamiento del mundo exterior (el no-yo), les reporta la alegría que pide su mundo interior (el yo).

Johfra plasma esta idea a través de todo el cuadro y le aplica sus colores. El rojo es positivo, el azul negativo, y el amarillo es la consciencia ordenadora que se deriva de la acción recíproca entre estos dos polos. Por esto Johfra eligió la carta del tarot número catorce, la Templanza, como figura al pie de la columna izquierda. El ángel, símbolo de la sabiduría, vierte una moderada cantidad del agua de la vida desde la copa de oro (el sol) a la copa de plata (la luna). La luna recibe siempre su luz del sol y la proyecta hacia la tierra.

Junto a la columna derecha Johfra ha colocado el Loco del tarot, la carta sin número o la del cero, que simboliza la luz aún no dirigida en el camino vital de la experiencia. Se trata de alguien que debe escoger entre las distintas posibilidades para ampliar su consciencia, volviéndose sabio. La rosa en la mano del Loco es el centro de su objetivo, el palo es su voluntad y su bolsa de viaje en el extremo superior del palo es la experiencia que ya ha cosechado.

El mono en primer término es de nuevo un motivo de la dualidad. Es Thot, la figura egipcia de Hermes, en la que profundizaremos al hablar del signo de Virgo. En la pintura correspondiente aparecen ambas figuras. En la reproducción de Géminis, Thot, representado en Egipto como un mono, es el símbolo del hombre científico que con su pensamiento terrestre mide el mundo como con un compás. Al mismo tiempo, este mono equivale al signo chino de Géminis en el zodíaco moderno. En el zodíaco antiguo, el signo, como antes dijimos, se representaba mediante un unicornio y un león, que Johfra pintó aquí al pie de ambas columnas. En China, el unicornio es un animal diferente al de las leyendas occidentales. Es el *ch'i lin*, uno de los llamados «objetos de buen Agüero». Es un animal compuesto por (casi siempre) el cuerpo de un antílope, la cola de un buey, el corazón de un hombre y la cabeza de un dragón; sobre esta cabeza lleva un cuerno dirigido hacia adelante. Es uno de los animales de la creación. La tierra, cuando era todavía el caos, descansaba sobre una tortuga; y sobre este caos se sentaba el *ch'i lin* para, con su rugido, ahuyentar los poderes de la oscuridad y los demonios, que de otro modo, se habrían enseñoreado de la tierra. *Ch'i lin* es esculpido o tallado a menudo en jade, como amuleto protector. Si la imagen se realiza en metal, éste puede ser el bronce, con incrustaciones de hierro, plata y otro. Estos cuatro metales representan los cuatro elementos.

Johfra eligió el unicornio occidental como símbolo de serenidad y pureza; insistiremos en ello al tratar el signo de Sagitario. En la reproducción del mismo aparece, también, un unicornio.

El león está pintado como un símbolo de amor divino. El signo de Géminis aparece dibujado dentro de una figura de dos cuadrados entrelazados: el que está sobre una punta, como elemento masculino, y el otro como femenino.

De izquierda a derecha, arriba, encontramos el sello planetario del ángel Ophiel; arriba, en el centro, la signatura del arcángel de Mercurio, Miguel, y junto a ella el sello de los espíritus planetarios olímpicos de Mercurio. Debajo del cuello del dragón rojo se distingue el sello de los espíritus planetarios que dependen del ángel Ophiel. Enfrente está la signatura de la inteligencia planetaria Tiriél. Junto al caduceo de Mercurio están colocadas algunas signaturas, utilizadas todas ellas por los alquimistas para indicar, en su «lenguaje secreto», el Mercurius Sublimatus (el mercurio sublimado). En sentido espiritual, éste representaba el pensamiento ennoblecido, tras haberse purificado la consciencia.



## 7. CÁNCER

El Cangrejo o Cáncer es un signo de agua. El sol se encuentra en Cáncer del 21 de junio al 23 de julio. La luna es regente de Cáncer.

La persona que ha nacido bajo el signo de Cáncer aprende en la mayoría de libros de astrología que es un ser que se interesa vivamente por las cosas, amante de la casa y del hogar, y también interesado por los tesoros terrestres. Un Cáncer suele extender esta cualidad a un entorno más lejano, como su barrio, aldea, ciudad e incluso su patria. Esto le hace también conservador y refractario a los cambios demasiado rápidos, sobre todo cuando estos cambios significan dispendios económicos, porque a él (o a ella) le gusta ahorrar. También prefiere «ahorrarse» él mismo: No se expone o declara sus intenciones rápidamente, a pesar de tener cordiales conversaciones y buenas amistades. Pero esto es sólo apariencia, detrás de la cual puede esconderse de todo. Entre estas cosas ocultas es fácil descubrir una gran emotividad o una hipersensibilidad; por ello, a veces es difícil tratar con un nativo de Cáncer, ya que se siente ofendido rápidamente y tiende también a quejarse de sí mismo. Su conservadurismo hace que guste de vivir en el pasado, donde todo lo parece más seguro y más familiar. Otro motivo para ello es la tendencia soñadora que hay en muchos nativos de este signo, porque Cáncer es un signo de agua. El agua es también el océano primario del cual procede toda vida, y el paraíso perdido del Cáncer es este océano, un pasado misterioso. En esoterismo, el agua simboliza también el alma, el éxtasis y la disposición mística. No en vano muchas religiones tienen una ceremonia bautismal, porque el contacto con el agua debe producir un cambio, símbolo de la transformación de materia en espíritu. El Cáncer tiene conocimiento de todo esto. En el caso más favorable, un Cáncer puede disponer de visiones de índole «beatífica»; en el peor de los casos, es atormentado por pesadillas, a veces incluso durante el día. Por otro lado, su naturaleza práctica ayuda al nativo de Cáncer a librarse de tales tendencias y acogerse a las acostumbradas cavilaciones, propias de cualquier persona. Lo que un Cáncer quiere saber de la vida y la muerte (y Cáncer es marcadamente curioso), suele encontrarlo en toda clase de libros de astrología. Un Cáncer tiene inclinación hacia la astrología; por ello, en su casa abundan estos libros.

El Cáncer, como sabemos por la mayoría de tratados de astrología, en realidad no está bien simbolizado con el cangrejo que se reproduce en su signo. El suyo debe ser el cangrejo ermitaño, tal como lo indican algunos libros, y también como pinta Johfra este animal. Un cangrejo ermitaño esconde la parte blanda trasera de su cuerpo para resguardarla dentro de una concha vacía. Ha encontrado una casa que no quiere abandonar. Se han hecho toda clase de especulaciones de índole psicológica para averiguar por qué en un Cáncer está de tal modo asociada con la casa la sensible parte inferior del cuerpo (los órganos genitales). La concha tiene también que ver con su miedo a un mundo exterior hostil. El cangrejo ermitaño vive en el mar, preferentemente en la hendidura de una roca, o incluso más escondido, y desde allí acecha a su presa. Extiende sus pinzas, agarra su

concha con sus patas traseras y atrae la presa hacia sí, sujetando y conservando.

Johfra pinta el Cangrejo encima de la caja de un tesoro. Es un guardián del mismo y por nada del mundo lo quiere soltar. La persona que se le parece gusta también de reunir tesoros, y por ello en la parte inferior de la pintura se ven unas manos que, ansiosas, se extienden hacia alhajas, piedras de la luna y ágatas engastadas en oro. Encima, a la derecha, encontramos también estas manos. Junto a ellas, abajo, hay una ostra perlífera. La perla es el símbolo del sufrimiento; en realidad, se trata de una enfermedad de la ostra. Pero una perla es también el símbolo de la sabiduría que procede del sufrimiento.

Los signos del zodiaco se originan en el transcurso de los siglos y a veces -como ya dijimos anteriormente- estos signos tuvieron otros símbolos. El Cangrejo es originariamente babilónico; antes, este cuarto signo zodiacal se llamó también la Tortuga, al igual que en Egipto. Más tarde, en el mismo Egipto, fue el kephera, el escarabajo sagrado; también el escarabajo pelotero, más conocido bajo el nombre de escarabeo, que es cuando ha tomado la forma de una joya. En Egipto, el kephera estaba consagrado al sol. El escarabajo pelotero hace una bolita con estiércol y en ella pone sus huevos. Estos son incubados en dicha bolita, la cual, como símbolo del sol, parece como si produjera vida, como si se efectuase un «matrimonio» entre el escarabajo y el sol; esto elevó este animal a la categoría de símbolo.

Johfra encuentra una ingeniosa solución reuniendo el antiguo símbolo egipcio y el símbolo posterior, y uniéndolos a la idea de la perla. Aquí el escarabajo hace rodar delante de sí una perla, un símbolo unido primero a la luna y después al sol. Por la playa se arrastran dos tortugas, unos animales marinos de origen remoto, y también el cangrejo ermitaño. Las vidas de estos animales guardan cierto parentesco. Tal como el cangrejo ermitaño se protege, las tortugas llevan su concha, dentro de la cual pueden albergarse ante un peligro. El simbolismo antiguo tiene larga vida. Desde el punto de vista de la astrología, el Cangrejo - y también la tortuga - son animales «lunares». Algunas especies ponen sus huevos durante la luna llena y la pleamar en un hoyo de la playa y tras un determinado número de «meses lunares», nacen las tortuguitas. La vida en el mar se encuentra en gran medida bajo el influjo de la luna, como también los ritmos biológicos. Es como si los antiguos astrólogos hubiesen sabido esto intuitivamente.

La planta que aparece abajo, a la derecha, es el acanto, que corresponde a la luna. Encima, Johfra ha vuelto a pintar unas manos y en ellas una granada abierta, símbolo de fertilidad, además de un castillo en la playa, símbolo del carácter cerrado y reservado y del amor a la familia que sienten los nativos de Cáncer, y también de su firmeza y a veces de sus inclinaciones feudales.

Las manos de la derecha, arriba, ya las hemos mencionado. Arriba, vemos una serpiente con cabeza de águila, una licencia que Johfra se permite con la idea de la serpiente voladora que puede encontrarse por doquier en la mitología, sobre todo en las culturas indias de la antigua América. Allí los quechuas llamaban al cuarto signo zodiacal «La serpiente que se mueve hacia atrás», otra simbolización curiosa, porque también el cangrejo camina oblicuamente hacia atrás. Simbólicamente, esto tiene que ver con el aferrarse al pasado, el retroceder. Entre los chinos antiguos, este signo se llamaba también «La sección del árbol», porque un árbol retiene también el pasado en los cercos anuales de su tronco, como si tuviera sus experiencias registradas en una indeleble memoria. Y esta es precisamente una cualidad que también se observa en muchos nativos de Cáncer: el ordenar

los hechos científicos, clasificarlos, el profundizar en tesoros que él desea conservar, procedentes del océanos primigenio de la vida. Él da forma a estos tesoros. Como persona frente al mundo - el yo frente al no-yo -, se proyecta a sí mismo en su entorno. Como se tiene a sí mismo en alto aprecio, reúne cosas de valor, tanto materiales como espirituales. Y de aquí llegamos naturalmente a la luna, porque desde antiguo se considera a este planeta como dador de formas. La luna es, por así decirlo, una estación transformadora entre el cosmos y la tierra, un vestíbulo de la vida material. En la cabala, Binah está sentada en la columna de la izquierda, la emanación femenina de lo divino, la madre primigenia, representando también a la luna, como en la columna de la derecha se halla sentada Chokmah, la gracia y la sabiduría. A veces asoma el sol encima de esta columna. Sin embargo, hay otras explicaciones referentes a la disposición del sol y de la luna. A pesar de ello, parece claro el hecho de que Binah significa la materialización de lo cósmico en un plano terrestre. Mediante Binah, el espíritu humano recibe una apariencia corpórea; así es como sucede y con ello se llega también a estar sujeto a la muerte. No en vano los astrólogos esotéricos piensan en la luna como en una influencia materializadora. Así, la luna permanece relacionada con el mar; el espíritu queda presente en la materia la vida cósmica en el océano.

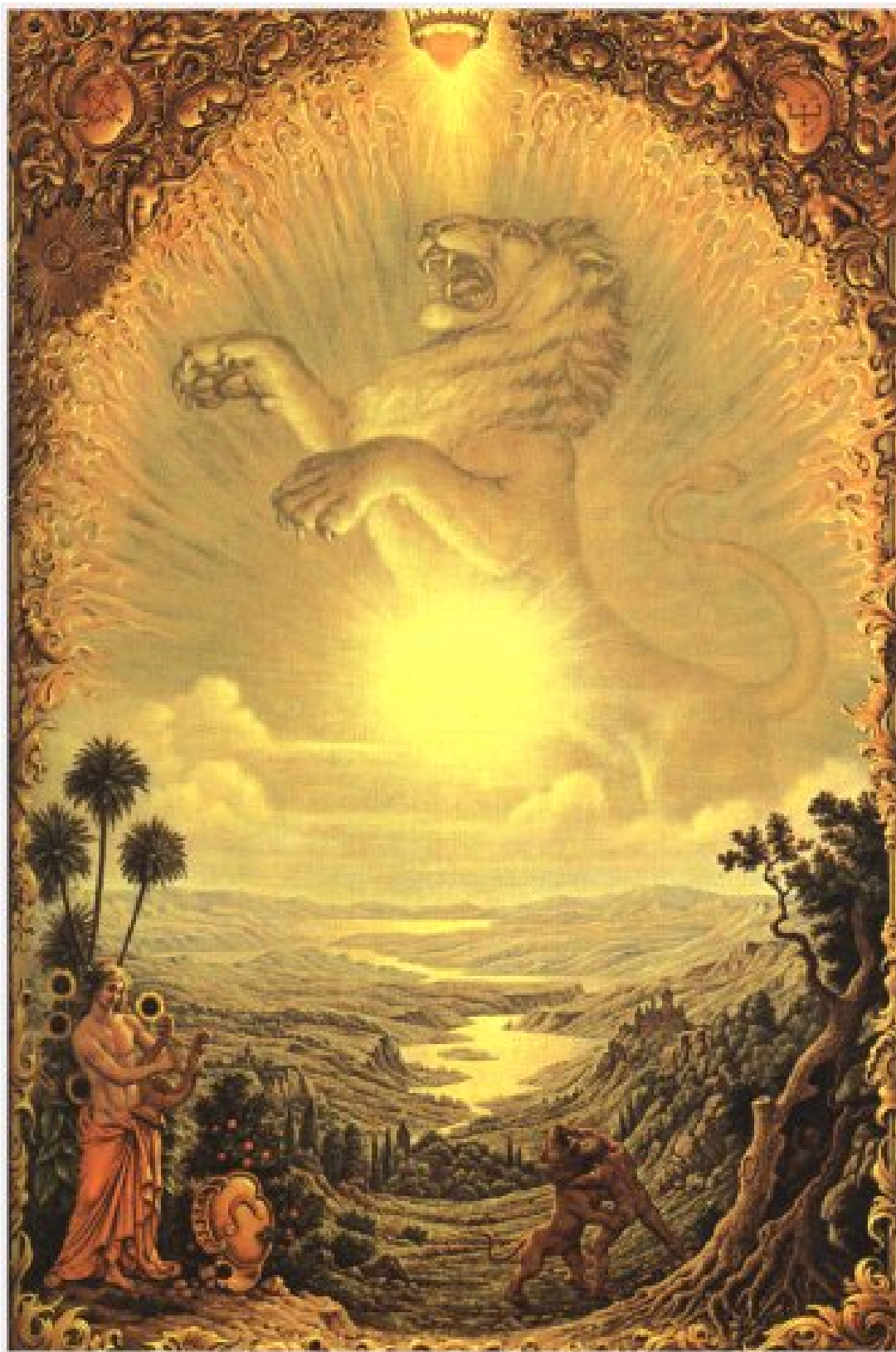
Entre los griegos antiguos Diana era una de las tres diosas de la luna. Las otras eran - o llegaron a serlo en el curso de la historia mitológica -, Hécate y Selene. Johfra eligió a Diana, porque su aparición posee el sentido más positivo de las tres y simboliza un estado evolutivo del espíritu. Diana es el nombre romano; entre los griegos se llamaba Artemis. Entre los babilonios, la luna era un dios. Su hija era Ishtar, de la que volveremos a hablar al mencionar a Venus. Arte-mis, hermana del dios sol Apolo antes de que se la considerase como diosa lunar, era una diosa de la naturaleza que cazaba con flecha y arco, pero era también una protectora de la caza. Es la «mujer protectora» de los cazadores, virginal, noble, pero también terrible. Como protectora de los nativos de Cáncer, refuerza las cualidades de todo aquel en quien la luna ocupa una posición favorable. A la derecha de la pintura, arriba, encontramos el sello del espíritu planetario de la luna.

El que se hace a sí mismo, consciente del valor de haber nacido Cáncer, puede elevarse por encima de su nivel como el cangrejo ermitaño de la pintura, que extiende sus tenazas hacia la luna. Entonces el Futuro le deparará tesoros espirituales en vez de joyas; y éstas se convertirán en símbolos de alto orden, que pueden verse arriba, a la izquierda, en el cuadro. Con la llave de oro, Cáncer puede abrir la puerta de su subconsciente, para encontrar en él las imágenes arquetípicas y símbolos. Estos, al hacerse conscientes, enriquecerán su espíritu. De arriba a abajo, aparecen las cuatro conocidas «joyas» de las cartas del tarot, que se dividen en bastos, copas, espadas y pentagramas, una división que, llamada de otra manera, tienen también nuestras cartas de juego corrientes: espadas, corazones, oros y tréboles. Estos cuatro símbolos - vara, copa, espada y pentagrama - son asimismo las armas mágicas de la figura de la primera carta del tarot de los arcanos mayores: el Mago, quien las necesita en su camino hacia el desarrollo espiritual, simbolizado por las otras cartas. En el mismo orden de sucesión se simbolizan también los cuatro niveles elementales en la cabala, los cuatro denominados reinos - Aziluth, Beriah, Yetzirah y Asyjah - que también significan un camino hacia el desarrollo espiritual.

Las cuatro armas mágicas representan asimismo el orden, un sistema de clasificación que el Cáncer puede aplicar en la totalidad de sus experiencias. A la izquierda



se encuentra el signo de Ankh o Cruz Ansata, el antiguo símbolo egipcio de la eternidad, inmortalidad y «retorno de todas las cosas», y en quien algunos piensan como señal de la reencarnación. Debajo, hay un triángulo con la punta hacia abajo, simbolizando lo sublunar o terrestre. Si este triángulo se entrelazase con un segundo con la punta hacia arriba, se originaría la famosa estrella de David, cielo y tierra en uno. El que medita mucho tiempo en todos estos símbolos participa del globo del mundo o globo imperial, aquí también pintado, símbolo de influencia tanto mundana como espiritual y de riqueza; de ahí el atributo de figuras reales. Así, todo ello es muy prometedor para el Cáncer que se atreve a vivir en el límite de dos mundos: el océano y la tierra, las regiones del sentimiento y de la razón, respectivamente. Si Cáncer puede poner ambas cosas en equilibrio, no habrá profundizado en vano en su origen astrológico.



## **8. LEO**

El León o Leo es un signo de fuego. El sol se encuentra en Leo del 23 de julio al 23 de agosto. El regente de Leo es el sol.

Si a Cáncer se le promete el globo imperial, Leo ha nacido ya con este mismo atributo. Muchas veces sucede así, realmente, porque Leo es, por naturaleza, un regente regio que sabe que se encuentra bajo la protección del sol. Johfra pintó a Cáncer en la frontera de dos mundos; su Leo lo encontramos en la tierra, en el paisaje y al mismo tiempo en el aire, identificado con el sol.

El nativo de Leo puede compararse más o menos con el león de la naturaleza, o al menos con la idea que nos hemos formado de él. Se ha convertido en un antiquísimo animal simbólico, que se puede encontrar en numerosos blasones de ciudades y países, en el antiguo cuento del «Zorro Renard», el león es el Rey Nóbel. Difícil resulta distinguir de un modo más preciso al auténtico león, escondido como está detrás de relatos y mitos, en los que constantemente se canta su fuerza, belleza y nobleza. El nacido bajo el signo de Leo puede así identificarse con uno de los dos leones, pero también con ambos: con el león auténtico o con el augusto animal heráldico.

En el primer caso es gallardo y complaciente, pero también está ansioso de poder. En modo alguno tolera rivales cerca de él, y con seguridad ningún otro Leo, consciente como él de su propio valer. Es bueno en el puesto que ocupa en la sociedad, tanto en su trabajo como en el hogar, pero los otros tienen que escucharle a él, porque de lo contrario pueden producirse altercados. Algunos nativos de Leo gustan de hacer teatro, porque les agrada representar con fuerza dramática el papel con que se identifican. En sus escenas pueden llegar muy lejos - incluso demasiado -. A su pesar, más tarde se dan cuenta de que han sido demasiado violentos, y a veces de que han prometido o regalado demasiado.

El Leo que sabe elevarse por encima de su nivel se convierte en una criatura regia; entonces es, efectivamente, aquello que él piensa que es, en dignidad y en apariencia, sabe ser amable, se manifiesta con todo su talento organizador e incluso da buen ejemplo trabajando duro, porque es, por naturaleza, una persona constructiva.

Cómo puede desarrollarse la lucha interior de un Leo lo expone Johfra en la parte inferior del paisaje. Toda la pintura posee un brillo dorado y está rodeada por un aire rococó. De allí, la luz irradia hacia abajo, sobre el león terrestre, enzarzado en violento combate. En realidad, es un combate de dos leones: el hombre nativo de Leo, que lucha consigo mismo, y luego encuentra un modelo en dos «héroes solares», el bíblico Sansón y el griego Hércules.

Hércules (o Herakles en griego), es considerado como el más noble de todos los héroes, predestinado para trabajos maravillosos que luego también efectuó. Pero es que Hércules había sido engendrado por Zeus, el dios supremo, en la bella Alcmene, una princesa prometida del rey de Tebas, Anfitrión. Esto fue como consecuencia natural de implicaciones bélicas. Y de ello hizo uso Zeus, cuyo olímpico espíritu trataba lazos muy

estrechos con mujeres terrestres. Él sedujo a Alcmena, bajo la protección del mismo cosmos; según dice la leyenda, su noche de amor duró 72 horas enteras en la oscuridad protectora, un éxtasis que, como se sabe, es necesario para engendrar un semidiós. De este éxtasis nacieron Heracles y su hermano gemelo Ificles, dos semidioses. Como hemos dicho, se le asignaron a Heracles unos trabajos maravillosos, uno de los cuales consistía en matar al león de Nemea, que aterrorizaba a la manada de bóvidos de su padre (adoptivo) Anfitrión. Partió armado para efectuar este trabajo, pero su lanza, espada e incluso sus flechas tropezaron con la piel invulnerable del león. Entonces él lo agarró simplemente con las manos y consiguió realizar la proeza: mató al león y le despojó de su piel, que luego le sirvió de coraza. Llevó la cabeza como yelmo. Simbólicamente, ello significa la lucha del nativo de Leo con las fuerzas que existen en él mismo, que debe saber reprimir y poner en equilibrio, so pena de perecer. Él podrá ser el vencedor de sí mismo, pero también su propia víctima.

Si resulta vencedor, entonces se convierte en Apolo, el hijo más querido de Zeus, el que tañe la lira y que puede hechizar a la naturaleza, con tal de que nada se interponga en su camino. En este caso podría ser también un dios de ira, al igual que su divina hermana Diana, con quien tenía mucho en común, pero en general, él y ella, como sol y luna espirituales, velan por el bienestar de la humanidad.

Este combate con un león que vemos en primer término hace referencia también a Sansón, el héroe solar bíblico que tuvo que introducir sus manos en las fauces de un león para despedazarlo, antes de partir en un largo viaje hacia el país de los filisteos, para encontrar allí a Dalila, la mujer hechizadora que habría de cortarles los cabellos en los cuales residía su fuerza mágica. Esto puede interpretarse en el sentido de que los cabellos eran los rayos solares que fueron «eclipsados» por Dalila, porque ella era, sin duda, una seguidora de la diosa lunar Hécate, madre de todas las brujas y del erotismo perverso. Los filisteos procedían originariamente de la isla de Creta y debían tener un pensamiento más o menos griego, por lo cual el mito pudo provenir de un héroe solar que fue vencido por una heroína lunar - como un eclipse de sol, cuando la luna se interpone entre la tierra y el sol -. Después del eclipse (en la prisión y sin ojos, es decir, arrebatada la luz) a Sansón le volvieron a crecer los cabellos, tras lo cual se realizó el milagro de la destrucción del templo de Baal, mediante la separación de dos columnas que sostenían el techo.

He relatado algo extensamente estos mitos, porque simbolizan la lucha interior de un Leo, pero también porque constituyeron para Johfra un excelente tema para su pintura. Él plasma este simbolismo a través de las plantas, porque tanto el girasol como la palmera, la encina y los frutos de auranciácea, corresponden al sol y al león. Con ello, Johfra persigue todavía otro fin. El árbol hueco es un símbolo universal. Entre nosotros «los niños vienen del árbol hueco»; en la antigua China, la encina hueca se asocia asimismo a la idea de Leo y también a lo renacido, como el sol, que vuelve a salir todos los días. Otros simbolismos al respecto: en la filosofía y gnosticismo derivados de Hermes Trimegisto, la encina hueca es el lugar en que nace el niño como imagen de lo renacido espiritualmente, muchas veces significado, en sentido simbólico, como el niño divino. «Si no fuereis como niños», se dice en la Biblia; pero también los sabios chinos usaron esta misma imagen. Vemos, pues, sobre la cabeza de un sabio en meditación, uno o varios niños flotando en el aire. En la alquimia este árbol tiene igual significado. Hay el símbolo del athanor, el horno en el que «se efectuó la gran obra», la transmutación del plomo en oro, al mismo tiempo

que el crecimiento espiritual del alquimista, que debe superar lo material para volverse espiritual. Otros afirman que en el athanor debió originarse la piedra filosofal, para ellos un símbolo de Cristo, que a su vez hace referencia al ya citado niño divino de la encina hueca. Este niño es situado también en la línea media, entre las dos columnas del cabalístico árbol de la vida, y entonces se convierte en Tiphereth, es decir el sol, asociado también con el corazón. Por ello Johfra pinta, encima del león, un corazón con una corona. Es un corazón real, con el que Johfra tipifica a los nativos de Leo, que pueden elevarse por encima de sí mismos y para quienes las especulaciones filosóficas o la meditación constituyen una necesidad. Entonces ese corazón se convierte en su propio athanor, un centro de fuego alquímico desde el punto de vista espiritual, con el que pueden trocar la vida en una fiesta con bodas de oro anticipadas y un puesto de oficial en la orden del León Holandés.

El León se sabe rodeado de muchos «signos y sellos». El sol los conoce más que muchos otros planetas, ya que le son atribuidos por sabios gnósticos y se hace uso de ellos en la magia ritual, porque con estos sellos pueden practicarse conjuros. En el extremo de la izquierda, arriba, en la rica ornamentación con figuras femeninas que están mirando al espacio se encuentra, en un cartucho, el sello más importante del sol. En el gran cartucho de la derecha, con tres «brazos» en el centro, aparece el sello de los espíritus olímpicos, que son atribuidos al sol; encima está el signo del espíritu gnóstico Sorath y debajo el signo de la inteligencia planetaria (no nos olvidemos del orden jerárquico) Nakhel. En los cartuchos menores, vemos los símbolos alquímicos del oro, el metal del sol. Si recibís de alguien una carta con tales signos en el margen, tened por cierto que se trata de un Leo que conoce el poder de los conjuros, que pertenece a una escuela de misterios y que ha superado su orgullo de león terrestre para convertirse en un león del espíritu.





## 9. VIRGO

La virgen o Virgo es un signo de tierra. El sol se encuentra en Virgo del 23 de agosto al 23 de septiembre. Mercurio es el planeta regente.

El haber nacido bajo el signo de Virgo significa ser un trabajador diligente, fiel a sus obligaciones, pero también a veces un poco mezquino, en el mejor caso dotado de sentido crítico. A ello se añade la necesidad que tiene un Virgo de ser servicial. La palabra «servir» se halla escrita en grandes caracteres en su bandera y en efecto, él quiere servir incluso a personas a las que no les gusta que lo haga. Entonces se producen los conflictos, tras los cuales un Virgo, tras mostrarse algo resentido, puede volver. Pero vuelve en el momento oportuno. Vuelve al trabajo, amistoso y benévolo. Por su modestia podría parecer una doncella fría y distante. A veces un Virgo tiene, efectivamente, una cierta actitud de reserva, pero a menudo es sólo en apariencia, porque los nativos de Virgo pueden ser buenos amigos y amigas. Y es que ellos lo necesitan también, en primer lugar para poder servir, pero además para recibir apoyo. Los Virgo son personas cuidadosas - y por ello nerviosas y susceptibles -. Tienen necesidad de ser ayudadas por otro y se sienten agradecidas por dicha circunstancia. Sin embargo, su modestia les impedirá echarse al cuello de la persona que les ayuda, por lo menos en público. Una clase tan amable de personas como son los Virgo, suelen ser más difíciles para consigo mismas que para los demás. Los Virgo son muy importantes porque representan la simbólica virgen estelar que es el Anima Mundi, el alma del mundo, la madre primigenia de toda vida. En casi todas las religiones se conoce la figura de la madre virgen, y sus hijos en la tierra - nacidos bajo su signo - es posible que sean muy conscientes de su origen. Pueden encontrar su procedencia en la reproducción de este libro, la magnífica virgen alada, rodeada por un tesoro de símbolos. La Virgen es también un concepto antiquísimo, y a medida que un símbolo es más antiguo, ejerce mayor atracción en simbolizaciones análogas. La virgen de la pintura es al mismo tiempo la egipcia Isis, la griega Virgo, la romana Ceres y, finalmente, también en cierta manera la bíblica figura de María. Todas ellas son diosas protectoras, figuras auxiliadoras, y de ellas han heredado los nativos de Virgo su carácter servicial.

La diosa egipcia Isis es una de las figuras más importantes del panteón del Nilo. Es la hermana y esposa de Osiris, hecho nada extraño en la mentalidad egipcia, en la que el faraón también se casaba con su hermana y se sentaba en el trono junto a ella. La veneración hacia Osiris e Isis tiene más de seis mil años de antigüedad. ¿Cómo lo sabemos?. En el año 4241 antes del comienzo de nuestra era, los egipcios regularon su calendario por medio de todos los datos entonces conocidos, conservándolo posteriormente. De textos anteriores al año que hemos mencionado se desprende que aquellas dos divinidades ya eran veneradas. Esos textos están muy fragmentados; los conocidos mitos acerca de Osiris, Isis y el hijo de ambos, Horus, los encontramos en Egipto en muy diversas formas, pero no como un relato unitario. Casi siempre se utiliza la versión de Plutarco, el filósofo griego que vivió entre el 48 y el 125 d. de C, y que con gran interés visitó Egipto,

tomando allí nota de los mitos. Para hacerse entender en su propio pueblo, dio, a los dioses egipcios los nombres de los dioses griegos, según le parecían afines. Así, por ejemplo, Thot se convirtió en el griego Hermes y en el romano Mercurio; así coincidimos de nuevo con el Hermes Trimegisto que ya mencionamos en este libro, el Hermes tres veces grande. Él es, como dijimos anteriormente, el padre legendario de la alquimia y de los escritos gnósticos que se le atribuyen.

Según la tradición egipcia, tales escritos pertenecen al dominio de su dios Thot. Alrededor de este nombre se ha creado un buen número de mitificaciones, lo cual no priva para que Hermes-Mercurio sea el regente de Virgo, y así es como aparece en la pintura de Johfra.

Isis no necesitó que Plutarco le diese ningún nombre griego. Unos siglos antes de Plutarco el culto de Isis ya se había convertido en uno de los elementos más importantes del gnosticismo helenístico. Los misterios de Isis se celebraban en muchos lugares del Imperio romano, y también Osiris era conocido en todas partes por su nombre egipcio.

En la «Flauta mágica», de Mozart, se hace referencia a todo ello en la magnífica aria «Oh Isis y Osiris».

El mito de Osiris presenta muchas versiones, pero en conjunto de todas ellas se desprende que Osiris, como dios solar, es asesinado por su envidioso hermano Seth, el dios de la noche y de la muerte. Tras algunos acontecimientos míticos, la desconsolada Isis encuentra a su hermano y esposo. Le resucita, se posa sobre él adoptando la figura de un halcón y se hace engendrar un hijo, Horus, casi siempre representado por un halcón (Horus el joven). Isis tiene que separarse de Osiris, pero en el reino de los muertos él debe seguir viviendo como gobernante y protector de las almas. Isis será -en permanente contacto con él- la gran madre, la Anima Mundi; fecundará la tierra, cuidará de la vegetación, servirá a la humanidad y será venerada como la madre del dios solar Horus. Aquí encontramos un evidente paralelismo con la idea de María. Egipto dependía de las inundaciones del Nilo. Estas inundaciones traían la fertilidad. El Nilo avisaba en el momento en que el sol entraba en la constelación de Sirio. También hay versiones de que en aquel momento Osiris despertaba de su sueño eterno. Su imagen era llevada en procesión por todo Egipto a lo largo del Nilo, como renovador de la vida y representante de la vida eterna. Y en todo ello Isis era la mediadora, razón más que suficiente para venerarla en los posteriores misterios de Isis. En realidad, Isis y Osiris constituyen una unidad, como pareja de hermano y hermana y como dios y diosa en forma de aparición recíproca, velando Osiris sobre las almas celestiales e Isis sobre las terrenales. Isis es llamada también la «puerta de Osiris»; todos los egipcios que querían convertirse en un Osiris para vivir eternamente, debían pasar a través de Isis, por así decirlo. Por ello Johfra pinta también una puerta de templo encima de la cabeza de Isis, y Osiris se halla de pie entre las dos columnas (negativa y positiva, derecho y gracia). Son las mismas columnas de la cabala, los templos de la francmasonería, las columnas de Hércules, incluso las columnas de los antiguos santuarios germánicos, de los que aún pueden encontrarse vestigios en los tallados largueros de puerta de antiguas alquerías sajonas, en el este de Holanda, en Alemania y en Escandinavia; por lo tanto, es un símbolo universal. En la pintura de Johfra, entre Isis y Osiris se encuentra Venus, en la forma de una estrella de cinco puntas, el pentagrama.

La Virgen lleva en la mano izquierda un huevo transparente, dentro del cual arde un fuego. Es el símbolo primigenio del nacimiento y de la vida, la Pascua que siempre retorna,

como también el símbolo de la fertilidad, animado por una llama, que simboliza el fuego divino, la vida invencible. Es la vida que siempre vuelve a surgir de la muerte, o mejor, que desconoce la muerte, no la del individuo, sino que indica la pervivencia de éste, ya sea en las generaciones que le sucedan - en carne o en espíritu -, ya sea como vida reencarnada. En la otra mano la Virgen sostiene una espiga. En este caso es la diosa romana Ceres, representada así tradicionalmente, porque la espiga es también el pan y el pan, en la antigüedad, era algo sagrado. El alimento era santo, porque sostenía la vida; podría ser, pues, el pan eucarístico. Alrededor de la cabeza de la Virgen hay espigas y flores, que crecen en la espiga; de su vestido, que se confunde con el suelo, nacen plantas.

Entre los griegos, Virgo era - al principio - la virginal Calisto, hija de Licaón. Era una hermosa criatura de la naturaleza, tan escogida que Artemis (Diana) la recibió en su cortejo de ninfas. Virgo era demasiado bella para pasar inadvertida por Zeus. Este tomó la figura de Apolo, el hermano de Artemis y la atrajo hacia el bosque apartándola de sus amigas. Calisto sucumbió a la tentación, quedó embarazada, y durante el baño Artemis se dio cuenta de ello. Cubierta de oprobio, Calisto fue ahuyentada hacia el interior del bosque y Artemis, encolerizada, la convirtió en una osa. En el bosque alumbró a su hijo Arcas, y Zeus le llevó junto a unos padres adoptivos, con los cuales se convirtió en un gran cazador. En su figura de osa, Calisto vagó durante años por los bosques, inconsolable por la pérdida de su anterior condición y con el recuerdo de su hijo.

Un día se encontró con él y corrió para abrazarlo, olvidando que él no la reconocería. Arcas, asustado, hizo ademán de querer abatirla con su lanza. Sin saberlo, se habría convertido en matricida si Zeus no hubiese intervenido, arrebatándole la vida terrestre y colocándolo en el cielo como constelación.

Calisto, evidentemente, es entre los griegos menos importante que Isis en Egipto; tampoco entre ellos era la madre primigenia. Asimismo se ha conservado el nombre de Isis en las cartas del tarot y tal vez hubiera sido mejor que ello se repitiera en astrología, entre otras cosas porque la idea de Anima Mundi es mucho más antigua con respecto a Isis. Además, existe todavía otra versión griega sobre Virgo. En ella aparece Virgo como la hija de Zeus y de Themis, y protectora del derecho. Cuando vio que en la Edad de Oro de Grecia las leyes y la justicia eran conculcadas, regresó al cielo en forma de constelación. Por tanto, es un mito muy tardío, pero que encaja bien con la idea de la Virgo astrológica, porque el signo Virgo es crítico y objetivo, como lo saben bien sus nativos. La idea de consciencia corresponde también a este signo, no emocionalmente, sino comprensivamente, buscando siempre la unidad de todas las manifestaciones y experiencias.

El regente de Virgo es Mercurio, el mensajero de los dioses, y también el astuto dios de los comerciantes y de los ladrones, una curiosa mezcla. Pero por encima de todo es el dios razonable, una razón con la que él trata de escudriñar al mundo. Johfra lo pinta en la parte superior izquierda del cuadro, con las manos extendidas hacia una nebulosa espiral cósmica, como si quisiera abarcarla. En la pintura no aparece con atributos griegos, sino egipcios, porque Johfra lo ve como una derivación tardía del dios egipcio Thot, por lo menos en sentido astrológico y también por la afinidad con Hermes Trimegisto. Thot tuvo en Egipto tres aspectos o manifestaciones. Fue el sagrado mono papión o Cinocéfalos, según Plutarco. Fue el dios de la sabiduría, las leyes y los libros sagrados, pero también el dios de la luna y por ello, al mismo tiempo, el protector de la cronología y la aritmética. Esta es una de las razones por las cuales los griegos le

identificaron con Hermes-Mercurio. Está sentado en la entrada del mundo subterráneo, para conducir a las almas de los muertos. En un platillo de la balanza se encuentra el corazón humano; en el otro la «pluma de la verdad», con la que él escribe su sentencia en el libro de la vida de cada ser. A la derecha, encima, Johfra le ha reproducido con esta pluma, en el antiguo Egipto, Maat. La pluma de Thot es la medida de todas las cosas en el reloj de la verdad. Johfra le hace portador, en la otra mano, del sello planetario de Mercurio.

Otro aspecto de Thot es el sagrado Ibis, el escriba de los dioses, que representa lo oculto y la manifestación de sabiduría de Thot.

A la derecha de él, y debajo, encontramos dos Ibis: la sabiduría simbolizada por el libro abierto de la cabala judía con el árbol de la vida; aquí es parcialmente visible la famosa tesis matemática del griego Pitágoras, y el libro cerrado «M». Así, Johfra hace referencia a tres tradiciones de sabiduría, porque el legendario libro «M» se dice que fue encontrado en la tumba de Cristian Rosenkreuz. La letra «M» simboliza la Materia Mater, la materia primaria de la que se originó todo. No se trata de un verdadero libro, sino del estudio del cosmos y la naturaleza; más aún, del trabajo alquímico con la Materia Prima. En los escritos químicos que anteriormente mencionamos, como Las Bodas Químicas y la Fama Fraternitatis - la confesión de las hermandades de los rosacruces -, puede encontrarse más información sobre el tema.

El tercer aspecto de Thot, considerado también como su ayudante en el juicio de los muertos, es Anubis, el chacal, llamado Psicopompo entre los griegos en la época de los gnósticos. Anubis conduce las almas de los muertos hacia el paraíso, donde deben vivir eternamente, preferentemente identificadas con Osiris. Él transmuta así la vida en muerte y por ello Johfra pintó a la izquierda, abajo, junto al chacal, una retorta y el athanor, el horno de los alquimistas, en el que realizaban su obra de transmutación, ya fuese para hacer oro, para descubrir la piedra filosofal, el elixir de la vida, o para producir el llamado polvo de proyección. Hemos de considerar todo esto como un trabajo simbólico con la materia, que se consideraba divinamente animada y que continuamente produce vida, pero también como un paralelismo con la búsqueda de la sabiduría eterna. Anubis, el chacal, es también quien embalsamaba a los muertos, para que su manifestación corporal durase eternamente.

Dado que la alquimia se practicaba en una época en la que aún se creía en la doctrina de los cuatro elementos, vinculada también a la astrología, Johfra incluyó también en esta pintura los animales simbólicos de los cuatro evangelistas, que al propio tiempo son también los cuatro animales de la visión de Ezequiel en el Antiguo Testamento, y en el Apocalipsis de Juan en Patmos en el Nuevo Testamento. Según una antigua tradición, representan también los cuatro elementos. El ángel de la parte superior izquierda es Juan el evangelista, o sea, el elemento agua; el águila situada arriba, a la derecha (en la astrología el escorpión «elevado») es Mateo, el elemento aire; el león es Marcos, el elemento fuego; y el toro es Lucas, el elemento tierra. Johfra los pintó todos de oro para simbolizar la operación alquímica, la cual se halla bajo la protección de Hermes-Mercurio. Mercurio se reproduce a veces con una vara alrededor de la cual se enroscan dos serpientes, el símbolo que los médicos ostentan como su blasón profesional. Johfra las ha pintado arriba, a la izquierda y a la derecha, contra un fondo que representa la materia primaria, que es al mismo tiempo espíritu y materia, y que abarca la muerte y la vida. También representan el sopesar críticamente las cosas, el distinguir lo positivo y lo negativo.

Johfra las pinta aquí como una síntesis, porque las antítesis fluyen una hacia otra,

recíprocamente, por encima de la puerta de Osiris y en la luz cósmica, que desde allí irradia la nebulosa primaria que aparece en la parte superior.

Arriba, en lo más alto del cuadro encontramos la signatura que debe atribuirse a Miguel el arcángel, quien en la tradición mágica es equiparado a Mercurio, o es considerado como el protector de Mercurio, cuyo sello propio puede encontrarse tras de éste. Encima de Mercurio, vemos el sello del espíritu planetario olímpico Ofiel; arriba a la derecha, el signo del espíritu Taph Thar Tharath; debajo del cinocéfalo, el signo de la inteligencia planetaria Tiriel; y allí de nuevo, bajo el símbolo alquímico del pensamiento superior, comparado con Mercurius Sublimatus, el mercurio ennoblecido. Este metal líquido es llamado mercurio en la lengua secreta alquímica, siendo un elemento necesario en todos los ensayos de alquimia.





## **10. LIBRA**

La Balanza o Libra es un signo de aire. El sol se encuentra en este signo del 23 de septiembre al 23 de octubre. El planeta regente es Venus.

La persona que ha nacido bajo este signo tratará de buscar la armonía para sí misma, pero también deseará armonía para las otras personas. Los signos de los que ya hemos hablado hasta ahora están todos ellos muy popularizados - el «yo» frente a los otros o frente al cielo y la tierra, y el conjunto de conocimientos y experiencias acerca de lo que reside fuera de la personalidad - pero en el caso de Libra es diferente. Libra está en primer lugar respecto a los otros, y por ello, naturalmente, en equilibrio. También lo está con lo «completamente diferente», lo oculto o esotérico y metafísico.

El nativo de Libra es también una persona con un mensaje. Enseña gustosamente a otros la manera cómo deben vivir o pensar equilibradamente. A veces hace esto porque duda de sí mismo, ya que un Libra es también alguien que tiene dudas, que no siempre sabe cómo debe mantener en equilibrio los platillos de la razón y del sentimiento. Si pierde su equilibrio, trata de convencer a otros para que le escuchen. Si se le cree, entonces él mismo queda convencido de una verdad que quizá no era todavía completamente suya.

Como buscador del equilibrio, el nativo de Libra es, con frecuencia, una persona agradable. Odia todas las antítesis y polarizaciones demasiado exageradas, cuya utilidad no ve por ninguna parte. Le parece una tontería el polarizar, porque la verdad se encuentra en el medio (de la balanza). Izquierda y derecha le parecen igualmente buenas, si no se las saca del equilibrio que le otorga la influencia de su ascendente (suponiendo que éste sea Aries). Sin embargo, Libra no es un signo banal, irresoluto, carente de significado. Al contrario, no es equilibrado de una manera negativa o indiferente, sino positivamente. Él aboga por el camino del medio y se sentirá impresionado, por ejemplo, por la cultura china, si la estudia, a través de Confucio y Lao Tsé, y el I Ching le llegará al corazón. Si ponemos sobre un globo la línea ondulada del conocido símbolo chino del yin-yang (tal como fue originariamente el objetivo de éste, porque es un signo cósmico), se ven dos corazones que giran uno alrededor del otro. La punta inferior de un corazón tapa la entalladura del otro. Son ánima y animus en uno, símbolo también de la persona andrógina, en la que el elemento masculino y el femenino se complementan y por ello llega al desarrollo espiritual. Es también el símbolo del chakra indio del corazón, conocido por la literatura yóguica.

El nativo de Libra, en su mejor aspecto, deja hablar gustoso a su corazón, no sólo emocionalmente, sino también racionalmente. Así, puede ser calificado como una persona cordial. Esto no excluye que, en su sentido negativo, pueda ser calculador, porque para permanecer en equilibrio y superar eventuales dudas, su citada cordialidad es aplicada, también a veces, en beneficio propio. Entonces el nativo de Libra es un buen intercesor, que pondrá fin a una riña entre él y otros con soluciones plausibles. En ello cabe siempre la posibilidad de que el Libra escoja al revés, porque una reconciliación no siempre es la mejor solución. El Libra puede dejarse llevar - aunque no sea muy frecuente - por fuertes

simpatías y antipatías, que ponen en la balanza su sentimiento innato de la justicia. Pero en general, en su actitud conciliadora, el nativo de Libra no cometerá este error casi nunca.

Un Libra aprende rápidamente a volverse prudente con la experiencia. Es capaz de invitar a figuras contrapuestas - cuantas más mejor - a un banquete y allí hacer que se manifieste el estado de ánimo de cada comensal. Y a menudo lo consigue, porque todos los Libra saben por experiencia lo que es un equilibrio inestable.

El nativo de Libra tiende naturalmente a la estética, a la belleza, porque ello significa la expresión equilibrada en el arte del conjunto de elementos contrapuestos. Una pintura de Jerónimo Bosch u otros artistas medievales en que aparecen suplicios, el fin del mundo, descripciones del infierno, o monstruos asquerosos, debe valorarse en el sentido de que el autor la ha realizado «hermosamente» y porque la estética - escondida en el estilo - hace, para nuestra sorpresa, que lo repulsivo pueda ser atractivo. La belleza, pues, nos reconcilia con lo espantoso. Así, por propia estima, el Libra buscará la belleza y será amante del arte, porque lo feo en un platillo de la balanza y su reproducción bella en el otro platillo, equilibra la totalidad de la experiencia. El nativo de Libra podrá, por tanto, coleccionar arte, escuchar música que él mismo puede crear, o, por contra, juzgar fríamente las manifestaciones supuestamente bellas que puedan encandilar a otros seres.

Libra es regido por Venus, que no sólo es la diosa de la belleza, sino también del amor en todos sus aspectos. De nuevo encontramos aquí la conciliación en el mejor de los casos, porque el amor «sirve al otro», pero los celos en el lado negativo, porque todo amor comienza, en realidad, en el amor propio. Esto, empero, no es una mala cualidad, porque si alguien no se valora a sí mismo - incluso si se odia o abriga inclinaciones al suicidio - menoscaba el respeto que se debe a su persona y, con ello, el respeto a los otros. Por tanto, tampoco se ve correspondido en cuanto al amor. Para un Libra no es aconsejable relacionarse con un Escorpio, o tener este signo como ascendente, aunque haya quien opine de forma distinta.

El signo de Libra proviene de la más antigua astrología egipcia. Es el signo de Maat (que mencionábamos en el capítulo anterior), la personificación del orden cósmico y su irradiación dentro de las experiencias terrestres. Por ello la Justicia de ojos vendados sostiene la balanza en la mano diestra levantada. El derecho juzga sin distinción a las personas, como se dice solemnemente. De ahí también la venda, que excluye la emoción en la Justicia, razón por la cual el derecho legal y el derecho moral a veces no coinciden. Entonces es posible, como ya decían los romanos, que el mayor derecho se convierta también en la mayor injusticia. Y en esto suelen pensar los nativos de Libra, cuando emiten sus juicios sobre otras personas. Derecho y gracia son dos cosas, y la Justicia distingue mejor el primer concepto que el segundo.

En Mesopotamia, Libra era conocida originariamente por otro signo, o incluso más de uno. Las pinzas de un escorpión sujetaban el disco solar. Mas tarde, Libra fue Bur, dios de la luz, también representado por una lámpara, y hacia el año 2000 a. de C. fue aceptada la Balanza de los egipcios, entre los cuales era un signo antiquísimo; dicha Balanza fue adoptada con el nombre de Zibanitu, el medidor de las almas.

En el capítulo anterior que trataba de Virgo se dijo que el dios egipcio Thot, que manejaba la balanza, desempeñaba también un papel importante. El ponía el dedo índice de la mano izquierda sobre un brazo de la balanza, la diosa Hathor, situada a la derecha,

ayudando a mantener dicha balanza en equilibrio. Ya hemos dicho que en el platillo izquierdo está la pluma, Maat, casi siempre representada, en las manos de Thot, por la figura de éste como beduino, a veces también como mujer con una pluma en la cabeza, y asimismo como la hija de Ra. Ella es la personificación del orden cósmico. A la derecha de la balanza encontramos el corazón humano en un canopo (vaso de momificación), al que Johfra ha dado también forma de corazón. El corazón representa en Egipto el concepto de alma. El centro de la balanza está formado por la rosacruz, en la cual se enroscan unos zarcillos. La rosa es la flor de Venus, el símbolo del amor y de Cristo. De la cruz sale una mano, con el dedo índice levantado hacia arriba, señalando hacia la curva lemniscata o lenticular, el ocho acostado, o símbolo de lo eterno, donde se reconcilian las antítesis. Estas antítesis están simbolizadas en el sol y la luna, el día y la noche, como también el espíritu y el alma.

Johfra pintó aquí a Thot en la figura del sagrado Ibis, frecuentemente representado en Egipto como una figura humana con la cabeza de un ibis. Thot aparece con alas, porque tiene relación con el alma y porque ésta, a menudo, se ve representada como un pájaro. Puesto que el egipcio Thot es una manifestación de Mercurio, Johfra lo ha combinado con las dos serpientes del caduceo, como asociación con los misterios griegos. En el mandil volvemos a encontrar estas serpientes en combinación con el signo Ankh o Cruz ansata, símbolo de la vida eterna. En Egipto se conocía, asimismo, el símbolo de la doble serpiente. Las grandes serpientes están pintadas en rojo y azul, positivo y negativo, guardando equilibrio entre sí. También simbolizan el fuego de Kundalini, conocido por la literatura yóguica. Este fuego se abre camino hacia la nuca, a través de los dos «canales» situados junto a la columna vertebral. En la mano derecha, Thot sostiene también el signo de Ankh.

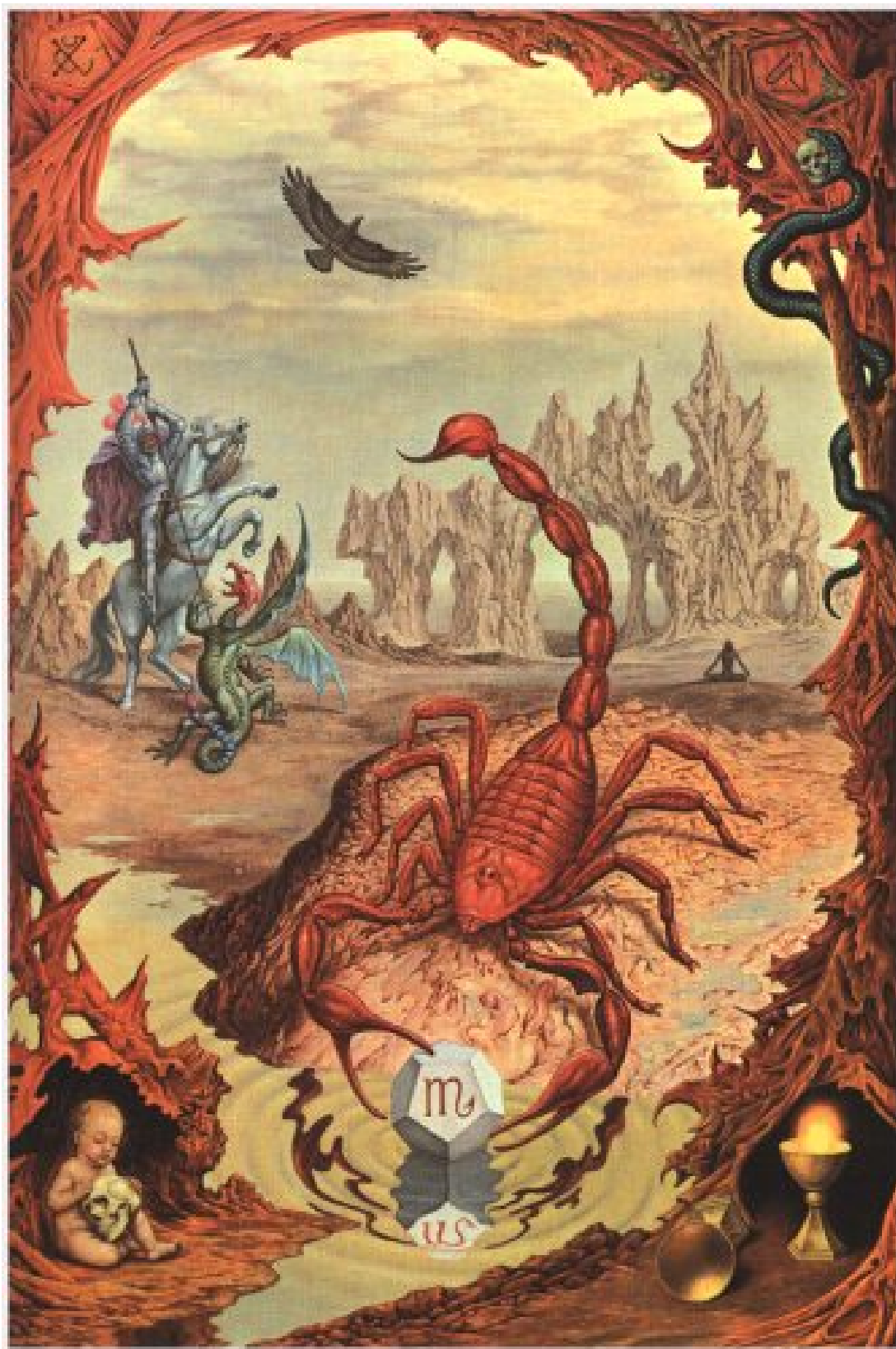
A la derecha debería hallarse Venus como regente, y en este caso Venus sería Hathor, la diosa egipcia del amor, de la alegría, la música y la danza. En algunas versiones es la esposa de Horus, venerada mucho más allá de Egipto. Una diosa del amor es, naturalmente, un arquetipo, un símbolo primigenio. Entre los babilonios era Istar o Astarté, dotada más o menos de las mismas cualidades, y entre los griegos, naturalmente, Afrodita; en Roma, Venus. Se la representa en figura de vaca o como una mujer con cuernos y orejas de vaca. Su nombre significa literalmente «casa de Horus», y esto hace de ella una diosa del cielo; algunos la equiparan con Isis, por su cualidad de virgen madre. En la mano depositada sobre el pecho, Hathor tiene el sistro, instrumento de las sacerdotisas. El óvalo abarca cuatro pequeñas serpientes de metal, varitas que producen sonido; los cuatro elementos representan la armónica consonancia de la creación. Entre los cuernos, Hathor tiene una estrella de siete puntas que simboliza la luz perfecta. Debajo aparece de nuevo el signo de Ankh en una forma algo modificada, como una cruz con un símbolo solar encima.

En las cartas del tarot puede encontrarse también la Balanza, en la forma del Carro de Osiris, en el que se halla sentado. El carro es tirado por dos esfinges, una blanca y otra negra, y a veces gobernado por el mismo Osiris, a veces por el Mago de la primera carta. Las esfinges representan el alma, el sentimiento y la emoción para el bien (blanca) y para el mal (negra). El conductor debe encontrar el equilibrio entre los sentimientos inferiores y superiores para gobernar bien el carro o mantener equilibrada la Balanza. Las esfinges

pueden encontrarse también en Johfra, una femenina y otra masculina, con un significado también algo diferente. Además de positivo (masculino) y negativo (femenino), representan asimismo en sus cuerpos los elementos y los cuatro evangelistas con su vientre redondo (tierra), garras de león (fuego), alas (aire) y cabeza (agua). Están sentadas sobre un suelo formado por bloques, un símbolo francmasónico del mundo dividido en sí mismo que, sin embargo, forma un todo, la armonía de los signos opuestos. Entre las esfinges hay un cubo de cristal. El cubo simboliza la piedra angular del templo de Salomón, o Cristo en el altar en los templos francmasónicos, aunque el de allí no es transparente. Johfra eligió el cristal, que deja pasar la vista, y dentro de él sitúa una bola de oro, símbolo cósmico y alquímico del germen de la vida. En su interior, el heptágono que rodea el signo de Libra simboliza Venus, porque es la séptima sefira en el cabalístico árbol de la vida, Nézach, tal como Hermes (hot) puede ser considerado como Hod (abajo, en la columna izquierda, frente a Nézach, situado a la derecha). Aquí volvemos a encontrar la razón y la sabiduría frente al sentimiento y la emoción.

Debajo del altar se halla el lirio, la flor de la serenidad, que es consecuencia de la obra armonizadora de Venus; una flor de Venus es pues, igualmente, la rosa sobre el altar, el símbolo del corazón, del amor y de Cristo. Encima se ve el símbolo del ying y yang como centro de una nube que se despliega como un abanico que abraza al cosmos. De esta nube surgen un par de manos con una llama que llega hasta la cruz, la base de la Balanza. Johfra adoptó esto a partir de la doctrina hindú. En la India el signo de Libra es un altar, en el cual arde el fuego que jamás podrá ser apagado.

Los sellos y signos planetarios aquí no están pintados, porque los de Venus ya han aparecido en el signo de Tauro. Cada planeta es regente de dos signos, por lo menos los llamados planetas «antiguos». Los más modernos, descubiertos en el pasado siglo, no han sido dotados de ningún signo porque la magia ritual en la que se utilizaban signos planetarios se hallaba entonces en su punto culminante.



## **11. ESCORPIO**

El Escorpión o Escorpio es un signo de agua. El sol se encuentra en él del 23 de octubre al 22 de noviembre. Su planeta regente es Plutón (dios de los infiernos entre los griegos); antiguamente el regente era Marte. Plutón fue descubierto en 1930 por Clyde William Tombaugh. Dentro de su simbolismo, Johfra se atiene a la versión antigua.

En muchos libros a Escorpio se le considera como un signo difícil de descifrar y tampoco nada fácil para convivir con él. Sin embargo, los rasgos principales de Escorpio son claros, aunque se basa también en un tabú. Es una cuestión de no querer saber, más bien que de no poder saber. Estos rasgos principales afirman que los Escorprios tienen que habérselas con las cuestiones más profundas referentes a la vida, la muerte y la sexualidad, y esto les suscita problemas. Para todos es evidente que la vida y la muerte tienen relación entre sí, y la psicología nos dice además que la sexualidad se comporta como el terceto de dicha trinidad. En la sexualidad se halla latente, por naturaleza, un fuerte deseo de vivir. Sin erotismo no habría nueva vida, pero por otro lado el erotismo está vinculado para muchos al deseo de muerte, o sea, es el efecto opuesto, ya conocido de los griegos. Como testimonio de ello ahí están Eros y Thanatos (la muerte), tan relacionados entre sí.

El Escorpio es alguien que vive con intensidad y trata de penetrar profundamente en las cuestiones de la vida. Arde sobre una potente mecha y a veces se ve chamuscado en ella. Es apasionado, no solamente en el amor, sino también en su trabajo y en el contacto con otros fuera de su radio de acción. Es poseedor asimismo de una gran firmeza, aparejada a la fantasía, sobre la base de fuertes emociones. Cuando se ve traicionado, es grande la posibilidad de que sufra de celos, sobre todo en el amor. De ello se derivan sentimientos rencorosos con los que se alientan obstinadamente. Son personas dinámicas, y por tanto atraen a muchas otras personas, sobre todo si quieren esperar un empujoncito en la espalda; y Escorpio se lo da gustoso. Aporta excitación a su entorno por su carisma, una fuerza de atracción magnética. Nadie quiere apartarse de él, ni siquiera teniéndolo como enemigo, porque su contacto vale la pena. No es ajeno a esto el hecho de que Marte sea su regente.

Un Escorpio no se lo pone fácil a sí mismo. Si su signo se encuentra en la octava casa, la de la muerte e iniciación (o reencarnación), esto puede, por un lado, suscitar el peligro de depresión y tristeza con relación a la muerte, y por otro lado puede llevarle a emprender la senda del misticismo. Necesariamente le acosa entonces la idea de que la vida y la muerte pueden tener otro significado que el cotidiano, es decir, que la muerte es algo tan natural como la vida. Si no encuentra paz en ello, entonces surge para él la idea de que la muerte es irrevocable. Si llega al convencimiento de que existe un más allá, ve por fin la luz en el extremo de su horizonte. Entonces, aunque ello no sea fácil, podrá reconciliar las antítesis en sí mismo y - como persona que ha vivido apasionadamente - también con los otros. Ascende sobre su propio yo, y, liberado de su coraza de escorpión, se despoja de su venenoso aguijón, tan peligroso para él mismo como para el resto de mortales,



convirtiéndose en un águila, animal que se usa también como símbolo para este signo zodiacal, en parte porque el águila es un ave de presa, pero al mismo tiempo porque sabe librarse de la vida terrestre y puede volar hacia el sol a gran altura, por encima de montes y valles, lo cual le hace prácticamente invulnerable. Los astrólogos llaman al Águila el «Escorpión elevado», lo que simboliza el ave que tenemos en el alma, un alma que se libera del cuerpo y de las preocupaciones terrestres. Pero no cabe olvidar que el Águila es algo muy opuesto al Escorpión que se arrastra por el suelo de un lado a otro, ocultándose debajo de una piedra. Sin embargo, facetas opuestas de la vida de un Escorpio debe originarse la irreprimible tendencia a la conciliación y a experimentar la unidad, y con ello se le puede abrir la puerta del misticismo.

En el antiguo Egipto Escorpio tuvo también otro signo: Typhon y Seth, un ser de dos colas de serpiente por piernas y rayos en las manos levantadas. Era el diablo egipcio, relacionado con la serpiente. En la antigua India, el signo de Escorpio era llamado la Serpiente Tenebrosa. En todas las religiones la serpiente desempeña un papel, siendo identificada a menudo con el dragón. Este Typhon pasa más tarde a una forma derivada, el mismo ser pero con una cabeza de gallo, armado con una maza y un escudo, desempeñando un importante papel en el gnosticismo helenístico, procedente originariamente de Persia, donde representa a Ahriman o el diablo. En el gnosticismo se le llama Abraxas, y bajo este nombre lo encontramos, en talismanes y en la magia ritual, hasta nuestra Edad Media, en la cual su nombre era considerado como una palabra mágica para conjuros. Todo ello se remonta todavía más lejos, a la serpiente del relato bíblico del paraíso.

Entre los egipcios, Typhon fue sustituido por el escorpión que nosotros conocemos, adoptado luego en Mesopotamia y más tarde por los griegos.

En oposición a los colores naturales de un escorpión, que es negro, pardo oscuro o blanco, Johfra lo ha pintado de rojo, un color de fuego que recuerda al regente Marte, el dios de la guerra. Recuerda también a las piedras rojas que corresponden a los nativos de Escorpio, la hematites, el coral rojo y el granate, las cuales cualifican a la persona luchadora, a veces un malvado, a veces un místico. Marte - y por consiguiente Escorpio - corresponde a la quinta sefira del cabalístico árbol de la vida. Cinco es también el signo del hombre con sus cinco sentidos y las cinco líneas del pentagrama, como sucedía entre los cataros, hacia el siglo XII, en el sur de Francia. Piernas, brazos y cabeza se encuentran en el relieve de tamaño natural de una estrella de cinco puntas o pentagrama. Por esto el pentágono corresponde también al ser humano, y Johfra profundiza todo ello mucho más. Las pinzas de su Escorpión tratan de coger el dodecaedro, uno de los «cuerpos pitagóricos», un cuerpo que consta de doce pentágonos regulares, que representa el paso del ser humano a través de los doce signos del zodiaco, algo para lo que un Escorpio tiene gran interés. El es, incluso, esa persona que quiere escrutar el curso de la vida. El Escorpión desea levantar el dodecaedro del agua, el elemento oceánico del que ha brotado toda vida, la materia primigenia. El Escorpión hace que se forme una pequeña ondulación en el agua, como la vida en la materia primigenia, que lleva consigo una dualidad, porque la vida produce la muerte y viceversa. El Escorpión ya no puede ver esa unidad, porque la dualidad le ciega. La pequeña ondulación del agua deforma en su vista su propia imagen. El dodecaedro aparece deformado en el espejo del agua. El hombre ve aquello que contempla como verdad en un espejo roto y nunca ve la verdad misma. Mediante las propias emociones

perturbamos la imagen de la verdad y así, también, las conexiones con nuestra relación respecto al zodiaco.

Johfra ha reproducido la lucha interna del Escorpión, el buscador de las últimas verdades, en la famosa lucha de San Jorge con el dragón, sabiendo que el dragón también representa al escorpión, como antes dijimos. San Jorge es un mártir legendario, uno de los santos más venerados de la Edad Media. Padebió el martirio en Capadocia, durante las persecuciones de cristianos bajo el emperador Diocleciano. Hasta el siglo XI no fue leyenda su lucha con el dragón. Esta lucha es un hecho arquetípico que aparece a menudo en todas las religiones. En el caso de San Jorge, éste tiene que salvar a una princesa que había sido ofrecida al dragón. Era la hija del tribuno de Capadocia de Libia. Naturalmente, él cumple su tarea. Una leyenda afirma que San Jorge mató al dragón; otra dice que volvió tan inofensivo al dragón que éste pudo ser llevado en una procesión. En algunos países de Europa hubieron hasta después de la Edad Media procesiones en las que se conducía al dragón vivo, pero vuelto inofensivo. Simbólicamente, esto se relaciona con el hecho de que el dragón o la serpiente es también el fuego de kundalini de los yoguis, la energía chakral que hay en nosotros, que ciertamente podemos dominar, pero no podemos impedir que muera. Esta energía se relaciona con la sexualidad y considerada arquetípicamente corresponde a la imagen de una princesa, una figura de «ánima», que debe ser salvada como símbolo de la transformación de la sexualidad «animalesca» en un erotismo que también es beneficioso para el espíritu. San Jorge es, pues, el Escorpio que vence al dragón para con ello rendir honor a la princesa, o sea, a lo femenino que hay en él mismo, para alcanzar el equilibrio.

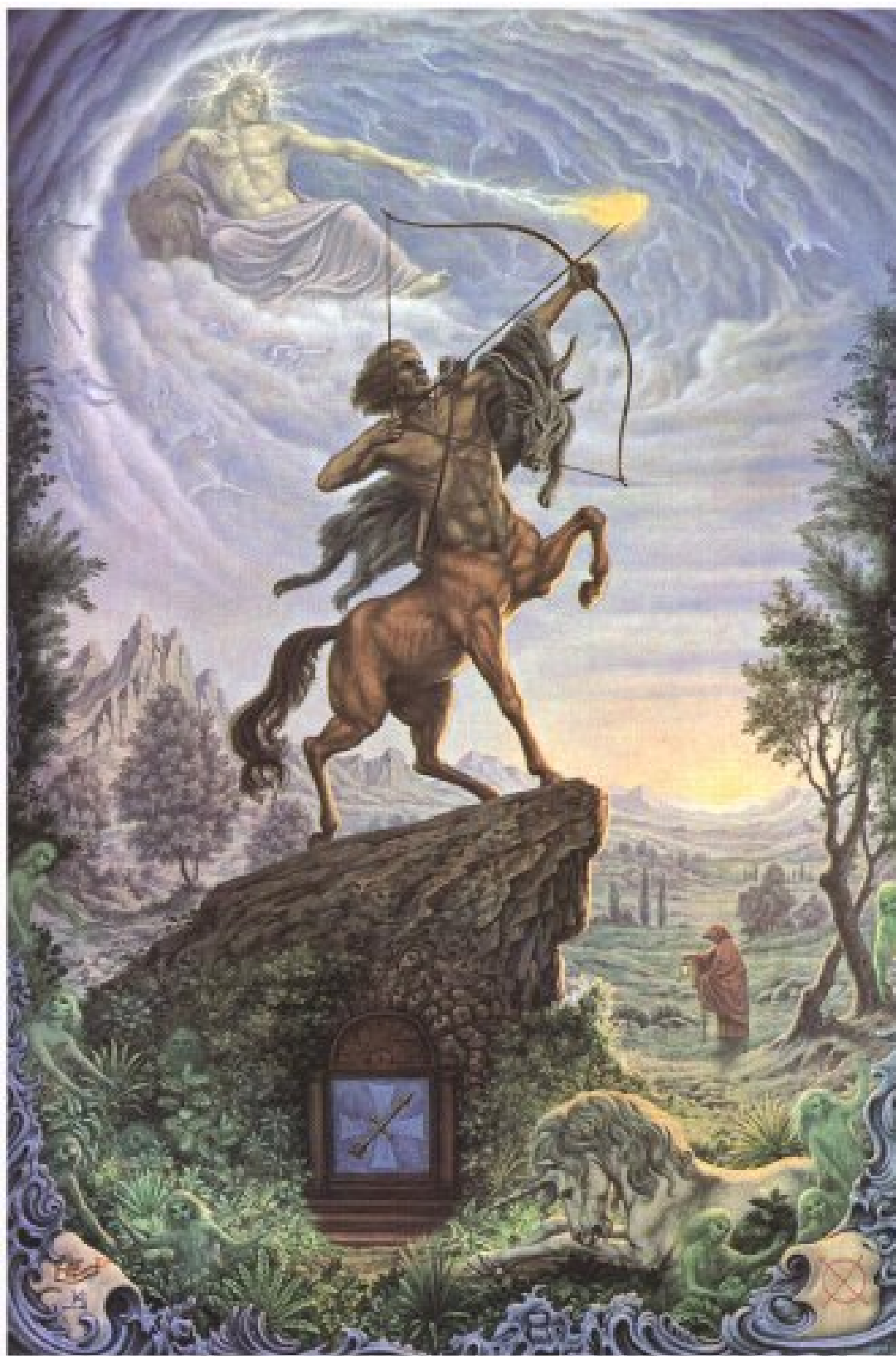
Johfra no ha pintado a la princesa, porque en él la victoria en la lucha interior ya está expresada simbólicamente en el águila que asciende, el otro signo de Escorpio, cuyo carácter ya hemos descrito anteriormente. Vuela hacia el sol y su figura equivale a Kether, la primera sefira del árbol de la vida cabalístico, porque de hecho representa el autosacrificio de Escorpio, ya que San Jorge, a pesar de su heroica proeza, sufrió la muerte por martirio. Por estas razones Johfra pinta a al derecha de la cola del escorpión, en el desierto, un yogui, símbolo del hombre que a través de la renuncia y la mortificación avanza en la transformación de su espíritu y en la liberación de su ego de los impedimentos terrestres.

Arriba y a la derecha, vemos a la serpiente del paraíso, indicada antes como símbolo, ilustrada por Johfra con una calavera en la boca. Mediante el encuentro con la serpiente, explica el relato del paraíso, el hombre tuvo acceso al conocimiento, pero también a la diferencia entre el bien y el mal. Se convirtió en un ser dualista, material y mortal, expulsado del paraíso del pensamiento inconsciente, en el que el árbol del paraíso pervive, manifestado de vez en cuando.

A la izquierda y abajo aparece un niño, también con un cráneo, símbolo de la muerte y de la vida que se renueva. Este símbolo es usado a menudo por los pintores holandeses de cuadros que tratan acerca de la vanidad de las cosas humanas, los cuales bosquejaron pinturas simbólicas en las que también aparecen cálices. Johfra pinta dos cálices; uno de ellos está derribado. Es la antigua idea gnóstica de la muerte del viejo ego, acontecida para que el segundo cáliz pueda llenarse con la luz sagrada, un nuevo pensamiento espiritualizado, lo que en antiguos textos se cita como «la luz que brilla en las

tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron». A esa luz bien comprendida es a la que aspira el Escorpio.

Arriba, a la izquierda, encontramos el sello planetario de Phalegh, perteneciente a Marte, y a la derecha la signatura de la inteligencia Graphiel, de nuevo dos figuras angélicas, que en el gnosticismo y la magia ritual desempeñan un claro papel en los conjuros. Marte no está representado, porque ya aparece en la pintura de Aries. Pero sí lo están las agresivas maneras de obrar de Marte, simbolizadas en el borde ornamental, lleno de pinchos que rodean al cuadro.



## **12. SAGITARIO**

El Arquero o Sagitario es un signo de fuego. El sol se encuentra en este signo del 22 de noviembre al 22 de diciembre. El planeta regente es Júpiter.

Si en el capítulo anterior vimos que Escorpio buscaba la síntesis, la unidad de los contrarios y la antítesis como vida y muerte, al Sagitario le ha sido deparada la visión de esta unidad. La visión, efectivamente, porque si alcanza lo que desea, también puede verlo. En él todavía está latente el dualismo, simbolizado por el hecho de que es a la vez hombre y caballo. Pero apunta hacia un objetivo elevado, mira hacia adelante, hacia lo espiritual y no puede al mismo tiempo mirar hacia atrás, hacia su cuerpo de caballo. Sin embargo este cuerpo es útil, porque, además de simbolizar lo animal, refleja también un signo de fuerza, de la que el Sagitario no puede prescindir cuando quiere hacer valer su figura semihumana que representa el espíritu.

No debe sorprender que Sagitario, en su juventud, sea más caballo que humano, y a veces de forma atolondrada. Puede hacer de todo, aprende de todo y se deja adiestrar como un caballo de circo, para ejecutar con placer sus habilidades, a ser posible con aplausos. Más tarde esto se convierte en una verdadera profundización en objetos que le parece que valen la pena. Incluso puede volverse filosófico, pero se trata de una filosofía en la que se concede predominio a la naturaleza. Le interesa más la «planta primigenia» de Goethe que las náuseas de Sartre, porque se siente más atraído por la filosofía de la naturaleza. La causa de ello reside en su afán de libertad. Le agrada tanto aprender del libro de las experiencias personales como del libro de la naturaleza. Esto puede, a menudo, inducirle a emprender largos viajes, queriendo olvidar su casa y entorno propio. Le preocupa la reputación del cónyuge infiel, pero en esencia no se trata de una verdadera infidelidad. Es fidelidad a sí mismo el hecho de que se vea obligado a considerar algo más elevado que la fidelidad a otra persona. Pero en la mayoría de los casos tratará de buscar un compromiso entre las dos formas de fidelidad. El no quiere solamente ir hacia adelante, sino que necesita hacerlo. A menudo tiene ante sus ojos un fin espiritual, y para él significa una satisfacción descifrar tal problema. Posee para ello la necesaria perspicacia y su flecha es el símbolo para lograrlo. Esta flecha puede ser disparada con fuerza, lo cual indicará que Sagitario, en un momento lúcido e inspirado, ve ante sí la solución de un problema difícil y sabe expresarla con palabras atinadas. Le gusta también reunirse con personas que tengan un claro entendimiento y espera lo mismo de su compañero más íntimo. Su cuerpo de caballo no le resulta satisfactorio en el amor.

Sagitario puede llegar a ser frecuentemente un excelente profesor, o también un instructor en diversos campos, ya que el abanico de su experiencia suele ser muy vasto. Puede procurar información en toda clase de temas, puesto que es capaz de profundizar en diversas cuestiones. Ahora bien, ¿cómo llega Sagitario a esta condición polifacética que, no

obstante, puede ser englobada en un solo punto?

El signo de Sagitario es la flecha dirigida hacia arriba. Es un signo antiquísimo, usado desde que el hombre utiliza flecha y arco; ello ocurre desde la Prehistoria, cuando el hombre era todavía un cazador. Con flechas se indican el camino los cazadores unos a otros; con flecha y arco debían procurarse carne a diario, en circunstancias con frecuencia peligrosas, que exigían actuar de manera consciente acerca del objeto que se perseguía. Por tanto, tampoco es extraño que esta flecha pueda encontrarse como signo zodiacal en Egipto, y también a lo largo del Eufrates en Mesopotamia, donde más tarde aparecerá un arquero arrodillado, que paulatinamente evoluciona hasta nuestro conocido Sagitario, para el cual sirvió de modelo el centauro griego Quirón.

Quirón era una figura taumatúrgica, uno de los personajes heroicos griegos. El mito refiere que Quirón, hijo de Phylire y Cronos, en su juventud, fue molestado una vez durante el coito. Echó a correr con un trote tan rápido que se convirtió en galope y entonces se transformó con su famoso cuerpo de caballo. Su madre, Phylire, muy asustada y avergonzada, se transformó en un tilo. Pero Quirón no se desalentó por ello. Regresó al mundo de los hombres y llegó a ser un gran maestro. Enseñó al semidiós Esculapio hijo de Apolo y de Coronis, con tanta perfección la medicina, que era capaz incluso de resucitar muertos. Hades, príncipe de los infiernos, se quejó de ello a Zeus, porque empezaban a faltarle almas de difuntos. Zeus se interpuso con su rayo entre ambos y mató a Esculapio, pero le elevó al mismo tiempo al lugar de los dioses. Y como dios de la medicina, con su vara alrededor de la cual se enrosca una serpiente, fue uno de los dioses más venerados en los hospitales de los templos, en la antigüedad clásica. Quirón había educado a Esculapio desde su tierna infancia en su cueva, a la cual Apolo había llevado a su hijo, tras matar por celos a la madre de éste, Coronis. También el famoso Jasón, el caudillo de los Argonautas, fue educado por Quirón, al igual que Aquiles y Eneas. Simón Vestdijk, en su novela «Aktaion onder de sterren» (Acteón entre las estrellas), presenta también a Quirón como un gran maestro, porque polifacético como era, no podía limitarse a la enseñanza de la medicina, sino también a otras materias, tales como la caza y la filosofía.

Sin embargo, Sagitario, como figura, no siempre fue concebido como medio caballo y medio hombre. En el Próximo Oriente se le encuentra también como medio macho cabrío y hombre y en algunas reproducciones arábigas como medio tigre, con una cola que termina en cabeza de dragón. Probablemente este último, esté influido por la China, donde este signo es un tigre.

Puesto que el ciclo de la luz termina en el signo de Sagitario, es decir, el solsticio de invierno, el sol poniente se considera también como el signo de Sagitario, por lo menos en el zodíaco chino clásico, que precedió a nuestro zodíaco, que en la China sólo conoce animales. Este solsticio de invierno combina el caballo-hombre con otras figuras más. Entre los germanos, Wótan era el gran maestro montado en un caballo, quien, además, hacia el 21 de diciembre venía a distribuir sus dádivas, una razón por la que la primitiva iglesia le cristianizó como San Nicolás y más tarde como San Martín quien - también a caballo - cortó su capa en dos mitades para dar una de ellas a un mendigo. Nuestra noche de San Martín deriva de este hecho. Así es como una figura simbólica adopta nuevas formas, pero la idea fundamental puede tener una antigüedad de siglos. La docencia de Sagitario viene

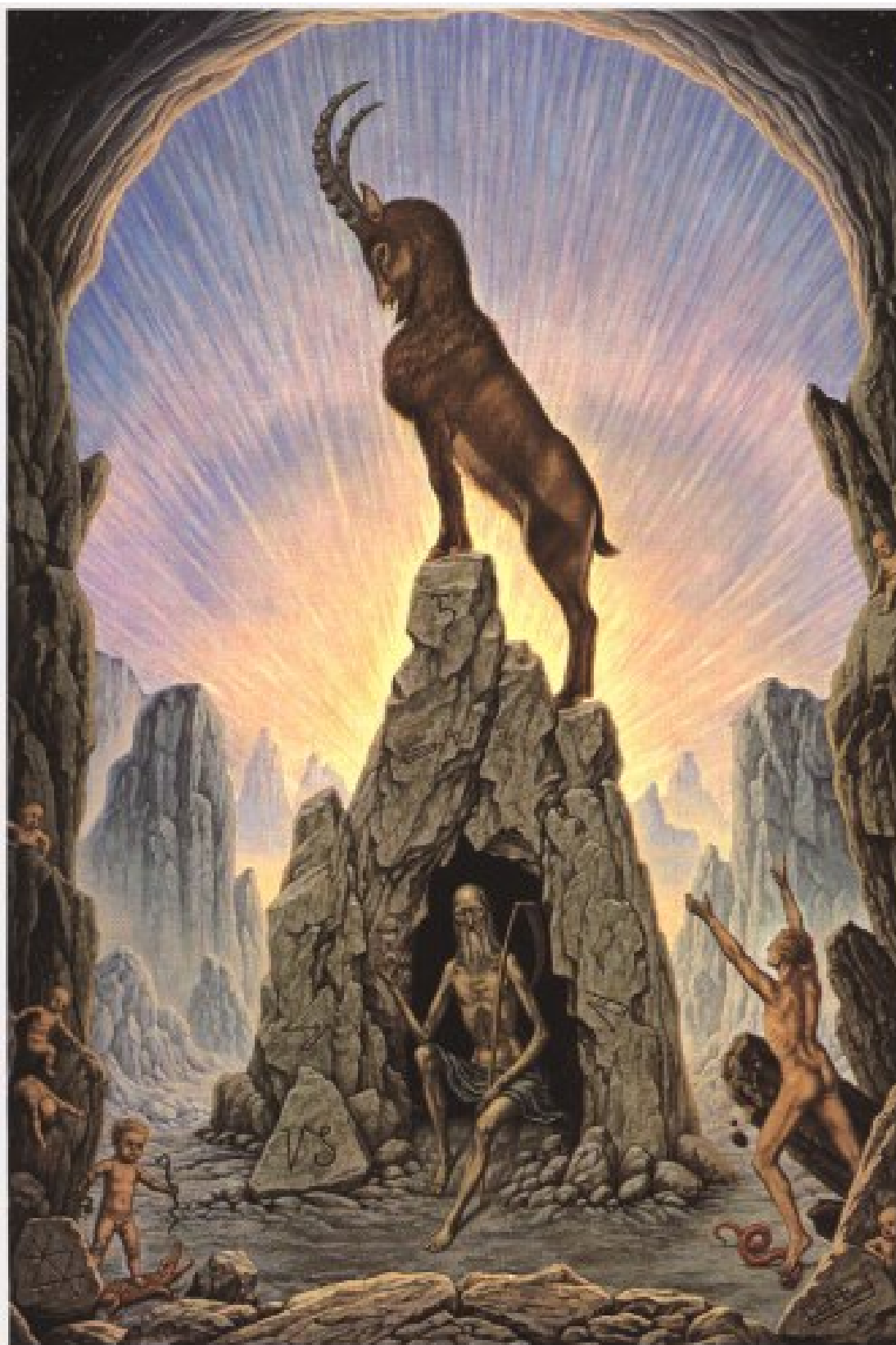


también confirmada por el hecho de que en el tarot aparece representado como el Ermitaño quien, apoyándose en su bastón, recorre con su luz el mundo para llevar a otros la sabiduría. Pero el Sagitario que es de esta manera, debe olvidarse, por así decirlo, de su cuerpo de caballo. Johfra medita sobre esto y pinta debajo del Ermitaño un unicornio, que en realidad es un caballo con un cuerno en la frente, pero en la tradición cristiana era el símbolo de la serenidad y el protector de las doncellas. En la tradición clásica esto debió haber sido diferente, porque cabe también explicarlo como símbolo freudiano.

El «Ermitaño», la novena carta del tarot, representa a un anciano que con una lámpara ilumina su camino hacia la sabiduría suprema. Johfra lo pinta como símbolo en su «Sagitario».

El regente de Sagitario es Júpiter, en griego Zeus, divinidad que en la mayoría de los casos es benéfica, no despegado de la naturaleza terrestre y menos discreto con las doncellas que el unicornio, para gran enojo de Hera, su olímpica esposa. Júpiter es el dios de la exuberante vegetación en la naturaleza. Si no fuese un poco atemperado por Marte, la naturaleza de la tierra resultaría incluso excesiva y sofocante. Si se coloca a Marte en el cabalístico árbol de la vida en la columna izquierda, en la quinta sefira Geburah, que significa la ley de la fuerza, en la parte opuesta, la de la derecha, en la otra columna, podría colocarse a Júpiter en la cuarta sefira (chesed, o amor y gracia).

Júpiter se aviene con Sagitario, que es también un ser de la naturaleza. Johfra ha pintado, pues, la naturaleza lo más exuberante posible, sin pasar por alto el hecho de que las almas astrales vegetales pueden materializarse en espíritus femeninos de la naturaleza, elfos o ninfas, que él hace surgir en el verdor, provocando tal vez la envidia de las caras petrificadas en la roca sobre la cual se yergue el Arquero, porque al fin y al cabo la naturaleza también petrifica. Zeus no es exclusivamente benéfico; es menos poderoso que la muerte, a pesar de que ataca con rayos a sus enemigos. Pero «como es arriba, así es abajo»; también en torno a él flotan en el aire figuras angélicas, quizá las almas de caras petrificadas sobre la puerta de la muerte, que también es la naturaleza. Encima de esta puerta encontramos en relieve, en el medio arco coronado por dos columnas a la izquierda, el signo del espíritu planetario Hismael y a la derecha el de la inteligencia planetaria Yophiel. A la izquierda, abajo, en la escultura, vemos el sello rojo del espíritu planetario olímpico Bethor, y debajo de él el signo de Zaquiél. En el margen derecho se encuentra el propio sello del planeta Júpiter.



## **13. CAPRICORNIO**

La Cabra montes o Capricornio es un signo de tierra, en el cual el sol se encuentra del 22 de diciembre al 20 de enero. Saturno es el regente.

Si Sagitario es un idealista de alto nivel, Capricornio busca también ese alto nivel, siempre sobre una roca, pero de forma realista. Sagitario es espíritu, Capricornio es forma. El primero trata de realizar el fin que persigue en la vida práctica, a veces dando forma a imágenes; más frecuentemente, sin embargo, a sistemas que le caracterizan como un buen funcionario o contable. Por tanto, mediante una diligente aplicación y una buena memoria para los detalles (forma) puede ascender a profesiones como la de ingeniero o de persona erudita. En ello, el Capricornio es guiado por la sinceridad, determinación, ambición y paciencia. Si quiere escalar una alta cima, la mayoría de las veces lo consigue. Sin embargo, lo hará prudentemente en altos niveles, porque no le gusta ver cómo se desmorona el suelo bajo sus pies y se precipita en la mediocridad. Esta posibilidad la ve muy claramente cuando se vuelve demasiado dogmático o mezquino y su entorno se le forma amenazador. No obstante, la mayoría de las veces no tiene que habérselas con un simple entorno, al menos no interiormente, ya que sabe desenvolverse muy bien a solas. Entonces se mostrará casi siempre callado, pero cuando diga algo será algo atinado y asazonado con agudo humor. También puede suceder que tenga accesos de depresión. Probablemente sea que haya encontrado en su camino a Saturno, nuestro Padre Tiempo, que en cierto aspecto puede representar la muerte, pero también el anuncio de una nueva vida, porque el solsticio de invierno acaba de pasar y se aproxima el nuevo año.

En el segundo capítulo pormenorizamos bastante en la Cabra montes o Capricornio, como ejemplo de una figura arquetípica que desde la remota Prehistoria hasta nuestro tiempo se ha considerado como un símbolo, incluso como una forma enmascarada de Satán. Se trata de una falsa interpretación fomentada por la Iglesia que siempre calificó de diablos a todos los dioses de religiones ajenas a la suya. En la antigua Mesopotamia, como ya dijimos, se describía a la cabra montes junto al árbol de la vida, un símbolo del paraíso. Más tarde, en Babilonia, se convirtió en el pez-macho cabrío, reproducido en el zodíaco como el macho cabrío con cola de pez, igual que una sirena. Se llamó entonces Kusarikku, representado también como pez-carnero.

Luego fue la divinidad babilónica Ea, el macho cabrío del océano subterráneo. También se le representaba como un macho cabrío dentro de una concha, algo parecido al cangrejo ermitaño.

En el antiguo Egipto este signo era Anubis, el dios de los muertos, con figura de chacal y acompañante de las almas en los infiernos. Los egipcios adoptaron posteriormente la Cabra montes. Entre los griegos puede observarse de nuevo la afinidad, porque ellos relacionaron la Cabra montes con el dios Pan, que tenía cuernos y patas de macho cabrío.

Se creía que Pan nacía cada año el día del solsticio de invierno - indicado por Capricornio - y moría durante el solsticio de verano. Esta figura de Pan se convierte luego en nuestro Satán, posteriormente el dios cabrío de Mendes o el Baphomet de los templarios, una figura adorada durante las misas negras, aquelarres de brujas y en la magia ritual. A través de todo ello cabe relacionarlo con las Saturnales, fiestas de los romanos en el solsticio de invierno, que por el nombre recuerdan tanto a Saturno como a los sátiros. Según el mito, las figuras de Pan participaban también con afán en las desenfadadas fiestas, en las que era costumbre dar la libertad a esclavos para que pudieran iniciar una nueva vida o se celebraba el símbolo de la vida nueva que llegaba después del solsticio de verano, en la dilatación de los días. Desde antiguo, pues, Saturno se aviene con Capricornio o la Cabra montes, que desde su alta roca contempla mejor que los mortales, la luz del sol, que trepa hacia las cumbres de las montañas.

No obstante, no siempre fue Saturno el protagonista de estas fiestas. Originariamente era el dios primigenio Kronos, que riñó con su padre Urano y con su hoz le cortó los testículos en horrible lucha. Esta hoz no la llevaba después porque hubiera de convertirse en la guadaña del Padre Tiempo, como lo pinta Johfra. Es que él era el dios de la agricultura y del otoño, también llamado «el gran arquitecto», uno de los prototipos, por lo tanto, que se considera que trajeron a la humanidad la civilización. Ahora bien, este Kronos poseía asimismo algunos rasgos muy poco humanos. De la lucha con su padre ya hemos hablado, pero puesto que él creía que sus propios hijos no serían mucho mejores, engulló a los cinco vivos. Por un ardid de su mujer se salvó su sexto hijo, Zeus, y por otro ardid los hubo de vomitar a todos vivos y sanos. Esto le granjeó, naturalmente, el mote del «Tiempo que todo lo engulle», aunque ello se produjo mucho más tarde. El concepto griego que ha trascendido es Chronos y no Kronos; el dios del tiempo propiamente dicho se llamaba Opportunitas. Plutarco, que también equiparó los nombres de los dioses egipcios - según el carácter - con los de los dioses griegos, fue el primero en cometer ese error con respecto a Chronos (el tiempo), pronunciado exactamente igual que Kronos, identificándolos el uno con el otro. De esta «pseudomorfosis» se originó luego la figura de Kronos con una guadaña en vez de una hoz, y más tarde con el famoso reloj de arena y otros atributos más, a veces incluso con alas en los pies. Fue identificado por los romanos con Saturno, el planeta más lejano, más frío y más lento, con lo cual Kronos-Saturno se convirtió cada vez más, en pinturas y mitos en un hombre anciano, y más tarde en la muerte con su clásica guadaña, olvidándose que, en realidad, era originariamente portador de la luz.

Saturno se ha convertido en el dios de la depresión y la melancolía, un viejo personaje que nos amonesta sin cesar con el «memento mori», el recordatorio de la muerte, inserto en sus labios. En la Edad Media también se representó a menudo a los hijos terrestres de Saturno, o sea, los nativos de Capricornio, como mendigos flacos y viejos, quienes con aire disgustado caminaban hacia el ocaso de su vida. El «Hijo pródigo» de Jerónimo Bosch, visible en el Museo Boymans-Van Beuningen, es uno de tales hijos de Saturno, aunque el título es erróneo. Tales «hijos», a veces, en su camino hacia la iniciación que les debe conducir al renacer, los encontramos a decenas en pinturas medievales y, más a menudo, en el Renacimiento.

Johfra se atuvo al concepto renacentista y vio a Saturno convertido en Padre Tiempo, con guadaña y reloj de arena, y sentado delante de una caverna abierta en la roca. Esta caverna representa el nacimiento de «un nuevo señor», tal como Giselberto de Vondel lo anunciaba cuando, tras la noche de Navidad, sale por la puerta lateral. Otra vez nos encontramos aquí con un concepto muy antiguo. Durante el solsticio de invierno nace el dios persa Mitra en la cueva de una roca, y también Hermes, Zeus, Apolo y Dionisos, e incluso Cristo en un establo, que se muestra como cueva del Nacimiento en Belén. También él es un «héroe solar», nacido en la «noche de Navidad, más bella que los días», citando nuevamente a Giselberto. Las cuevas siempre han sido lugares de iniciación y, por tanto, de milagrosos «renacimientos». Y puesto que Saturno aparece aquí sentado ante una de tales cuevas, puede ello significar el cambio para el Capricornio a veces deprimido, que por primera vez ve la luz del sol, pero que también se halla próximo a la iluminación interior (si pone lo mejor por su parte). Capricornio es calificado también, en la astrología esotérica, como la puerta de la iniciación, la superación de Saturno por la nueva luz, mediante la cual es barrida la noche de la inconsciencia.

Entre los elementos accesorios de la pintura encontramos a la derecha al joven Apolo desnudo, el dios solar griego, saliendo de las limitadoras rocas saturninas. Con su pie izquierdo aplasta a Apepi, la egipcia «serpiente de las tinieblas», también identificada con el Escorpión. A la izquierda, en primer término, aparece el joven Hércules con una serpiente en cada mano. Refiere el mito que Hércules era uno de los hijos de la unión de Zeus y Alcmenae, sobre lo cual ya hablamos anteriormente. Hera, la esposa de Zeus, no estuvo de acuerdo con ello y envió dos serpientes sumamente venenosas hacia el dormitorio de Alcmenae, donde Hércules se hallaba durmiendo en la cuna. Nadie se atrevía a acercarse, pero Hércules se despertó cuando las serpientes se enroscaban a su cuello. Rápidamente y como si fuera un juego, se liberó de la estranguladora presión y con cada mano apretó y mató a las dos serpientes. Por consiguiente, he aquí otro héroe solar que, por si fuera poco, Johfra coloca con un pie sobre un cocodrilo, una de las personificaciones egipcias de la «serpiente tenebrosa». Hércules era uno de los hijos más queridos de Zeus, quien, criado en una cueva, escapa al canibalismo de su padre Kronos, criado por la cabra Amalthea. Por ello, algunos ven en esa cabra la figura de la Cabra montes (Capricornio) según la versión griega, y en todo caso queda enriquecida en otro aspecto la predominante relación de Kronos-Saturno con Capricornio. Otra faceta de Saturno es que también puede identificarse con Binah, la tercera sefira que aparece sobre la columna del cabalístico árbol de la vida. Binah, elemento femenino de Yahvé, es la madre primigenia y, por tanto, también del tiempo del cual todo nace y vuelve a perecer, un pensamiento auténticamente saturnino.

A la izquierda, junto al pequeño Hércules, se encuentra grabado en la roca el sello del planeta Saturno, donde se distinguen dos triángulos, ya que el triángulo es el símbolo matemático de Saturno. A la izquierda, junto a la caverna de Saturno, abajo, vemos el signo astrológico de Capricornio; encima de él el signo del espíritu planetario Zazel; sobre la gruta la signatura tripartita del arcángel Casiel; debajo de las patas anteriores de la Cabra montes el sello de Saturno mismo, y a la derecha de él, junto a la entrada de la gruta, el signo de la inteligencia planetaria, Agiel.





## 14. ACUARIO

El Aguador o Acuario es un signo de aire. El sol se encuentra en él del 20 de enero al 19 de febrero. Urano es el regente de Acuario.

El nativo de Acuario es una persona humanitaria, atractiva por su idealismo y por su inventiva. Está abierto a nuevas ideas, las tiene él mismo y las estimula en otros. Tiene mentalidad de inventor, pero su actividad se desarrolla más bien en el mundo de las ideas que en el de la materia. Se le encontrará a menudo en las filas de los que quieren rechazar la maquinaria de la sociedad para dar una mayor oportunidad al poder de la naturaleza. Se preocupa por el medio ambiente, sobre todo por consideraciones humanitarias. Piensa en ello de una manera racional e inteligente. Cuando busca apoyo en su intuición, no albergará ninguna quimera ni se dejará vencer por las emociones. A menudo es una persona original, interesada en la política, a veces con un vehemente sentimiento social, pero no siempre socialista en el sentido dogmático. Cuando trabaja en un puesto de subordinado no es un asalariado envidioso, sino alguien que en su modesto cargo trabaja para mejorar el mundo. El bienestar humano reside para él más bien en el corazón que en la prosperidad material, es decir, predomina en él la espiritualidad sobre el materialismo. En general, el Acuario es una figura positiva, aunque en él puede haber cierta pedantería, cuando sus ideas no tienen aceptación o no le interesan las de otro, y eso a veces puede hacerle parecer negativo. Cuando forcejea consigo mismo - cuando sea idealista en extremo -, puede convertirse en una persona falta de tacto que deriva de independiente a excéntrico. Su contextura social adquiere entonces rasgos de rebeldía. Sin embargo, no pondrá tan pronto manos a la obra porque en él la fraternidad no es ninguna palabra vana, y a menudo vive en el convencimiento de poder dar un mensaje de orden espiritual al mundo.

El Acuario presenta también un aspecto especial. Él es, o llega a ser, la «persona del futuro» y parece que siente las cosas intuitivamente. Poco antes de que comenzase nuestra era, la humanidad se encontraba bajo el signo de Piscis. Por el desplazamiento del punto vernal en treinta grados, que dura 2156 años, empezará dentro de poco la era de Acuario. Naturalmente, tales períodos de tiempo se superponen parcialmente. Cuando disminuye la influencia del sector del cielo de Piscis (no la influencia de la misma constelación, porque solamente la posición de los planetas en relación unos con otros en cada sector es de importancia esencialmente astrológica), hace ya tiempo que esta aumentando la influencia de Acuario. Puesto que Johfra, en su pintura, dio intencionadamente más importancia a Acuario como concepto y período que a la persona individual nacida bajo este signo, me veo en la obligación de escribir algo acerca de las expectativas relacionadas con esta nueva era.

Los astrólogos hace ya años que escriben que están esperando un período de mayor humanitarismo, menos polarización y más espiritualidad, unido todo ello a grandes descubrimientos e invenciones. Estas invenciones serían, por decirlo así, menos materiales que hasta ahora. Los inventos de los últimos siglos tienen mucho que ver con la

transformación mecánica de la energía en movimiento. Los movimientos circulares de las ruedas ocasionan, mediante cigüeñales, movimientos lineales o viceversa. Sobre ruedas redondas se mueven vehículos en dirección horizontal. En los inventos del siglo pasado, con el funcionamiento de las palancas se resolvieron numerosos problemas relativos a la gravedad. Gradualmente llegó un cambio, con la época de la electricidad, primeramente como fuente de energía para la «anticuada» mecánica, y cada vez más con aparatos que funcionan de manera no mecánica. El antiguo gramófono era un instrumento puramente mecánico con transmisiones; el pick-up eléctrico también tenía partes movibles; la radio ya no. Y así probablemente progresará la electrónica hasta el transporte de energías e información (en realidad, manifestaciones recíprocas) por medio de circuitos, o sin hilos. La técnica se desmaterializará, por así decirlo, o mejor, hará más con menos material. Esto cuadra con la física moderna y con la cambiante imagen del mundo. Los sabios se ocupan más y más de las leyes de la radiación, de la desmaterialización de la imagen molecular y atómica, y reconocen y reconocen que existe una materia prima de la cual se derivan todas las formas de manifestación en criaturas, por medio de una ordenación en neutrones, protones, deuterones o como quieran llamarse. No existen partículas materiales indivisibles, sino modelo de energía que determinan la índole de las sustancias «sólidas» construidas por medio de ellos. La famosa fórmula de Einstein «E es MC al cuadrado», ya no será solamente un concepto matemático (y, por tanto, simbólico), sino aplicable en el sentido práctico a los aparatos del futuro que quizá aún no podemos imaginar pero que deberían comportarse, con respecto al radiotelescopio, como éste con respecto al anticuado planetario mecánico.

Con todo ello cambiará la visión del ser humano, incluso su modelo de pensamiento. Su consciencia se dirigirá cada vez más por procesos inmateriales y el lenguaje de estos procesos será el simbolismo, matemático y también los antiguos símbolos religiosos, cuya simultaneidad en la astrología es ya un hecho desde hace algunos milenios. Lo que ahora es el sueño del típico nativo de Acuario será - así lo esperan los astrólogos con inclinaciones esotéricas - el distintivo de la humanidad que ha entrado de lleno en la era de Acuario.

Simbólicamente se podría afirmar que en la era de Piscis, que casi ha terminado, las «ideas han sido infundidas en la materia», han determinado los acontecimientos terrestres. El símbolo de Cristo es, desde hace siglos, el pez, y las ideas cristianas trajeron más luchas terrestres que algunas otras religiones; parecía maravilloso adaptarse a la evolutiva y tecnocrática manera de ver las cosas. Acuario quizá significa que ha de surgir un equilibrio entre idea y experiencia material, que este período significará de nuevo una ascensión en sentido espiritual, simbólicamente una «ascensión del pez a los cielos», que haga del nativo de Acuario una criatura menos materialista. Si vemos la marcha de toda la humanidad como un curso fluido a través de los signos zodiacales, y que de este modo va evolucionando, entonces esto sería posible. Esto es válido también para el desarrollo espiritual del hombre, que necesita su propio período acuario como conclusión de la violenta lucha que comenzó en Aries y que parece terminar en Piscis, pero que en realidad inicia un renacimiento. La aparente paradoja se oculta en el hecho de que en la sucesión de los signos zodiacales, para el hombre de Piscis viene después de Acuario y para la humanidad al revés. Esto depende del hecho de que las agujas del reloj del «gran año» se mueven hacia atrás. El nativo de Acuario que ahora, por así decirlo, personifica al

advenedizo del último desarrollo del hombre, en el próximo período será el primero y podrá identificarse con las fuerzas que le estimulan para que dé lo mejor de sí mismo. Ahora, él es el profeta del tiempo venidero.

Pero volvamos al pasado. El signo de Acuario ha conocido más figuras y ha sido relacionado con cierto número de dioses análogos. En el antiguo Egipto Hapi, el dios del Nilo, fue representado con dos toneles de agua de los cuales se originaba el Nilo. Puesto que el Nilo era de tan vital importancia para los egipcios, Hapi era un dios dispensador de vida, afín a Osiris, de cuyo trono también manaban corrientes de agua. Y con ello volvemos a encontrarnos con el concepto de que el agua y el espíritu son manifestaciones simbólicas recíprocas. El océano primigenio es, asimismo, el espíritu universal creador; el agua de Osiris es también espíritu, y la de Hapi es su manifestación material. En el signo de Acuario, esta idea es de la mayor importancia. En Egipto, el signo aparece también simplificado por un sencillo vaso, un canopo. Entre los sumerios de Mesopotamia, el signo consistía en una urna con agua, llamada Gu, posteriormente Gula o La Grande, simboliza en la figura de una mujer, la diosa que salvaba las almas de la muerte y las despertaba a la nueva vida, como también gobernaba sobre los embarazos en la tierra. Más tarde parece que fue identificada con Rea, la madre primigenia babilónica, que del océano primario (el caos) creó la materia. Entre los quechuas, la más antigua civilización del Perú, Acuario es llamado «El tiempo de las aguas», y tiene, por tanto, el mismo carácter.

Volvemos a encontrar una misma afinidad en las cartas del tarot. Existe un relieve babilónico en el que aparece una diosa que vierte agua de un vaso a otro. En la carta del tarot número 14 vemos exactamente lo mismo, a través de los dos vasos antes mencionados y Gula; esta manifestación guarda, pues, afinidad con el Aguador. Además, la carta del tarot número 17 muestra la Estrella, también una mujer (pero ahora no como ángel o diosa, aunque desnuda) con dos vasos. El uno lo vacía en un estanque, el otro en la tierra. Está rodeada de estrellas. Esta imagen hace pensar, naturalmente, tanto en Hapi con sus dos vasos -de los cuales hace nacer al Nilo- como en el mismo Aguador, que derrama el agua del espíritu en la materia y la vierte sobre la tierra. En las esfinges significa la cabeza humana que posee el espíritu, luego también el elemento agua. Ahí está el cráneo como si fuera un cáliz, tal como el cáliz del Grial es un símbolo del despertar espiritual y el beber del cáliz de la misa también debería anunciar el renacer espiritual.

Así, la idea del Aguador parece haber ocupado a los espíritus místicos durante siglos y de esta idea se han originado muchos simbolismos. Johfra entronca con esta idea de un modo claro. En él la antigua versión del «hombre con el jarrón» es una figura que vierte agua como un velo de nubes, simbolizando la mezcla de agua y aire, porque el Aguador simboliza el elemento aire. Este velo desciende sobre siete flores de loto que representan los siete chakras del aura humana, equiparables a los siete centros nerviosos más importantes, que son influidos por ellos. A través de estos «órganos de luz», que casi siempre se representan en forma de rayos giratorios, el hombre aspira, por así decirlo, la atmósfera espiritual del Acuario. Esto debería invitar al hombre a una reacción, sobre todo a una iniciación en sentido espiritual. Los movimientos que fluyen de los velos están captados por Johfra de la imagen de remolinos de aire y humedad como la que se origina cuando corrientes rápidas encuentran obstáculos en túneles de viento aerodinámicos y aparatos semejantes. Johfra ve en ello una comparación con el lenguaje de formas del período del estilo modernista, que se considera como una primera reacción a la era de

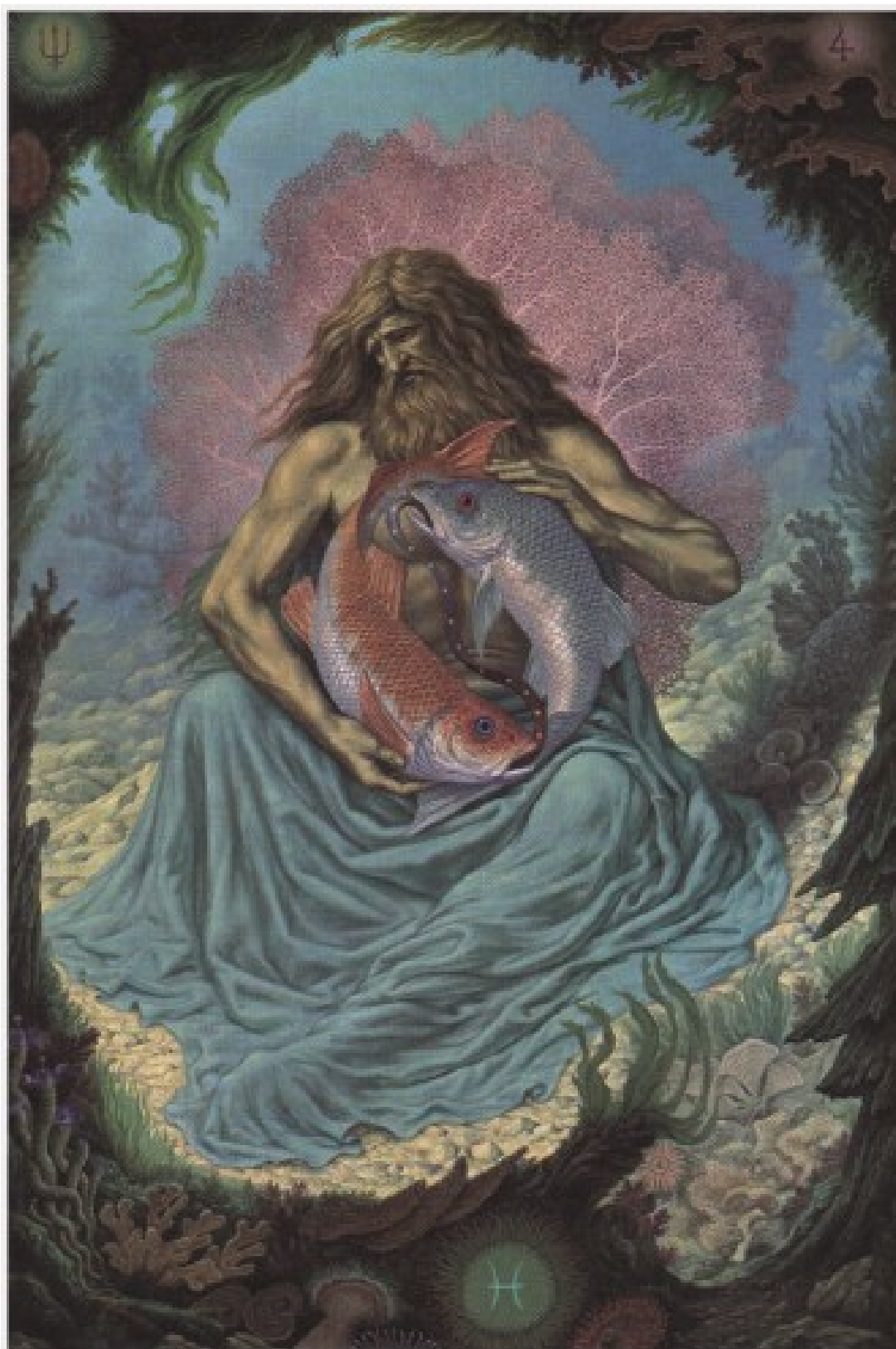
Acuario.

A la izquierda de los remolinos se origina un camino y en él vemos un peregrino que se dirige hacia un cráneo en forma de puerta. A través de esta puerta llegará al Mont Salvat, la «montaña de la salvación» en la cual se encuentra el castillo del Grial, con la iglesia del mismo. El cráneo o puerta de Saturno significa la muerte simbólica del hombre de mentalidad materialista y el despliegue de formas de consciencia superiores, o sea, un renacimiento espiritual.

Johfra recuerda con este cráneo el hecho de que Saturno era antes el regente de Acuario, algo comprensible, porque la idea de muerte y la irrupción de una nueva vida espiritual se corresponden en cierto modo. No obstante, el carácter inaugural y sobre todo renovador del Acuario no llegaba a expresarse de manera satisfactoria, debido también a que la idea de Saturno ya domina al anterior signo de Capricornio. Así, los astrólogos se libraron de este compromiso cuando Wiliam Herschel descubrió Urano en 1781. El símbolo de Urano posee una «H» (arriba y a la izquierda en la pintura); con ello los astrólogos quisieron honrar a Herschel. El tardío descubrimiento tuvo fascinados a una generación de astrólogos. Los más jóvenes, sobre todo, se atuvieron cada vez más a Urano, mientras que las generaciones anteriores al principio de aferraban a Saturno y más tarde a una doble influencia. A base de analogías con lo que sucedía en la tierra, Urano obtuvo su importancia. Por una parte al principio ocurrió que la imagen del mundo exclusivamente racional de la primera mitad del siglo, en la que fue descubierto Urano, ofreció nuevo espacio a contenidos irracionales. Volvió, titubeante, la magia ritual; surgió la francmasonería; el movimiento rosacruz ganó influencia en diversas agrupaciones. Todo esto significaba una tendencia a las iniciaciones, a re-vitalizar sistemas simbólicos que habían caído en desuso. Cada vez se prestó mayor atención al tarot y los primeros escritos sobre doctrinas indias y otras doctrinas orientales adquirieron importancia para Occidente. Junto a ello se desarrolló una nueva tendencia en la ciencia y en la técnica. Se pasó de la botella de Leyden a la batería y al acumulador, al electromotor. Se había iniciado el período electrónico, la nueva ciencia, desde el antiguo globo al viaje espacial de hoy. Si suponemos que las influencias de los planetas sobre la tierra son perceptibles y pueden leerse en los acontecimientos, entonces podemos prolongar la comparación y hacer responsable de ello a Urano, con un ulterior desarrollo por Neptuno y por Plutón, descubiertos en 1846 y en 1930, respectivamente. Puesto que se trata de planetas lejanos y de movimiento generalmente lento, los astrólogos que se ocupan de ellos sostienen que se trata de vastas predicciones políticas y que, por consiguiente, pueden abarcar continentes y largos períodos de tiempo.

Johfra consigue que Acuario y la puerta de Saturno estén iluminados por Urano como un sol espiritual, una máscara con rasgos joviales y esperanzados que irradia luz, una estrella en medio de un aura con los colores del iris en la que los colores de todo el cuadro parecen amortiguados; una gama de colores con el lila como matiz más importante, que lo eleva a un experimento espiritualizado y a un cautivador motivo de meditación.

Puesto que Urano era desconocido en la Edad Media, junto a este planeta no hay signos, sellos y firmas de índole mágica asignados a los espíritus planetarios, arcángeles, ángeles e inteligencias subordinados al mismo. Por consiguiente la pintura tampoco los contiene, salvo el signo, bosquejado posteriormente, para Urano, antes mencionado, y en la parte superior derecha el sello de Saturno.



## 15. PISCIS

Peces o Piscis es un signo de agua. El sol se encuentra en este signo del 19 de febrero al 20 de marzo. Neptuno es el regente.

Las aguas tranquilas tienen fondos profundos. Silencioso nada el pez entre los fondos y la superficie del agua, que es su firmamento. Lo que él ve del cielo es una imagen imprecisa y ondulante. Pero también es un íntimo mundo verde, una parte propia de la tierra, un elemento propio.

¿Puede parecer extraño que alguien que haya nacido bajo el signo de Piscis cause a veces la impresión de vivir ajeno a la realidad de este mundo? Exteriormente, el Piscis es una persona modesta, servicial y sobre todo sensible. No es ajena al nativo de Piscis la tendencia a soñar despierto, hasta que se siente atrapado y vuelve a su trabajo, casi siempre en beneficio de otra persona. El Piscis puede arreglárselas bien en una vida ordenada, pero prefiere ser descuidado, seguro en casa, en su pequeño mundo. Sus contactos: con otros son, también a menudo, contactos aparentes que Piscis mantiene para hallarse completamente fuera del mundo y de sus exigencias. También lo hace porque es una persona emocional y no quiere manifestarlo a todo el mundo. En un ambiente duro, Piscis ha aprendido que las emociones no deben exhibirse. En el mejor de los casos escogerá una profesión en la que pueda encontrar la forma de expresar sus emociones más o menos libremente. De un Piscis puede desarrollarse un buen artista, un actor, por ejemplo; y de una mujer Piscis una enfermera. Los Peces tienen una inclinación natural a hundirse en sí mismos, hasta descender a las profundidades del subconsciente. No es raro que sean también médiums y les atraiga lo oculto, otro campo distinto a lo cotidiano y terrestre. A ello conduce el carácter soñador de Piscis.

Pero existe también otro tipo de Piscis. Es el Piscis que no nada sin rumbo, el que ha encontrado una dirección. Puede compararse con el salmón, que a través del océano de sus obligaciones cotidianas nada hacia el lugar de su origen. Allí nació y allí engendrará la nueva generación, un símbolo, por lo tanto, del ideal de una fuente primaria. Ofrecerá su vida para volver a encontrar este camino. Se le puede comparar, pues, con el Orobouros, la serpiente con la cola en la boca, el tiempo sin comienzo y sin fin. Puede llegar en este caso a convertirse en una persona con un mensaje místico, y por ello habrá que agradecer probablemente el que a Cristo se le haya atribuido el signo de los Peces.

Con el signo de Piscis concluye el ciclo del zodiaco. La persona que en el signo anterior ha franqueado la puerta de Saturno, se ha apartado de lo terrestre y se ha reunido con el océano primigenio que produjo la vida. Simbólicamente ha alcanzado la eternidad, y el nativo de Piscis ha dado en su actividad vital, hoy por hoy, un paso adelante, al tomar como modelo el camino del salmón. Durante su vida terrestre conocerá momentos mediúmnicos en los que se sentirá separado del tiempo y en que la suerte que le haya correspondido es lo intemporal. Entonces se habrá convertido en un «soñador ascendente», un soñador positivo que comprende intuitivamente el simbolismo de su sueño, que vive a



dos niveles (él es un signo doble), pero que a través de la correa de siete estrellas que le une al otro yo seguirá percibiendo, sin embargo, la unidad interna. Piscis es uno de los signos más antiguos. Entre los indios quechuas este signo se llama también Pez. Es uno solo, como también lo era en la antigua Mesopotamia, donde, no obstante, también se conocía la Correa como signo, el cordel o cuerda que pasó a unir los dos peces, cuando se convirtió en un signo doble. En Babilonia fue también Ea, mitad humano, mitad pez. A veces se le representa con un hombrecillo en una mano y una escuadra en la otra. Por el historiador Berosio es llamado Joannes, conocido como Jonás por la Biblia.

Aquí el mito se desdibuja. Ea fue uno de los dioses que trajeron la cultura; surgió del océano para enseñar a los primeros hombres cómo debían vivir. En el relato bíblico, Jonás fue engullido por un gran pez cuando al principio se negaba a ir a predicar a Nínive la manera como debía vivir el pueblo. Cuando se hallaba cerca de la ciudad, fue vomitado por el pez para que cumpliera con su deber. Joannes desempeñó un maravilloso papel. De Juan el Evangelista se piensa que fue a predicar el evangelio al este de Jerusalén y allí fundó una iglesia, la iglesia nestoriana, que se aparta algo de la fe cristiana occidental. Algunos piensan que la población le veía como un Joannes que retornaba, un recuerdo de su dios Pez, que había traído la cultura. La cristiandad occidental conservó también un recuerdo de Juan, y este recuerdo fue más vivo cuando uno de los patriarcas orientales, llamado sacerdote Juan (Preste Juan), durante el tiempo de las cruzadas fue conocido por el rumor de que había peleado con los cristianos contra los musulmanes. En la Edad Media perduró la leyenda de Preste Juan, que llegó a tener olor de santidad. En el Renacimiento se conocía todavía el vínculo existente entre Johannes, Juan y el pez. En la Santa Cena de Leonardo da Vinci, Juan está representado como un Pez. Como es sabido, la predicación cae bajo el signo de Piscis y a los predicadores se les llama, a veces, «pescadores de almas».

Johfra encontró una hábil solución para el hecho de que Piscis es un doble signo dentro de una unidad. Los pintó azul y rosa en la forma del símbolo yin y yang de los chinos, el signo de la dualidad resuelta. El símbolo viene representado, por así decirlo, por Poseidón, llamado Neptuno entre los romanos. Antes este signo fue asignado a Júpiter. Después del descubrimiento de Neptuno en 1846 por John Couch Adams y U. J. J. Leverier, los astrólogos reconsideraron sus posiciones. Y lo hicieron a base de asociaciones. Júpiter es el bienhechor en la tierra, y en ella cuida de una exuberante vegetación. Neptuno hace lo mismo bajo el agua. Es un dios paternal y además un hermano de Júpiter. Otras consideraciones llegaron tras varios acontecimientos acaecidos después de 1846, que no coincidían con Júpiter, y con ello pudo crearse una caracterología para Neptuno. La pintura de Johfra puede, por tanto, mostrar el signo de Piscis, arriba a la izquierda el de Neptuno, y arriba a la derecha el de Júpiter, pero sin signos, sellos y signatura mágicas.

## **16. EL LENGUAJE DEL ALMA**

El simbolismo es el lenguaje del alma, y el mito es la pared en la que se escriben los signos de este lenguaje. Es bueno leer estos signos; ello significa enriquecimiento espiritual. El que lee y habla este lenguaje, llega a una consciencia muy extensa. Aprenderá también a comprender sus sueños, porque el sueño se expresa en imágenes, que son los símbolos de experiencias que yacen escondidos en nuestro subconsciente. La revelación de estas imágenes y el hallar la explicación a las mismas puede llegar a curar atormentadoras frustraciones, tensiones excesivamente intensas, e incluso neurosis.

Muchos símbolos son antiquísimos. Viven en el espíritu del hombre en forma de los denominados arquetipos y no pueden morir. Se han convertido en una parte del subconsciente humano general. Una generación, por así decirlo, la transmite a la siguiente. El tiempo y la distancia no son ningún obstáculo para ello. Alguien en occidente puede sentir que en sí surge el impulso de anotar un sueño que le resulta extraño. Si lo estudia, podrá descubrir que quizá ha soñado una leyenda china o un cuento que los esquimales se relatan unos a otros. Algunas personas han tenido, para sorpresa suya, un sueño en una lengua completamente diferente de la que ellas hablan. Puede tratarse de un sueño arquetípico, quizá originado como una serie de símbolos en aquel otro país, o transmitido desde allí. Hay quien puede hacer un dibujo que es un símbolo de otra parte del mundo y que él nunca ha visto. Los símbolos viven una vida propia muy fuerte; van adonde quieren aparecer y surgen siempre allí donde son necesarios, para hacer evidente alguna cosa. Constituyen efectivamente una fuerza y son portadores de una determinada energía. No me refiero únicamente a la energía que exigen de la persona que está pensando, que se ocupa de símbolos y la comprensión de los cuales siente de pronto como una iluminación que le depara una nueva fuerza. Existe también otro tipo de energía. «Los pensamientos son fuerzas», se dice. La telepatía demuestra que los pensamientos o imágenes «emitidos» por una persona pueden ser captados por otra. Esto ya demuestra su carácter energético. La formación de imágenes significa hacer que se origine un determinado tipo de energía mental. La imagen misma queda cargada con esta energía, por lo menos así se puede explicar de la manera más sencilla posible. Si una imagen es «pensada» por miles de personas, por millones quizá, entonces esta carga se vuelve más fuerte. En este caso la imagen o símbolo, cobra, por así decirlo, una vida propia, y el que la capta participa de alguna parte de esta energía. El hombre lo ha sabido siempre y también ha hecho a veces un uso negativo de ello. Determinadas acciones lo recuerdan. Así, por ejemplo, el hacer la señal de la cruz, como lo hacen los católicos, o el pronunciar mantras, como sucede en Oriente. Si se hace con mucha atención no es ningún gesto vano, sino la comunicación con una fuente antiquísima de energía. Si se hace un verdadero ejercicio desde dentro de un sistema de meditación, un mantra, cualquier símbolo transmitirá una energía cada vez mayor, que barrerá los otros pensamientos, aportará relajamiento y luego, quizá, suscitará el fenómeno que se llama la «iluminación interioro en la antigua literatura sobre el tema, y una «experiencia culminante» en la psicología más reciente.

Cuando se lee el antiguo y conocido relato, que pervive en gran número de versiones, de que un sacerdote levantando una cruz y repitiendo el recitado o el canto de una oración expulsa un «espíritu», lo dicho ya no resulta tan extraño. No se piense en exorcismos, como se ve en películas como la del mismo título, una burla barata y sensacionalista, que ofrece una imagen distorsionada. Si se observa tal hecho como el despertar, por un lado, y la represión, por otro, de tensiones psíquicas que reaccionan a símbolos, mediante lo cual abre a la vida una situación de equilibrio en una persona o en su ambiente, entonces se está más cerca de la verdad. Se ha hecho uso de la energía que cualquier símbolo representa, para canalizar otras energías. Lo descrito más arriba es propiamente lo mismo que hacer uso de fuerzas internas que se liberan en la meditación y se refuerzan mediante el símbolo en el que quien medita se concentra.

¿Cómo se aprende a hacer uso de la fuerza de los símbolos? ¿Cómo se aprende a entender el lenguaje del alma? Hay un gran número de sistemas de meditación, de los cuales los orientales han llegado a ser los más conocidos. Frecuentemente van asociados o precedidos por ejercicios de yoga, consistentes en adoptar toda clase de posiciones físicas. Entonces el cuerpo se convierte en un vehículo «purificado», como se suele decir para preparar un espíritu cada vez más receptivo. Sin embargo, los sistemas orientales son difíciles, aunque muchas personas opinan que deben ser probados.

Hay todavía otro medio que conocemos desde hace mucho tiempo, pero que hemos olvidado. Consiste en abrir la puerta a la receptividad para la imagen. El niño tiene esta receptividad, y los sabios, como antiguamente los chamanes y más tarde los sacerdotes tenían todavía esta receptividad, revestían sus enseñanzas en imágenes. Narraban mitos sobre las relaciones entre el hombre y los dioses. En realidad, componían un relato a base de símbolos. Un mito es una sucesión de símbolos en una determinada relación lógica y también asociativa, frecuentemente también análoga a otro relato simbólico. Tal mito es simbólico o alegórico, es decir, es una serie de imágenes (o cuentos) que se suceden lógicamente y que hablan más a nuestros sentidos que a la razón analítica; por lo tanto, más a la consciencia abierta y algo ensimismada que, unida sentimentalmente a las emociones, experimenta los textos y las imágenes de una manera diferente a la del puro y sobrio pensamiento. Una comparación: un niño cree en San Nicolás aunque a menudo imagina que se trata de una leyenda y de un cuento, pero experimenta una gran felicidad unida a la «idea de San Nicolás». Frecuentemente, a algunos niños les sabe mal que sus padres les cuenten esta verdad sobre San Nicolás. Con ello se les ha arrebatado un «sueño». Bien; de la misma manera que los niños - y los que han permanecido infantilmente receptivos - piensan que tiene sentido todo lo relacionado con San Nicolás, tienen también sentido todos los mitos. Se debe creer receptivamente, porque el sentido es distinto de los valores que el pensamiento racional nos aporta a diario. Se trata de otros valores, que afectan más bien al alma que la razón.

Si todas las comparaciones son odiosas, también lo es mi comparación de San Nicolás. Es demasiado superficial. Si se trata de mitos reales, como los que se hallan contenidos en las enseñanzas religiosas de egipcios, griegos, babilonios y chinos, todos ellos pueden tener más significado que la leyenda de San Nicolás. Entonces pulsaremos cuerdas más profundas. Estas cuerdas resonarán con lo que leemos o vemos, y esta consonancia será una energía espiritual del mismo orden que la carga antes mencionada, que el símbolo lleva consigo por naturaleza. Los pueblos más antiguos pensaban de un

modo tan racional como nosotros, pero lo hacían analógicamente, es decir, con sistemas de símbolos afines entre sí, aunque también sistemáticamente. Conocían la unidad de todos los opuestos, la unidad «detrás de las cosas». No eran más tontos que el hombre occidental, quien realmente ha accedido a muchos logros en el pensamiento. Pero este pensamiento es sobre todo analítico.

El hombre occidental ha analizado todas las experiencias y las ha reducido a la casualidad, que afirma que causas mensurables tienen también efectos mensurables. En el plano de lo sumamente pequeño, una figura como la de Einstein ha apartado al hombre de esta idea. Existe también una relación no causal, otro orden, en el que las cosas ocurren espontáneamente y no según la mencionada ley. Esto es un paso adelante hacia el mundo del «milagro», no explicable por medio de la física o de la lógica. Ahora bien, el mundo del mito y del símbolo requiere de ese paso, o mejor todavía, de un gran paso, para que el hombre se atreva a entrar en ese mundo del milagro, en el que dioses, hombres, animales, e incluso flores y piedras son elementos cambiables, a condición de que se conciba todo ello simbólicamente. Entonces el milagro anunciará su verdad, no pareja a la lógica, y tampoco dirigida a la sobria razón. Entonces el milagro hablará con el lenguaje del alma. Necesitamos un lenguaje distinto del lenguaje cotidiano; el lenguaje de las imágenes, los símbolos, los mitos, las leyendas, los cuentos y las alegorías. Es el lenguaje del inconsciente, que tiene necesidad de imágenes oníricas para poder expresarse. También es el lenguaje de algunos poetas, que aún no han olvidado el uso del lenguaje de las imágenes y del simbolismo, porque son capaces de escuchar lo que surge del inconsciente. Es el uso mágico de palabras de poetas como Marsman, que en 1936 hace en una poesía un prelude de su propia muerte, su fin en un barco, pero «reunido con su sombra blanca», que es su alma, su onírica mejor mitad. Esta sombra blanca es también la Beatriz de Dante, que en la Divina Comedia, tras un viaje a través de todos los signos del zodiaco, coge de la mano al poeta y le conduce hasta la luz más elevada. Entonces Dante experimenta un éxtasis, un momento de transporte, una «experiencia culminante» que, sin embargo, debe compartir y transmitir a otros expresándose en un lenguaje de imágenes. Él crea entonces un mito, su famoso poema. Él narra en imágenes y símbolos toda esta experiencia. De un modo diferente y más sobrio no es posible transmitir dicha experiencia; él -y otros- tiene necesidad del simbolismo. Pero estos mismos otros - «Elckerlyc» en Mariken van Nieumeghen, o «Everyman» en parecidos relatos ingleses de misterio - pueden participar en lenguaje simbólico del éxtasis místico cuando escuchan «el lenguaje del alma».

Para los griegos, este lenguaje del alma era aceptado en general desde tiempos remotos, cuando el hombre «aún entendía el lenguaje de los animales», como se dice algunas veces. Los animales tienen, pues, también una forma de lenguaje, a veces una forma muy complicada. Sin embargo, ellos no reaccionan de una manera racional, sino instintiva. El hombre ya no lo hace así. De su instinto se desarrolló una cosa diferente, una forma superior, que llamamos sentimiento en vez de instinto. Cabe encontrar también con la intuición, en el fondo también afín al instinto, una forma superior del mismo. El animal conoce ya el simbolismo, de una manera sencilla y directa. Algunas aves ejecutan danzas «mágicas» de apareamiento. Giran unas alrededor de otras y exhiben su magnífico plumaje como introducción a su boda. Las abejas emplean un lenguaje simbólico expresado mediante órbitas de vuelo estrictamente ordenadas delante de la colmena, con lo cual «cuentan» a otras abejas dónde se puede encontrar miel y a qué distancia de la colmena.

Algunos tordos vuelan orientándose por las estrellas, como antes hacían los marineros determinando su rumbo por medio de las constelaciones. Hay centenares de ejemplos de cómo los animales ejecutan - a veces en juego - acciones simbólicas y reaccionan a símbolos. Naturalmente, nosotros no podemos volver al estado primitivo del animal, pero sí debemos aprender algo de ellos, a saber, el regresar de una manera directa y hondamente receptivos a los símbolos de índole espiritual que aceptamos antes de conectar con la parte analizadora de nuestra razón. Hemos de «volvernos como un niño», como no sólo predica la Biblia, sino también como decían los antiguos chinos.

Los griegos descubrieron el concepto de «símbolo» y con ello se realizó la distinción entre el hombre receptivo y el de pensamiento analítico, hasta este momento se aceptaban los mitos sobre dioses y estrellas de la misma manera que un niño cree en San Nicolás. Vida, muerte y todas las experiencias intermedias no eran más fáciles para el hombre, pero eran aceptadas con más plenitud de sentido. Todo tenía un fin, incluso todo lo incomprendido y lejano. Era un objetivo divino, una armonía, quizá no comprendida, de todos los opuestos, una unidad primaria detrás del mundo de la multiplicidad. Esto ayudó a hacer más llevadero el dolor humano y ayudó aún más a encontrar la solución a los tormentos espirituales, para lo cual actualmente necesitamos al psiquiatra, una figura de «prestigio mágico». Este mágico prestigio, este carisma, como el que tenían un Martin Luther King y un Albert Schweitzer, se atribuía antes al sacerdote, y a través de él a los dioses. Los mitos que hablan de dioses debemos considerarlos - junto con sus símbolos - a la luz de ese prestigio mágico. Esto lo hacían también los hombres que crearon ellos mismos sus dioses. La necesidad de prestigio mágico conduce a ello, porque el hombre busca una catarsis, la descarga de tensiones espirituales aparecidas en una situación de crisis o en la participación de una crisis semejante en otras personas. Aristóteles introdujo este término para designar el efecto que una tragedia griega - como, por ejemplo, la de Edipo - causa en el ánimo. Es la descarga de afectos mediante la cual el hombre se siente internamente liberado y purificado. Los griegos, que después de la representación aplaudían, no aplaudían solamente a los actores, sino también a los dioses que ellos representaban y también a los «dioses que había en ellos mismos», los arquetipos en su subconsciente, las imágenes de sus sueños. Experimentaban todo el acontecimiento en tales tragedias como reflejándose personalmente en el propio espíritu de ellos. En nombre de ellos, Edipo se sacaba los ojos, ofreciéndose como en substitución de ellos. La participación en la experiencia era para ellos como una especie de confesión que les liberaba. Cuando por medio del pensamiento dioses, semidioses y héroes cometían faltas, esto era una satisfacción por los errores cometidos por los espectadores. Su aplauso era una armonización emocional de expresiones de admiración y entusiasmo, una fuente de felicidad verdaderamente espiritual que se producía al asistir a una representación de alto valor artístico y sagrado. Y en esta atmósfera de aplauso se unían los mitos, las leyendas y los cuentos, para que el hombre aprendiera a comprender el lenguaje del alma, el del simbolismo.

Debemos olvidarnos de pensar como los griegos cuando nos ocupamos de astrología, de cartas del tarot, del I Ching o de cualquier otro sistema de adivinación. Debemos atrevernos a desconectarnos de una razón demasiado fría, debemos saber entregarnos al azar, a la experiencia sincrónica, tal como propugnaba el gran psicólogo Carl Gustav Jung. Cuando los griegos hubieron introducido el concepto de símbolo y con ello



rebajaron al mito a la condición de «una comparación sin más», esto constituyó una degradación. En ese momento quedó excluida la receptividad del milagro, la acausalidad sincrónica. Quedó cerrado el camino a la experiencia intuitiva de valores espirituales que hablan a lo más profundo de nuestro ánimo. La energía del símbolo quedó con ello también degradada a una suposición de la que se ocupaban solamente los poetas y las personas de mentalidad mágica, y esto sólo en el mejor de los casos.

Ahora ya no podemos entender directamente el lenguaje del alma. Ya no podemos desconectarnos totalmente de la razón analizadora, porque estamos condicionados por el hogar, la escuela y la sociedad. Estamos condicionados como animales amaestrados del circo que ansían la libertad, a no ser que hayan nacido en el jardín zoológico. Todos nosotros hemos nacido en el parque humano, mitad parque natural y mitad parque mecánico. En el centro mismo encontramos las rejas, con hombres a ambos lados. Un grupo piensa del otro, recíprocamente, que están encarcelados. El papel del visitantes y el del preso es, en esencia, exactamente el mismo. Los visitantes deben venir y los presos deben estar. Se miran los unos a los otros, a un lado y otro, agarrados con las manos a los barrotes. El papel de una persona hoy, es el papel de la otra mañana, y viceversa.

Lo que sí podemos hacer es aprender a liberar los barrotes en ambos lados de la línea divisoria. Esto puede hacerse si profundizamos en los sistemas de símbolos de índole espiritual, sin preguntar por el significado directo. Y esto podemos aprenderlo de nuestros sueños. En el sueño, cada personaje es un reflejo de un elemento de nuestro propio espíritu. Si soñamos con el mal vecino, no se trata del vecino con el que hemos tenido una discusión en el rellano del piso catorce. Le vemos en esta pesadilla, pero él sólo ha provocado en nosotros un poco de inquietud, un poco de discordia, que se presenta en forma de persona en el sueño. En este sueño nos enfrentamos, pues, a una cualidad enojosa de nosotros mismos. Si tenemos un precioso sueño en el que vemos a la vecina, tampoco se trata en realidad de ella. Se trata de Venus simplemente, que como planeta es regente del signo de Tauro, bajo el cual, como soñadores, «casualmente» hemos nacido. Si no es así, entonces se trata simplemente de nuestra «ánima», nuestra alma femenina que quiere manifestarse al espíritu masculino con un mensaje que llega en son de paz. Si se trata de una soñadora, entonces se trata del «animus» que le trae, afortunadamente para ella, el mensaje para encauzar como es debido su emoción desenfadada.

De esta manera es como debemos leer los mitos. Nosotros somos Leda y también el Cisne, Saturno y también la Cabra montes, Escorpión y también Águila, San Jorge y también el dragón, figuras simbólicas que todos encontramos como arquetipos en el fondo de nuestro subconsciente, que ansia más luz. Esta luz es también, un poco, nuestro entendimiento razonable, «una lámpara para nuestro trayecto», con la cual podamos penetrar en la oscuridad. Por consiguiente, primero debemos aprender a leer con comprensión los símbolos, para luego poder entender sus significados, algo que siempre ha sido obvio para la persona de mentalidad mágica (y para el poeta). Cuando hayamos llegado a esto, nos hayamos puesto en el caparazón del niño que acepta cuentos porque cree en Caperucita y también en el lobo, en el cazador y en la abuela, porque en ellos se reconoce a sí mismo, reconoce facetas de su propio espíritu, habremos avanzado hacia nuestra realización. Pero mitos y símbolos son más que esto. Son cuentos «elevados», para decirlo con un término astrológico. Si aceptamos eso, entonces encontraremos el camino del «niño sabio». Entonces nos convertimos, quizá, en el hombre renacido, en el «twice



born», como le llama William James en sus «Variantes de la creencia religiosa». El ahondar en el aspecto esotérico de la astrología (y el tarot, el I Ching, etc.), es también el camino de Aries a través de los signos zodiacales, y del Mago a través de las 22 cartas, para descubrir al cabo que el niño sabio y el sabio anciano son una sola y misma figura. Es el ser humano, el cual ha desarrollado todas sus dotes espirituales para alcanzar la armonía del pensamiento: «Como es arriba, así es abajo», y para avenirse a ello sonriendo sabiamente. Entonces habremos dado con la armonía interior y, en sentido práctico, con la fuerza con la que nuestros dolores parecerán más livianos y con la que podremos contribuir a aliviar los dolores ajenos. A ello puede conducir el estudio del simbolismo, porque éste sigue siendo el «lenguaje del alma», un lenguaje por demás lógico, que no puede clasificarse en una gramática y que escapa a definiciones analíticas -cosa que ya saben los poetas- pero que es efectivo para quienes han entrenado su oído para percibir tales sonidos.

Heemstede, mayo de 1975.

## BIBLIOGRAFÍA DE CONSULTA

Gerard van den Amstel, *Terug naar den Olumpus* (Retorno al Olimpo), Bigot & van Rossum, NV-Amsterdam, sin año.

B. Barret, *Astrologie en uiterlijk* (Astrología y aspecto), de Bezige Bij-Amsterdam, 1972.

Maurice Bessy, *Magic and the supernatural* (La magia y lo sobrenatural), Spring Books-London, 1961.

Pierre Borgue, *Johfra. Op de grenzen van het avontuur* (Johfra. En los límites de la aventura), Zuid-Hollandse uitg. mij. bv-Den Haag, 1974.

Lotte Brand Philip, *Hieronymus Bosch*, Abrams-New York.

W. Brede Kristensen, *Symbol en werkelijkheid* (Símbolo y realidad), de Haan-Bussum, 1954.

H. S. E. Burgers, *Leonardo da Vinci's psychologie der twaalf typen* (La psicología de los doce tipos, de Leonardo da Vinci), Ankh-Hermes bv-Deventer, sin año.

A. Gadal, *Op weg naar de heilige graal* (Camino del Santo Grial), Rozenkruis-Pers-Haarlem, 1960.

Edén Gray, *Het geheim van de tarot* (El secreto del tarot), Bert Bakker- Den Haag, 1970.

A. G. van Hamel y otros, *De tuin der goden* (El jardín de los dioses), Wereld-Bibliotheek-Vereniging-Amsterdam, 1965.

William James, *Varianten van religieuze ervaring* (Variantes de la experiencia religiosa), W. de Haan-Zeist, 1963.

Hans Joñas, *Het gnosticisme* (El gnosticismo), Het Spectrum-Utrecht, 1969.

Carl-Gustav Jung, *De mens en zijn symbolen* (El hombre y sus símbolos), Lemmiscaat-Rotterdam, 1968.

Carl-Gustav Jung, *Herinneringen, aromen, gedachten* (Recuerdos, sueños, pensamientos), Van Loghum Slaterus-Deventer, 1970.

Warren Kenton, *Astrologie. De hemelse spiegel* (Astrología. El espejo celeste), de Haan-Bussum, 1974.

Francis King, *Magie. De Westerse overlevering* (Magia. La tradición occidental), de Haan-Bussum, 1974.

Kurt Lange, *Egypte*, De Haan-Bussum, 1972.

Hubert Lampo, *De zwanen van Stonehenge* (Los cisnes de Stonehenge), Meulenhoff-Amsterdam, sin año.

C. A. Q. Libra, *Cosmos en microcosmos*, (Cosmos y Microcosmos) P. Dz. Veen-Amesfoort, 1926.

M. Lietart Peerbolte, *Poimandres*, Ankh-Hermes-Deventer, 1974.

Erwin Panofsky, *Iconologie*, Het Spectrum-Utrecht, 1971.

Else Parker, *Astrologie en haar praktische toepassing* (Astrología y su aplicación práctica), Ankh-Hermes-Deventer, 1975.

S. K. de Rola, *Alchemie. De geheime kunst* (Alquimia. El arte secreto), de Haan-Bussum, 1974.

Rabbi Salomón (atribuida), *De sleutels van Salomo* (Las Clavículas de Salomón), Tngó-Leiden, 1974.

J. Schouten, *De slangenstaf van Asklepios symbool der geneeskunde* (El caduceo de Esculapio, símbolo de la medicina), Broca-des-Stheeman & Pharmacia, Amsterdam, sin año.

Kurt Seligmann, *Das Weltreich der Magie* (El imperio de la magia), Lówit-Wiesbaden, sin año.

C. J. Snijders, *Beginselen der astrologie* (Rudimentos de astrología), H. F. W. Becht-Amsterdam, sin año.

Hein Steehouwer, *Zeven meta-realisten. Symboliek bij Nederlandse hedendaagse schilders* (Siete meta-realistas. Simbolismo en pintores holandeses actuales), Ankh-Hermes-Deventer, 1974.

J. J. M. Timmers, *Christelijke symboliek en iconografie* (Simbolismo e iconografía cristianos), Van Dishoeck-Bussum, 1974.

J. Vergote, *De godsdienst van de Egyptenaren* (La religión de los egipcios), Romen-Roermond, 1971.

*El simbolismo es el lenguaje del alma y aparece en todas las manifestaciones culturales de la humanidad. Una de las más antiguas, es la astrología, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. Los primeros pobladores de la tierra no sólo observaban las estrellas, les profesaban un verdadero culto y conocían unos símbolos que el hombre nuevo ha olvidado. El presente libro trata de estos símbolos. No ha sido escrito tanto sobre la obra pictórica de Johfra, como sobre el apasionante simbolismo del Zodíaco, tal como ha sido visto y representado por este genial artista en las ilustraciones a todo color que han dado la vuelta al mundo en forma de posters y que se reproducen en esta edición.*

*Este libro es más que una apasionante introducción al zodiaco y a sus símbolos, es una verdadera síntesis del esoterismo occidental.*